

ANDRE GIDE

EL REGRESO DEL  
HIJO PRODIGO

*precedido de otros cinco tratados:*

EL TRATADO DE NARCISO - LA SEDUCCION AMOROSA  
EL FALSO PROFETA - FILOCTETO O LAS TRES  
MORALES - BETHSABÉ

TIRSO

*Título del original francés*  
LE RETOUR DE L'ENFANT PRODIGUE  
*Librairie GALLIMARD*  
*Paris*

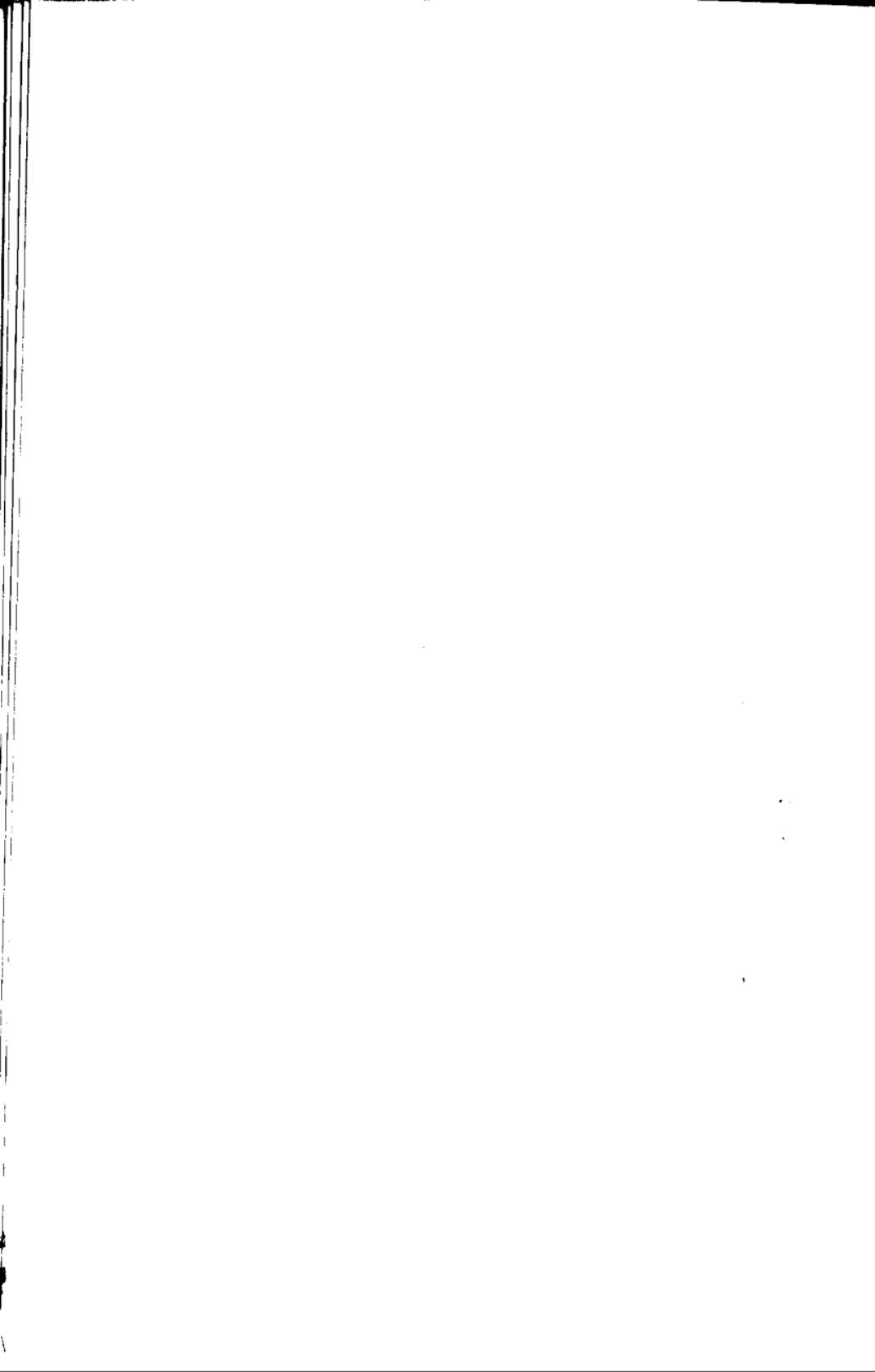
*Traducción de*  
RENATO PELLEGRINI y  
ABELARDO ARIAS

*Queda hecho el depósito que previene  
la Ley 11723*  
© Copyright by TIRSO, S.R.L.  
*Buenos Aires - París, 1962*

TRATADO DE NARCISO  
(Teoría del Símbolo)

a PAUL VALERY

*Nuper me in littore vidi.* Virgilio



## I

Quizá los libros no sean algo muy necesario; al principio, algunos mitos eran suficientes; una religión satisfacía. El pueblo se deslumbraba ante la apariencia de las fábulas y adoraba sin comprender; los sacerdotes atentos, inclinados sobre la profundidad de las imágenes, comprendían trabajosamente el sentido oculto del jeroglífico. Luego se ha querido explicar; los libros amplificaron los mitos; pero en algunos casos era innecesario.

El mito de Narciso es uno de ellos: *Narciso era extraordinariamente hermoso — causa de su castidad; desdeñaba las ninfas—, porque estaba enamorado de sí mismo. Ningún soplo turbaba la fuente donde, tranquilo e inclinado, contemplaba todo el día su imagen...* — Ustedes conocen la historia. No obstante, la repetiremos. Todo ya se ha dicho; sin embargo, como nadie escucha, debe recomendarse.

Ya no hay orilla ni fuente; tampoco metamor-

fosis y flor alunada; sólo Narciso; un Narciso soñador que se aísla en claroscuros. En la monotonía inútil de la hora se inquieta, y su corazón indeciso se interroga. Desea conocer la forma de su alma; debe ser, lo siente, excesivamente adorable, si juzga por sus largos estremecimientos; ¡pero su cara! ¡Su imagen! ¡Ah! ¡No saber si uno se place a sí mismo... no conocer su propia hermosura! ¡Ah! ¡No poder verse! ¡Un espejo! ¡Un espejo! ¡Un espejo! ¡Un espejo!

Y Narciso, convencido de que su forma existe en algún sitio, se levanta y parte a la búsqueda de los contornos deseados para con ellos envolver, por fin su alma grande.

Narciso se ha detenido a orillas del río del tiempo. Fatal e ilusorio río donde pasan y se pierden los años. Bordes simples, como tosco marco donde se encajona el agua, como un espejo sin alinde; donde nada se vería detrás; donde se desplegaría el vacío aburrimiento. Un triste, letárgico canal, espejo casi horizontal; nada distinguiría a esta agua sin brillo del paisaje incoloro, si no se la escuchase correr.

Desde lejos, Narciso ha tomado el río por un camino, y como se aburría, solo en esa grisura, se ha aproximado para ver pasar algo. Ahora, las manos en el marco, se inclina, en la posición tradicional. Y he aquí que, cuando mira, se matiza de pronto en el agua una frágil apariencia. Flores de las orillas, troncos de árboles, trozos de cielo azul reflejados, huida de rápidas imágenes que sólo esperaban a él para ser, y que se coloran bajo su mirada. Más allá se levantan colinas y se escalonan selvas a lo largo de las pendientes de los valles; imágenes que según el curso de las aguas ondulan

y que las ondas transforman. Narciso contempla maravillado; aunque no comprende bien, pues una y otra se conturban, según sea su alma o la luz quien las gufe.

Donde Narciso mira, está el presente. Desde el futuro más lejano, las cosas, virtuales todavía, se apresuran hacia el ser; Narciso las ve, luego pasan: se pierden en el pasado. Comprende pronto que siempre es lo mismo. Interroga; luego medita. Siempre pasan las mismas formas; sólo el impulso de la ola las diferencia. —¿Por qué muchas?— o sino —¿por qué las mismas?— Son pues imperfectas puesto que recomienzan continuamente. . . y todas, piensa, se esfuerzan y se alargan hacia una primera forma perdida, paradisiaca y cristalina.

Narciso sueña con el Paraíso.

El Paraíso no era grande; perfecta, cada forma sólo se desarrollaba una vez; todas cabían en un jardín. ¿Si era, o si no era, qué nos importa?; pero era tal, si lo era. Todo cristalizaba allí en una floración necesaria, y todo era perfectamente como debía ser. Todo permanecía inmóvil, pues nada ambicionaba ser mejor. La calma gravitación obraba sola y lentamente la revolución del conjunto.

Y como ningún impulso termina, en el Pasado ni en el Futuro, el Paraíso nunca había dejado de serlo, y lo era desde siempre.

¡Casto Edén! ¡Jardín de las Ideas! donde las formas, rítmicas y seguras revelaban su número sin esfuerzo; donde cada cosa era lo que asemejaba; donde probar resultaba inútil.

¡Edén! Donde las brisas melodiosas ondulaban en curvas previstas; donde el cielo desplegabá el azul sobre el cespéd simétrico; donde los pájaros eran

color de tiempo y las mariposas creaban armonías providenciales sobre las flores; donde la rosa era rosa porque la cetonía era verde, y por eso se posaba en ella. Todo era perfecto como un nombre y se escandía naturalmente; de la relación de las líneas emanaba un acorde; sobre el jardín planeaba una continua sinfonía.

En el centro del Edén, Ygdrasil (I), el árbol logarítmico, hundía en el suelo sus raíces de vida, y volcaba a su alrededor, sobre el césped, la sombra espesa de su ramaje donde se explayaba la única Noche. En la sombra, contra su tronco, se apoyaba el libro del Misterio donde se leía la verdad que debe conocerse. Y el viento, soplando en las hojas del árbol, deletreaba, a lo largo del día, los jero-glíficos necesarios.

Adán, religioso, escuchaba. Único, todavía sin sexo, permanecía sentado a la sombra del gran árbol. ¡El hombre! ¡Hipóstasis del Elohim (II), soporte de la Divinidad! Por él, para él, las formas aparecen. Inmóvil y central entre toda esta magia, la mira desarrollarse.

Pero, espectador obligado, siempre, de un espectáculo en que su único papel consiste en siempre mirar, se cansa. Sabe que todo se representa para él, pero él mismo... pero él mismo no se ve. ¿Qué le importa entonces todo lo demás? ¡Ah! ¡Verse! En verdad, él es poderoso, puesto que crea y el mundo entero se suspende luego de su mirada, sin

(I) Mitología escandinava. Fresno cuyas ramas cobijan al universo entero. (Nota de los TT.)

(II) Nombre con que se designa a la divinidad en los libros sagrados de los hebreos y otros pueblos. (Nota de los TT.)

## TRATADO DE NARCISO

embargo ¿qué sabe de su fuerza, mientras no puede ejercerla? A fuerza de contemplarlas, ya no se diferencia de esas cosas; ¡no saber dónde uno se detiene, no saber hasta dónde uno va! Resulta finalmente una esclavitud el no atreverse a intentar un ademán, sin romper la armonía. ¡Además, tanto peor! Esta armonía me molesta, y su acorde siempre perfecto. ¡Un ademán! un ademancito, para saber, una disonancia, ¡qué diablos! ¡Eh! ¡vamos! algo de imprevisto.

¡Ah! ¡Tomar! Tomar una rama de Ygdrasil entre sus dedos infatuados, y romperla...

Ya está.

... Imperceptible fisura al comienzo, un grito, pero que germina, se extiende, se exaspera, estridente silbido y en seguida gime en tempestad. El árbol Ygdrasil marchitado vacila y se quiebra; sus hojas donde las brisas jugaban, temblorosas y arrugadas, se revelan en la borrasca que se levanta y las lleva lejos, hacia lo desconocido de un cielo nocturno y hacia peligrosos parajes, donde huye, también, la mezcolanza de páginas arrancadas al gran libro sagrado que se deshoja.

Hacia el cielo sube un vapor, lágrimas, nubes que vuelven a caer convertidas en lágrimas y que subirán nuevamente transformadas en nubes: el tiempo ha nacido.

Y el Hombre horrorizado, andrógino que se desdobra, ha llorado de angustia y de espanto, al sentir, con un sexo nuevo, brotar en él el inquieto deseo por esa mitad de él casi semejante, esa mujer surgida de golpe, allí, a la que besa, con quien querría satisfacerse, esa mujer que en el ciego esfuerzo de recrear a través de sí el ser perfecto y detener allí

esa estirpe, hará agitarse en su seno lo desconocido de una nueva raza, y, pronto, crecerá en el tiempo otro ser, incompleto aún y que no se bastará. ¡Triste raza que te dispersarás sobre esta tierra de crepúsculo y de oraciones! El recuerdo del Paraíso perdido enturbiará tu éxtasis, del Paraíso que buscarás por todas parte, del cual vendrán a hablarte nuevamente los profetas y poetas, helos aquí, que recogerán piadosamente las hojas desgarradas del Libro inmemorial donde se leía la verdad que debe conocerse.

## II

Si Narciso se diese vuelta, vería, pienso, alguna orilla verde, quizá el cielo, el Árbol, la Flor, algo estable en fin, y que dura, pero cuyo reflejo al caer sobre el agua se quiebra y la fugacidad de las ondas diferencia.

¿Cuándo dejará de correr esta agua? y resignada, entonces, restañante espejo, dirá en la pureza semejante de la imagen, semejante en fin, hasta confundirse con ellas, las líneas de estas formas fatales, hasta convertirse en ellas, finalmente.

¿Cuándo, pues, el tiempo, deteniendo su huida, dejará descansar este rodar? Formas ¡formas divinas y perennes!, que sólo esperáis el descanso para reaparecer, ¡oh!, ¿cuándo, en qué noche, en qué silencio, volveréis a recristalizaros?

El Paraíso debe rehacerse continuamente; no existe en algún lejano Thulé (III). Permanece bajo la

(III) *El rey de Thulé*. Célebre balada de Goethe, cantada por Margarita en *Fausto*. (Nota de los TT.)

apariencia. Todas las cosas ostentan, virtuales, la íntima armonía de su ser, como cada sal el arquetipo de su cristal; y llega un tiempo de noche tácita, en que las aguas más densas descienden; en los abismos imperturbables florecerán las secretas tolvas de molino...

Todo se esfuerza por recuperar su forma perdida; ella transparece, pero manchada, arruinada, y sin satisfacerse, pues siempre recomienza; apresuradas, molestas por las formas cercanas que también se esfuerzan por parecer, pues, ser ya no basta: es necesario probarse, y el orgullo se apodera de todas ellas. La hora que pasa trastorna todo.

Como el tiempo sólo huye por la huida de las cosas, cada cosa se prende y se crispa para aminorar algo esta carrera y poder aparecer mejor. Existen épocas entonces, en que las cosas se vuelven más lentas, en que el tiempo descansa, se cree; y como el ruido, con el movimiento, termina, todo calla. Se espera; se comprende que el instante resulta trágico y que uno no debe moverse.

"Se produjo en el cielo un silencio"; prelude del apocalipsis. Sí, trágicas, trágicas épocas, en que comienzan eras nuevas, en que el cielo y la tierra se recojen, en que el libro de los siete sellos va a abrirse, en que todo se fijará eternamente... aunque surge cierto clamor inoportuno; sobre las mesetas elegidas donde se piensa que el tiempo concluirá, siempre algunos soldados ávidos que se reparten ropas, y que juegan tónicas a los dados, cuando el éxtasis inmoviliza a las mujeres santas, y el velo que se rasga mostrará los secretos del templo; cuando la creación entera contempla al Cristo que se

congela en la suprema cruz, diciendo sus últimas palabras: "Todo ha terminado..."

...Por otra parte, ¡no! Todo debe rehacerse, rehacerse eternamente, porque un jugador de dados no detuvo su ademán inútil, porque un soldado quería ganar una túnica, porque alguien no miraba.

Pues la falta es siempre la misma y por ella se pierde siempre el Paraíso: el individuo que piensa en sí mientras la Pasión se ordena, y, comparsa orgullosa, no se subordina<sup>1</sup>.

Inagotables misas, todos los días, para recomenzar la agonía de Cristo, y la gente arrodillada para orar... ¡la gente! —cuando la humanidad entera debería estar prosternada: —entonces una misa bastaría.

Si supiéramos permanecer atentos y mirar...

<sup>1</sup> Las verdades permanecen detrás de las Formas-Símbolos. Todo fenómeno es el símbolo de una Verdad. Su único deber es manifestarla. Su único pecado: preferirse.

Vivimos para manifestar. Las reglas de la moral y de la estética son las mismas: toda obra que no manifiesta resulta inútil y, por eso mismo, mala. Todo hombre que no manifiesta es inútil y malo. (Elevándose algo, se vería sin embargo que todos manifiestan, pero sólo se lo puede reconocer después.)

Todo representante de la Idea tiende a preferirse a la Idea que manifiesta. Preferirse, he allí la falta. El artista, sabiéndolo, no debe preferirse a la Verdad que desea decir: he allí toda su moral; ni la palabra, ni la frase, tiene la Idea que desean mostrar: casi diría que en eso reside toda la estética.

Y no pretendo nueva esta teoría: las doctrinas de renunciamiento sólo predicán eso.

La cuestión moral para el artista, no consiste en que la Idea que él manifiesta sea más o menos moral y útil a la mayoría; la cuestión consiste en manifestarla bien. Pues todo debe ser manifestado, aun las peores cosas: "Desgra-

*ANDRÉ GIDE*

ciado aquel por quien ocurre el escándalo", pero "El escándalo debe ocurrir". El artista y el hombre realmente hombre, que vive para algo, debe hacer de antemano el sacrificio de sí mismo. Su vida entera sólo es un ir hacia eso.

¿Y ahora qué manifestar? Eso se pretende en el silencio.

(Esta nota fue escrita en 1890, conjuntamente con el tratado.)

### III

El Poeta es aquel que mira. ¿Y qué ve? El Paraíso.

Pues el Paraíso está en todas partes; no creamos en las apariencias. Las apariencias son imperfectas: balbucean la verdad que ellas ocultan; el Poeta debe comprender con media palabra, luego repetir esas verdades. ¿Acaso el Sabio hace otra cosa? También él busca el arquetipo de las cosas y las leyes de su sucesión; recompone un mundo, en fin, idealmente simple, donde todo se ordena naturalmente.

Aunque el Sabio busca esas formas primeras mediante una inducción lenta y medrosa, a través de numerosos ejemplos: pues él se detiene en la apariencia, y, deseoso de certeza, se prohíbe adivinar.

El Poeta, que sabe que crea, adivina a través de cada cosa, y una sola le basta, símbolo, para revelar su arquetipo; sabe que la apariencia sólo es el pretexto, un ropaje que la encubre y donde se detiene el ojo profano, pero que nos muestra que allí existe<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Se ha comprendido que llamo símbolo *todo lo que parece*.

El Poeta piadoso contempla; se inclina sobre los símbolos, y silencioso desciende profundamente hasta el corazón de las cosas, y cuando, visionario, ha descubierto la Idea, el íntimo Nombre armonioso de su Ser, que sostiene la forma imperfecta, la toma, luego, indiferente de esta forma transitoria que la cubría en el tiempo, sabe darle una forma eterna, su verdadera Forma en fin: fatal, paradisíaca y cristalina.

Pues la obra de arte es un cristal, paraíso parcial donde la Idea reflorece en su pureza máxima; donde, como en el desaparecido Edén, el orden natural y necesario ha dispuesto todas las formas en una recíproca y simétrica dependencia, donde el orgullo de la palabra no reemplaza el Pensamiento, donde las frases rítmicas y seguras, todavía símbolos, aunque símbolos puros, se vuelven transparentes y reveladores.

Obras semejantes sólo cristalizan en el silencio; sin embargo hay silencios a veces entre el gentío, donde el artista refugiado, como Moisés en el Sinaí, se aísla, escapa de las cosas, del tiempo, se envuelve en una atmósfera de luz por encima de la multitud afanosa. En él, lentamente, la Idea descansa, luego lúcida se desarrolla fuera de las horas. Y como no está en el tiempo, nada podrá el tiempo sobre ella. Aún más: uno se pregunta si el Paraíso, también fuera del tiempo, sólo existió quizá allí, es decir, sólo idealmente...

Sin embargo, Narciso contempla desde la orilla esa visión que un deseo enamorado transfigura; sueña. Narciso solitario y pueril se prenda de la frágil imagen; se inclina, con necesidad de caricia, para apagar su sed de amor, en el río. Se inclina

## TRATADO DE NARCISO

y, de pronto, esa fantasmagoría desaparece; en el río sólo ve dos labios delante de los suyos, que se tienden, dos ojos, los suyos, que lo miran. Comprende que es él, que está solo, y que se prenda de su cara. Alrededor, ávido azur, que sus pálidos brazos parten, tendidos por el deseo a través de la apariencia quebrada, y que se hunden en un elemento desconocido.

Se levanta un poco; entonces, la cara se aparta. La superficie del agua, tal un momento antes, se matiza y la visión reaparece. No obstante, Narciso se dice que el beso es imposible, no debe desearse una imagen; un ademán para poseerla la rompe. Está solo. ¿Qué hacer? Contemplar.

Serio y religioso retoma su calmosa actitud: permanece —símbolo que crece— e, inclinado sobre la apariencia del Mundo, siente vagamente en él, reabsorbidas, las generaciones humanas que pasan.

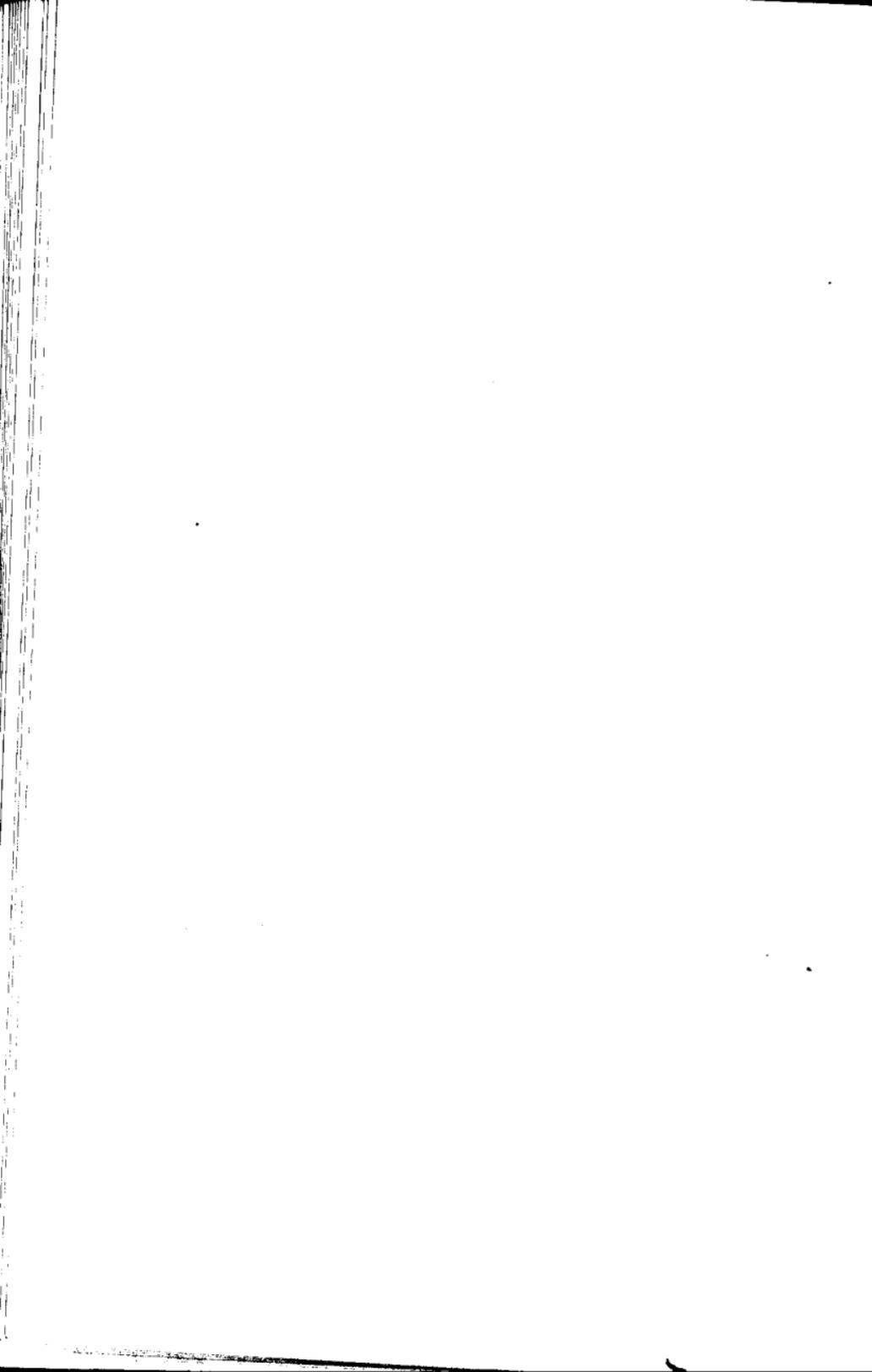
Quizá este tratado no sea algo muy necesario. Algunos mitos bastaban al principio. Luego se ha querido explicar; orgullo de sacerdote que desea revelar los misterios, a fin de hacerse adorar, o si no vivaz simpatía, y ese amor apostólico, que hace develar y profanar al mostrarles, los tesoros más secretos del templo, porque se sufre de admirar solo y se querría que otros adoraran.

LA SEDUCCIÓN AMOROSA  
O  
TRATADO DEL VANO DESEO

a FRANCIS JAMMES

*El deseo es cual llama brillante, y lo que él ha tocado sólo es ceniza, leve polvo que débil viento dispersa, pensemos pues solamente en aquello que es eterno.*

Calderón  
(*La Vida es Sueño*)



*Nuestros libros no habrán sido relatos muy verídicos de nosotros mismos, sino más bien nuestros lastimeros deseos, la necesidad de otras vidas para siempre prohibidas, de todos los ademanes imposibles. Escribo aquí un sueño que turbó demasiado mi mente solicitando existir. Esta primavera, un deseo de felicidad me cansó; deseé para mí alguna eclosión más perfecta. He deseado ser feliz, como si sólo eso se pudiera ser; como si el pasado no triunfara sobre nosotros; como si la vida no estuviese hecha con la costumbre de su tristeza, y mañana con la continuación de hoy, como si hoy mi alma no se volviese ya hacia sus estudios acostumbrados, libre, de pronto, de su sueño.*

*Y cada libro sólo es una tentación postergada.*

En verdad, no serán ni las leyes inoportunas de los hombres, ni los temores, ni el pudor, ni el remordimiento, ni el respeto de mí, ni de mis sueños, ni tú, triste muerte, ni el horror de ultratumba, lo que me impedirán reunirme con lo que deseo; ni nada, nada más que el orgullo de saber algo tan fuerte y sentirme más fuerte todavía como para vencerlo. Aunque la alegría de una victoria tan importante, no es todavía tan suave, ni tan buena como para ceder a vosotros, deseos, y ser vencido sin luchar.

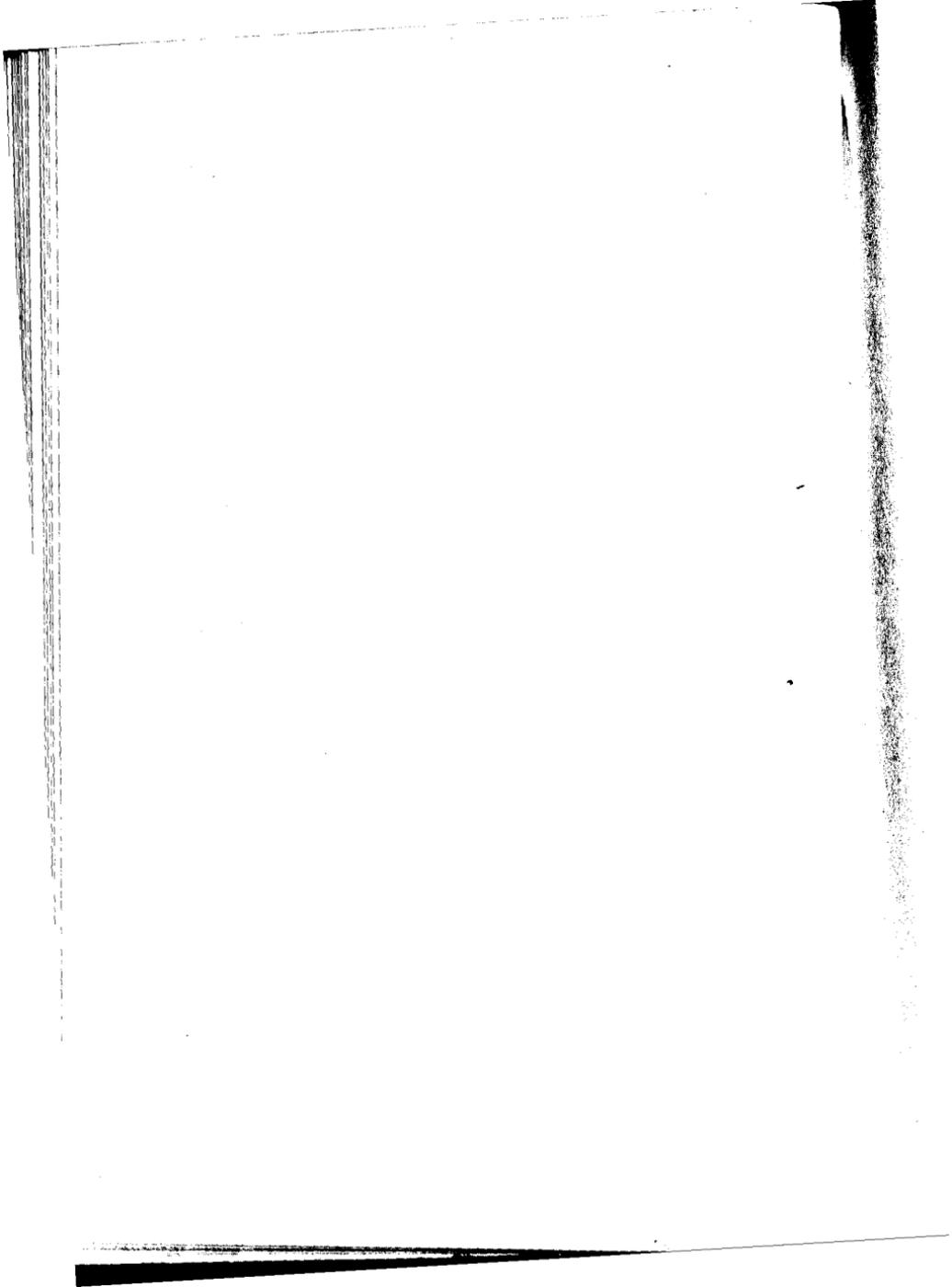
Llegada la primavera este año, su gracia me atormentó; y como ciertos deseos tornaban dolorosa mi soledad, salí en la mañana por el campo. Todo el día el sol iluminó la planicie; caminé soñando con la felicidad.

En verdad, pensaba, que hay otras tierras muy distintas de estas landas desencantadas adonde llevaba a apacentar mi alma. ¿Cuándo podré, lejos de

## LA SEDUCCIÓN AMOROSA

mis pensamientos morosos, pasearme feliz al sol, y, en el olvido de ayer y de tantas religiones inútiles, abrazar la felicidad que llegará, fuertemente, sin escrúpulo y sin temor? Y no me atrevía a regresar esa noche, imaginando demasiadas inquietudes nuevas; caminé hacia el bosque donde ya, antaño y tantas veces, había perdido mi tristeza. —Llegó la noche y su claro de luna. El bosque se adormeció llenándose de sombras maravillosas; el viento gimió; los pájaros nocturnos despertaron. Seguí por una profunda avenida cuya arena brillaba bajo mis pasos, y esa blancura continuada me guió. Entre las ramas más separadas, al agitar el viento los árboles, se veía flotar sobre el camino la forma inasible de la bruma; y, cuando en medio de la noche el rocío cayó de las hojas, despertando perfumes, el bosque se volvió amoroso. Hubo temblores entre las hierbas; cada forma buscando, encontrando, creando la armonía; las flores anchas se balancearon, y el polen flotó más liviano que la bruma.

Secreta y desfalleciente alegría zumbó bajo el ramaje. Esperé. Los pájaros nocturnos lloraron. Luego todo calló; era el recogimiento que precede al alba; bajo la noche pálida y consejera sentí la serenidad de mi alegría y mi aterrada soledad



*Qualquiera ventio que sopla.*  
Polvo liviano, que débil viento dispersa.

## I

El alba llegó. Cargado de flores, Luc salió del bosque todavía nocturno y algo tembloroso de frescura matinal, tomó asiento en el talud del lindero del bosque para esperar la salida del sol. Ante su vista se extendía húmedo césped, flores tamizadas y agua vaporosa y brillante. Luc esperaba confiado toda la felicidad, pensando que llegaría como un enjambre que se posa y que para él todo ya estaba en camino. La aurora temblaba de infinita alegría y la primavera nacía de un llamado de sonrisas. Resonaron cantos y apareció una ronda de niñas.

Locas y mojadas por la hierba, los cabellos todavía despeinados de la noche, juntaron todas las flores, y, creando cestas con sus faldas, dejaron bailar sus pies desnudos. Luego, rápidamente cansadas de sus rondas, descendieron por el prado, hacia las fuentes, para lavarse, mirarse en ellas y arreglarse para los placeres del día.

Raquel volvió sola y pensativa; recogió las flo-

res caídas y se inclinó con intención de cojer otras, para no ver aproximarse a Luc. Juntó los pimpollos de oro, las salvias y margaritas, y todas las flores de las praderas. Luc trajo los digitales de los barrancos y los jacintos violetas. Estaba junto a Raquel; ahora ella trenzaba las flores. Luc quería, sin atreverse, agregar sus flores a la guirnalda; y de pronto, lanzándolas a sus pies:

—Son las flores sombrías del bosque —dijo—, y yo las he juntado en la sombra, para usted, puesto que ha sido usted quien apareció; busqué toda la noche. Usted es tan hermosa como la primavera de este año, y más joven aún que yo mismo. He visto sus pies descalzos esta mañana. Usted se encontraba con sus compañeras y yo no me atreví a acercarme; ahora está, aquí, sola. Tome mis flores y venga, se lo ruego; enseñémonos encantadoras alegrías.

Raquel sonreía; tomados de la mano regresaron juntos.

El día pasó entre risas y juegos. Al atardecer, Luc regresó solo. La noche lo encontró sin sueño; a menudo, abandonando su lecho demasiado cálido, caminaba en su cuarto, o se inclinaba por la ventana abierta. Deseaba ser más joven y hermoso, pensando que entre dos seres, el amor tiene el esplendor de sus cuerpos. Luc deseó toda la noche a Raquel. Al amanecer corrió hacia ella.

Un camino de lilas llevaba hasta su casa; luego venía un jardín cubierto de rosas, cerrado por un cerco bajo; Luc oyó en seguida cantar a Raquel. Permaneció hasta la noche, luego volvió al día siguiente: volvió todos los días; al anochecer se marchaba; en el jardín, Raquel esperaba sonriente.

## LA SEDUCCIÓN AMOROSA

Los días pasaron; Luc a nada se atrevía; Raquel fue la primera en entregarse. Una mañana, al no encontrarla en la avenida acostumbrada, Luc decidió subir a su cuarto. Raquel estaba sentada en la cama, los cabellos sueltos, casi desnuda, apenas cubierta por un chal; en verdad, ella esperaba. Luc llegó, enrojeció, sonrió, pero al ver sus piernas magníficas, tan frágiles, sintió en ellas la fragilidad, y arrodillándose delante de ella, besó sus pies delicados, luego le quitó el chal.

Luc deseaba el amor pero le horrorizaba la posesión física, como algo hiriente. Triste educación nuestra, que nos hizo presentir sollozante y afligida o morosa y solitaria, la voluptuosidad sin embargo tan gloriosa y serena. Ya no pediremos a Dios, que nos eduque en la felicidad. Sin embargo, ¡no! Luc no era así; pues resulta irrisoria manía el hacer parecido a uno a quien se inventa. Luc poseyó pues a esa mujer.

Cómo contar su alegría, ahora, sino contando, a su alrededor, la naturaleza semejante, dichosa también, participante. Sus pensamientos ya no importaban: ocupados únicamente en ser dichosos, sus preguntas eran deseos, y sus contestaciones saciedad. Aprendían las confianzas de la carne y su intimidad se volvía más secreta cada día.

Un día, cuando él la dejaba según su costumbre: —¿Por qué partes? le preguntó ella; si es por algún amor, está bien, ve, no soy celosa. Si no quédate, ven: mi lecho te invita.

Desde entonces él permaneció todas las noches.

El aire se había vuelto más tibio, las noches tan hermosas, que ellos ya no cerraban la ventana: dormían así bajo la luna, y habían aprisionado las

ramas de un rosal cargado de flores que subía hasta la ventana; el perfume de las rosas se mezclaba al de los ramos en el cuarto. Por culpa del amor se dormían muy tarde; despertaban embriagados, muy tarde, cansados todavía de la noche. Se lavaban en una fuente clara, que manaba en el jardín, y Luc miraba a Raquel bañarse desnuda bajo el ramaje. Luego paseaban.

A menudo, esperaban la noche, sentados sobre la hierba, en silencio; miraban bajar el sol; después en la noche tranquila, volvían lentamente a la casa. El mar cerca; en las noches de fuertes mareas se oía débilmente el ruido de las olas. A veces bajaban hasta la playa; lo hacían por un valle estrecho y tortuoso, sin arroyo; aulagas, retamas crecían allí y el viento barría la arena; más allá la playa se abría: era un golfo, sin barcas, sin navíos; sin embargo el mar estaba en calma. Se veía, casi enfrente, en la costa encorvada y que parecía formar una isla a lo lejos, en ese mismo punto, una especie de verja fastuosa de un parque; en la noche lucía como oro. Pronto Raquel dejaba de buscar conchillas en la arena; se aburrían ante el mar.

No muy lejos había también un pueblo, por donde pasaban pocas veces a causa de los pobres.

Cuando llovía o por pereza ni siquiera iban hasta los prados, Raquel acostada, con Luc a sus pies, le rogaba que contase una historia: Habla, le decía, te escucho; no calles si dormito: háblame de los jardines en primavera, tú los conoces, y de esas altas terrazas.

Y Luc hablaba de las terrazas, de los castaños en hilera, de los jardines colgantes sobre la plani-

## LA SEDUCCIÓN AMOROSA

cie: a la mañana, unas niñas jugaban y bailaban sus rondas, y el sol estaba aún tan bajo sobre la llanura que los árboles no hacían sombra.

Algo más tarde, jóvenes muy tranquilas entraron entre los arriates y prepararon guirnaldas, como tú sabes trenzar, Raquel. Hacia mediodía llegaron parejas, y, el sol arriba de los árboles, la bóveda opaca del follaje pareció dar frescura al camino; aquellos que se paseaban por allí sólo hablaban en voz baja. Algo más tarde, menos resplandeciente, pudo verse la llanura donde el Verano parecía derramado. Algunos paseantes se acodaron, inclinándose sobre las balaustradas; grupos de mujeres se sentaron, las unas desenvolviendo ovillos de lana que otras utilizaban para tejer. Las horas pasaron. Llegaron escolares, de vuelta de clase; algunos niños jugaron a las bolitas. La noche cayó; los paseantes se volvieron solitarios; algunos sin embargo todavía juntos, hablaban ya del día como de algo terminado. La sombra de la terraza descendió sobre la llanura, y al extremo del horizonte, en el cielo claro, la luna apareció muy fina y pura. He venido para vagar en la noche por la terraza desierta... Luc calló y miró a Raquel dormida.

Hicieron todavía un paseo más largo; era a fines de primavera. Luego de subir la colina donde se encontraba su casa, encontraron a mitad de la ladera, sobre la pendiente opuesta, un canal. Una hilera de álamos lo orillaba; un camino en talud lo continuaba, luego el terreno proseguía su pendiente. Luego de cruzar el canal sobre un puente, el sol que quemaba les hizo subir al borde del agua. Nubes de calor subían desde el valle; el aire vibraba sobre los campos; un ancho camino a lo lejos

levantaba polvo al paso de alguna carreta; vieron el Verano sobre la llanura. El camino, los árboles, el canal seguían asiduamente las curvas de la colina; ellos, pues, continuaron el canal por la orilla; sobre la otra orilla se perdía un bosquecillo. Fue todo. Caminaron así durante largo tiempo; pero al ver que eso continuaba indefinidamente, cuando se cansaron, volvieron.

Señora, contaré a usted esta historia. Usted sabe que nuestros pobres amores se han perdido en la llanura, y usted se lamentaba antaño de que a mí me costase tanto sonreír. Esta historia es para usted: he buscado en ella lo que el amor da; si sólo he encontrado aburrimiento, es mi culpa: usted hizo que perdiera el saber ser feliz. ¡Cuán breve resulta la felicidad en un libro y cuán rápido se narra; cuán banal una sonrisa sin vicio y sin melancolía! Además, qué nos importa el amor de los demás, el amor que los hace felices. Tanto peor para ellos, Luc y Raquel se amaron; para la unidad de mi relato, apenas si hicieron eso; del aburrimiento sólo conocieron el que produce la misma felicidad. Pasaban el tiempo monótonamente ocupados en juntar flores. No olvidaban el deseo con otras inquietudes, y apenas si conocían las languideces de la espera. Ignoraban ese ademán que rechaza precisamente aquello que se desea estrechar, como hacemos nosotros, ¡ah! señora, por el temor de poseer y por amor de lo patético. Cogieron pronto cualquier flor deseable, sin importarles que entre sus manos tibias, pronto marchitara. ¡Dichosos aquellos que, como ellos, podrán amar sin conciencia! Apenas si estaban cansados; pues no es tanto el amor, y no es tanto el pecado como arrepentirse

## LA SEDUCCIÓN AMOROSA

de él, que fatiga. Había pues tomado la costumbre de mirar muy poco sobre las aguas del pasado sus acciones flotantes; y su felicidad les venía de la ignorancia de la tristeza; sólo recordaban los besos y abrazos que pueden volver a crearse. Hubo un momento entonces en que sus vidas se fundieron realmente. Era durante el solsticio de Verano; en la luz azul, las altas ramas por encima de ellos lucían gracilidades soberanas. ¡Verano! ¡Verano! Habría que cantar eso como un cántico. Las cinco; me he levantado (he aquí el alba) y he andado por los campos. Si ellos conocieran el rocío fresco sobre la hierba, el agua fría donde lavarán los pies temblorosos de la mañana; si conocieran los rayos de sol sobre los campos, y el aturdimiento de la llanura; si conocieran el acogimiento sonriente del alba para quienes descienden hacia ella en la hierba, no se quedarían durmiendo, supongo, pero Luc y Raquel están cansados de los besos de la noche, y esta lasitud amorosa pone en sus sueños quizás más sonrisas que las puertas por el alba en los campos.

Una mañana sin embargo salieron; llegaron a ese mismo valle y a ese canal a cuya orilla caminaron un día de primavera; pero, al doblar la colina en vez de escalarla, llegaron al sitio donde el canal desembocaba en ancho río; el canal regaba sirga; cruzaron sobre una esclusa y continuaron por el camino de sirga, entre el canal a su derecha y el río a la izquierda. En la otra orilla, había también un camino. Y esos cinco caminos paralelos en el estrecho valle, se hundían hasta donde alcanzaba la vista. El paseo de ese día resultó muy largo, aunque poco interesante para relatar.

Quisieron ver otra vez la playa; bajaron nuevamente por el vallejo sin agua; se sentaron ante el mar. Las olas de una tempestad reciente habían traído a la orilla conchillas del fondo del mar, despojos y jirones de algas arrancadas; las olas hinchadas todavía aturdían en continuado clamor. Y Raquel sintió de pronto una inquietud: comprendió que Luc comenzaba a pensar. Soplaban un viento más frío; temblaron; se incorporaron. Luc caminó adelante, muy rápido, algo declamatorio; una viga apareció de improviso, recortada y negra, pilote desconocido, trozo de barco, madero de las islas... y los dos se detuvieron delante de eso. Luego, Luc miró el mar; Raquel, por necesidad, por instinto, se apoyó en Luc e inclinó la cabeza sobre su hombro, sintió confusamente angustia y sed de aventuras. Permanecieron en pie. El sol descendía, se hundía más allá del golfo, pasando el estrecho, donde se veía entre los promontorios huir a lo lejos la línea infinita del mar.

Y, mientras el sol se sumergía, entonces, frente a ellos, cual sobre una isla, las verjas del parque desconocido, iluminadas por los rayos murientes, comenzaron a brillar inexplicable y casi sobrenaturalmente: al menos les pareció eso, pues nada se dijeron; cada barrote, más bien acero que oro, parecía brillar por sí mismo, íntimamente, o a causa de excesivo pulimiento; lo más curioso, era que se creía ver más allá de las rejas, aunque no se habría sabido decir qué. Luc y Raquel sintieron que no se atrevían a hablar.

Al volver, Raquel encontró, sobre la arena, un huevo de jibia, enorme, negro, elástico, y de forma tan extraña que se diría intencional, tanto que la

## LA SEDUCCIÓN AMOROSA

juzgaron importante para ellos, y buscaron su causa.

El recuerdo de ese día les dejó una vaga inquietud, y al pensar a menudo y a pesar de ellos en ese parque, cerrado ante el mar, atraídos y sin contar con barca que los llevase, resolvieron partir una mañana, orillando las costas. Caminar hasta encontrarlo.

Se levantaron antes del alba, y emprendieron la marcha; hora gris y todavía fresca; caminaron como peregrinos serios, silenciosos, preocupados, con un fin distinto a ellos mismos; y su curiosidad perdida les dejaba algo así como el sentimiento de una mancha. Aunque no nos adelantemos demasiado, señora, pues he aquí que ellos casi nos agradan. ¡Tanto peor! Por una vez caminaron sin importarles el calor del día, guiados por una idea, pues ya no era un deseo. Y Raquel no se quejó de los cantos rodados del camino, o de la arena movible donde los pies se hundían al pisarla; ora por la arena, ora por atajos; ya subiendo la orilla de un río hasta encontrar un puente; descendiéndola en seguida; luego por un atajo nuevamente. ¡Ah! Helos aquí llegados casi al pie del muro; era el Parque; y para impedir mejor su acceso, el agua del mar caía en una fosa rodeada de piedras, golpeaba contra el murallón, y parecía cerrarse contra él, y ese paredón se adelantaba como un dique, sobre el mar, de manera que sólo se veía de ese lado un melancólico promontorio calcáreo. Continuaron. La zanja terminó. Continuaron entonces a lo largo del murallón. Pesado sol; el camino se alargaba delante de ellos; hora en que ya no hay sombra sobre las paredes de los jardines. Vieron, casi sobre la hiedra y escondida, una puertita cerrada. Insensible-

mente la pared daba vuelta, y el sol, girando también mientras terminaba el día, parecía seguirlos. Unas ramas, inmóviles, se inclinaban por encima del paredón. Desde el interior del parque llegaba un murmullo continuado de risas, aunque a menudo los surtidores de agua parecen murmullos de palabras. De pronto, se encontraron delante del mar. Entonces se posesionó de ambos gran tristeza, y se sentaron un rato, antes de emprender el regreso. Delante de ellos, así como del otro lado, un promontorio de piedra se adentraba en el mar, y proseguía el murallón cuya base batía el mar en una zanja infranqueable. La tristeza, entrando por la fisura más estrecha, los cubrió. Especialmente, estaban cansados del paseo, y de que hubiere resultado vano. Ahora el sol se escondía detrás del parque; caminaban a la sombra invasora del paredón; creyeron que ella contenía un algo de misterio. Les parecía oír por momentos un ruido semejante al tamborileo de dedos sobre los vidrios, aunque dejaban de oírlo apenas se detenían, creyéndolo causado por el aturdimiento de la marcha. Ya era noche cerrada cuando llegaron.

Al día siguiente, al atardecer:

—Cuéntame el alba del verano —dijo Raquel—, puesto que mi pereza me retiene a tu lado.

Luc comenzó:

—Era el Verano, pero antes del alba; los pájaros todavía no cantaban; el bosque comenzaba a despertar.

—¡Oh! no un bosque —dijo ella—; una avenida. El alba nace, y si los pájaros todavía no cantan, es por culpa del valle demasiado profundo donde

## LA SEDUCCIÓN AMOROSA

la noche se retrasa; aunque ya la claridad blanquee lo alto de las colinas.

—Hacia esas luminosidades superiores —prosiguió Luc—, dos caballeros se aventuraron, y hacia la meseta que domina, luego de haber seguido toda la noche el valle. Permanecían silenciosos y serios, luego de caminar largo tiempo en la sombra, y los altos robles de la avenida, extendían sus ramas por encima de ellos. Sus caballos subían lentamente el camino recto y escarpado. Mientras subían aumentaba a su alrededor la luz. En la meseta el día despuntó. En la meseta se extendía otra avenida, más ancha, cortando la anterior y que seguía la cúspide de la colina. Los dos caballeros se detuvieron. Uno de ellos dijo: “Separémonos, amigo mío; distintos caminos nos llaman y bastándome mi valor no necesito la ayuda del vuestro. Donde uno va, resulta inútil el otro”. Y el otro dijo: “Adiós, hermano mío”. Luego, volviéndose de espaldas, cada uno de ellos se encaminó hacia solitarias conquistas. Entonces despertaron todos los pájaros. Hubo persecuciones amorosas bajo las hojas y rondas de insectos en el aire: se oía el vuelo de las abejas y sobre el césped se abrían nuevas flores para ser libadas. Murmullos deliciosos se alzaron. Más lejos, donde el terreno terminaba, sólo se veían hojas; más abajo, en el valle menos tenebroso, las puntas cimbreantes de los árboles; y más abajo aún, una bruma. ¡Oh! cómo nos habríamos inclinado para divisar beber a los ciervos!

—¿Y los dos caballeros? —preguntó Raquel.

—¡Ah! dejémosles —contestó Luc—, hablemos de la avenida. Llegó a ella, hacia mediodía, un grupo de jóvenes mujeres; caminaban tomadas de la ma-

no, como lo haces tú con tus compañeras; reían; luego llegaron hombres vestidos con trajes de seda y frívolos dorados; sentándose juntos, todos conversaron.

El día pasó; habían callado y la sombra se alargaba sobre la hierba; se levantaron y fueron a ver la puesta del sol. Y la avenida se llenó de inquietud y murmullos; todo se disponía a dormir; luego todo calló; era de noche y las ramas se balanceaban; los troncos grises se volvían misteriosos en la sombra; se alzó el canto de un pájaro crepuscular. Entonces se vio en la noche comenzada dos caballeros volverse; marchaban el uno hacia el otro, por causa del camino que seguían, y sus caballos parecían muertos de fatiga. Ellos permanecían inclinados, más graves que a la mañana por causa de la tarea vana. Y habiéndose reunido sin una palabra, volvieron a descender la avenida que baja la colina, hundiéndose en la noche bajo las ramas.

—¿Por qué partir ahora, Luc? —dijo Raquel—; ¿para qué recomenzar el camino? ¿No eres toda mi vida?

—Pero tú, Raquel —dijo Luc—, no eres toda la mía. Existen otras cosas aún.

### III

Señora, esta historia me aburre. Usted sabe bien que si hice frases, fue para los otros, no para mí. He querido contar un cuento de estaciones en el alma; necesitamos llegar al otoño: no quiero abandonar ninguna tarea comenzada.

Dos almas se encuentran un día, y porque ellas recogen flores, se han creído parecidas. Ellas se han tomado por la mano, pensando continuar la ruta. La continuación del pasado las separa. Las manos se dejan y ya está, cada una en virtud del pasado continuará sola la ruta. Es una separación necesaria, ya que sólo un pasado parecido podrá hacer similares las almas. Todo continúa para las almas. Y usted sabe, lo sabemos, señora, que caminarán paralelas, y no se podrán aproximar. Por lo tanto Luc y Raquel se apartaron un solo día, un solo instante de verano, sus dos líneas se habían cruzado, en un único punto tangente, y desde ya ellos miraban partes diversas.

Sobre la arena muy cerca de las olas, Luc miraba el mar, y Raquel la comarca. Buscaban por momentos retomar el amor que se deshacía, pero ya era placer sin sorpresa; cosa acabada y Luc soñaba feliz en partir. Raquel no le retenía más. Cuando salieron juntos aún caminaban soñando: iba a decir, pensativos; cada uno miraba delante de sí en lugar de mirar al otro. Luc no soñaba más con el amor, pero su amor dejaba en ellos, como el recuerdo de una gran dulzura, y como el perfume de bellas flores marchitas, todo eso que restaba de las guirnaldas, pero sin tristeza, sin tristeza.

Ciertos días, marchaban así, lánguidamente y sin palabras. A causa de los espléndidos colores que habían tomado las hojas del otoño, de tan bello reflejo en las aguas, preferían las aguas dormidas y se paseaban por sus riberas. Los bosques parecían gloriosos y sonoros: las hojas cayendo descubrían el horizonte. Luc soñaba en la vida inmensa. Digo esto porque sueño con ello y creo que él también debería soñar. Luc y Raquel me aburren, señora, ¿qué más le diré de ellos?

Quisieron volver a ver el parque de las rejas maravillosas. Encontraron, siguiendo el muro, una puertita oculta, antaño muy cerrada y sin cerraduras, abierta ahora; entraron, era un parque abandonado.

Nada lograría pintar el esplendor de tales avenidas. El otoño cubría el césped y las ramas aparecían quebradas, la hierba había cubierto los senderos y ahogado las gramíneas. Caminaron en silencio, cerca de los matorrales cubiertos de bayas rojas, donde los pechocolorados cantaban. Amo el esplendor del otoño. Había bancos de piedra, estatuas y,

## LA SEDUCCIÓN AMOROSA

luego, una gran casa con postigos cerrados y puertas tapiadas. En el jardín quedaban recuerdos de fiestas; frutos demasiado maduros colgaban de las espalderas. Caía la noche y ellos regresaron...

—Cuéntame el Otoño —dijo Raquel.

—El Otoño —respondió Luc— ¡ah! es la selva íntegra, y el estanque oscuro cercano al lindero del bosque. Allí van los ciervos y el cuerno retumba. ¡Tiaut! ¡Tiaut! Ladra la jauría; los ciervos escapan. Paseemos bajo los grandes bosques. La caza acude; ha pasado; ¿ha visto a los palafreneros? El sonido del cuerno se aleja, se aleja en el bosque. Regresemos al estanque tranquilo donde cae la noche.

—Su historia es estúpida —dice Raquel—; ya no se dice: los palafreneros; y no me agrada el ruido. Durmamos.

Entonces, Luc la deja; aún no tiene sueño.

Inmediatamente después se apartaron; adiós sin lágrimas ni sonrisas; tranquilo y natural; la historia se acabó. Sueñan en cosas nuevas.

He aquí el Otoño, señora: llueve; los bosques están muertos, y el invierno va a llegar. Pienso en usted; tengo el alma ardiente y calma; estoy sentado cerca del fuego; cerca, mis libros; estoy solo, pienso, escucho. ¿Retomaremos, como otras veces, nuestros amores bellos y plenos de misterio? Soy feliz; vivo; tengo nobles pensamientos.

He terminado de contar esta historia que nos aburre; grandes tareas nos llaman ahora. Sé que, sobre el mar, sobre el océano de la vida, gloriosos naufragios nos esperan, y marinos perdidos e islas por descubrir. Pero quedamos inclinados sobre los libros, y nuestros deseos corren hacia acciones más ciertas. Esto nos hace, lo sé, más alegres que los

demás hombres. A veces, cansado de estudiar demasiado, desciendo hacia el bosque, bajo la lluvia, y voy a mirar cómo termina el otoño. Y sé que ciertas noches, a la vuelta de este paseo, me he sentado cerca del fuego, ebrio de la felicidad de vivir, y casi sollozando de embriaguez al sentir en mi cabeza obras que puján por realizarse. ¡Realizaré! ¡Realizaré! Vivo. Entre todos habremos amado grandes obras silenciosas. Será el poema, la historia y el drama; nos inclinaremos hacia la vida, como lo hacía usted, hermana mía, meditativa y preocupada. Ahora, parto, pero sueñe, sueñe en las alegrías del viaje...

Sin embargo, hubiera deseado, he aquí llegado el invierno, prolongar juntos este relato. Hubiéramos partido solos una noche hacia una ciudad de Holanda: la nieve habría cubierto las calles; sobre los canales helados barrerían el hielo. Hubiese patinado mucho tiempo, conmigo, hasta los campos donde uno ve formarse la nieve; donde se extiende infinitamente blanca; hace bien sentir el aire helado. La noche llega donde brilla la nieve; entramos. Ahora estará cerca de mí en la habitación. Hay fuego; las cortinas cerradas y nada más que nuestros pensamientos. Entonces, hermana mía, me dirías:

*Cosa alguna merece torcer nuestro camino; besémosla al pasar; nuestro fin es más importante que ellas; son cosas que vienen y se van; que nuestra meta sea invariable, y lograremos alcanzarla. ¡Desdichadas esas almas estúpidas que toman por fin los obstáculos. Sólo hay FINES; las cosas sólo son fines*

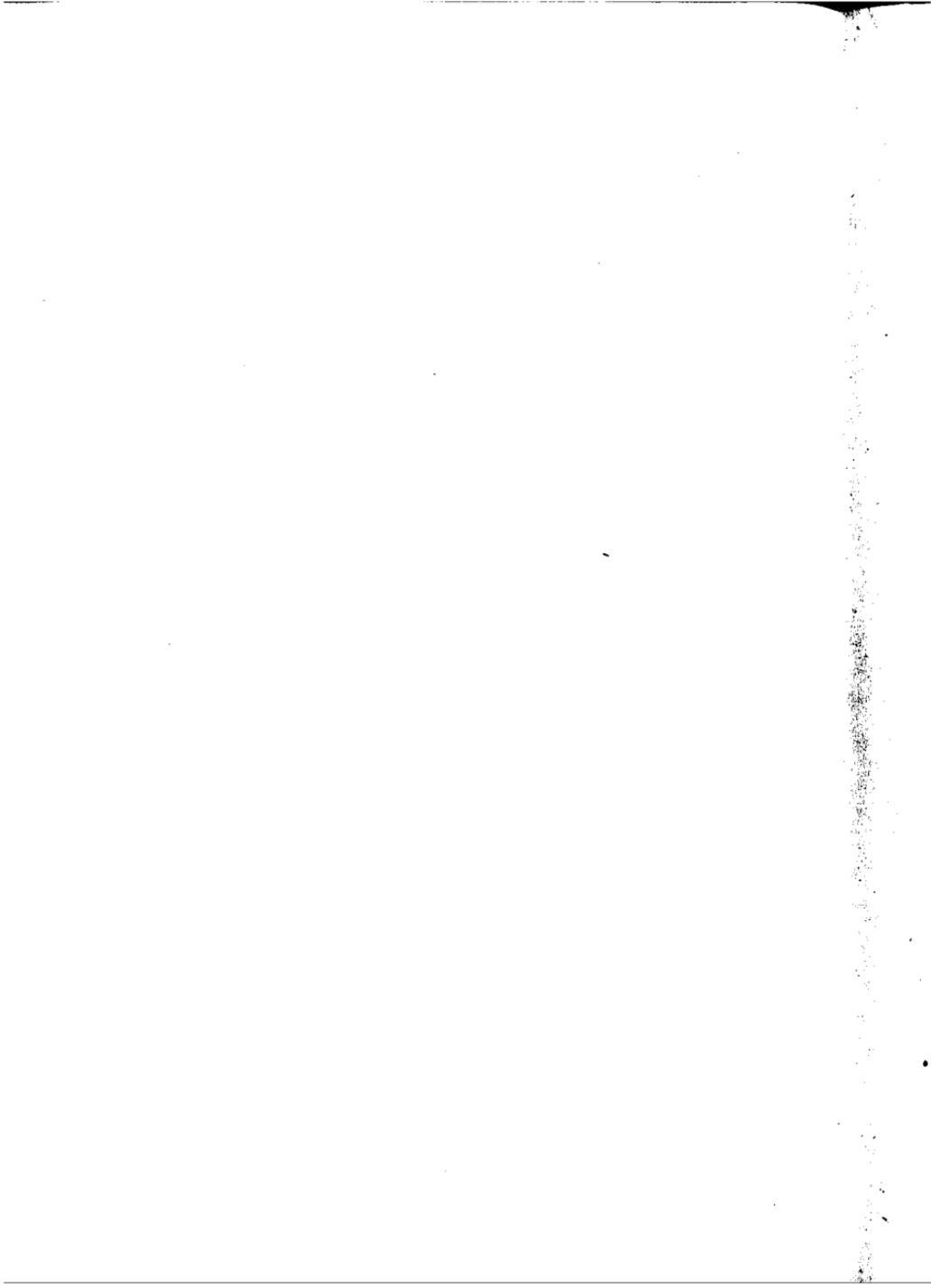
## LA SEDUCCIÓN AMOROSA

*u obstáculos; no, ni siquiera obstáculos, es necesario sobrepasarlos. Nuestro fin único es Dios; no le perdamos de vista, ya que uno le ve a través de cada cosa. Desde ahora marcharemos hacia Él; en una avenida, espléndida sólo gracias a nosotros, con obras de arte a la derecha, paisajes a la izquierda, y por delante la ruta a seguir, y ahora, transformémonos en almas alegres y bellas. Pues sólo son nuestras lágrimas quienes hacen germinar a nuestro alrededor las tristezas.*

Y ustedes, objetos de nuestros deseos, son parecidos a esas concreciones percederas que en cuanto los dedos las tocan sólo les quedan cenizas. *Cualquiera viento que sopla.*

Levantaos, vientos de mi pensamiento, que disiparéis esta ceniza.

Yport y La Roque  
Verano, 1893



E L H A D J  
O  
EL TRATADO DEL FALSO PROFETA

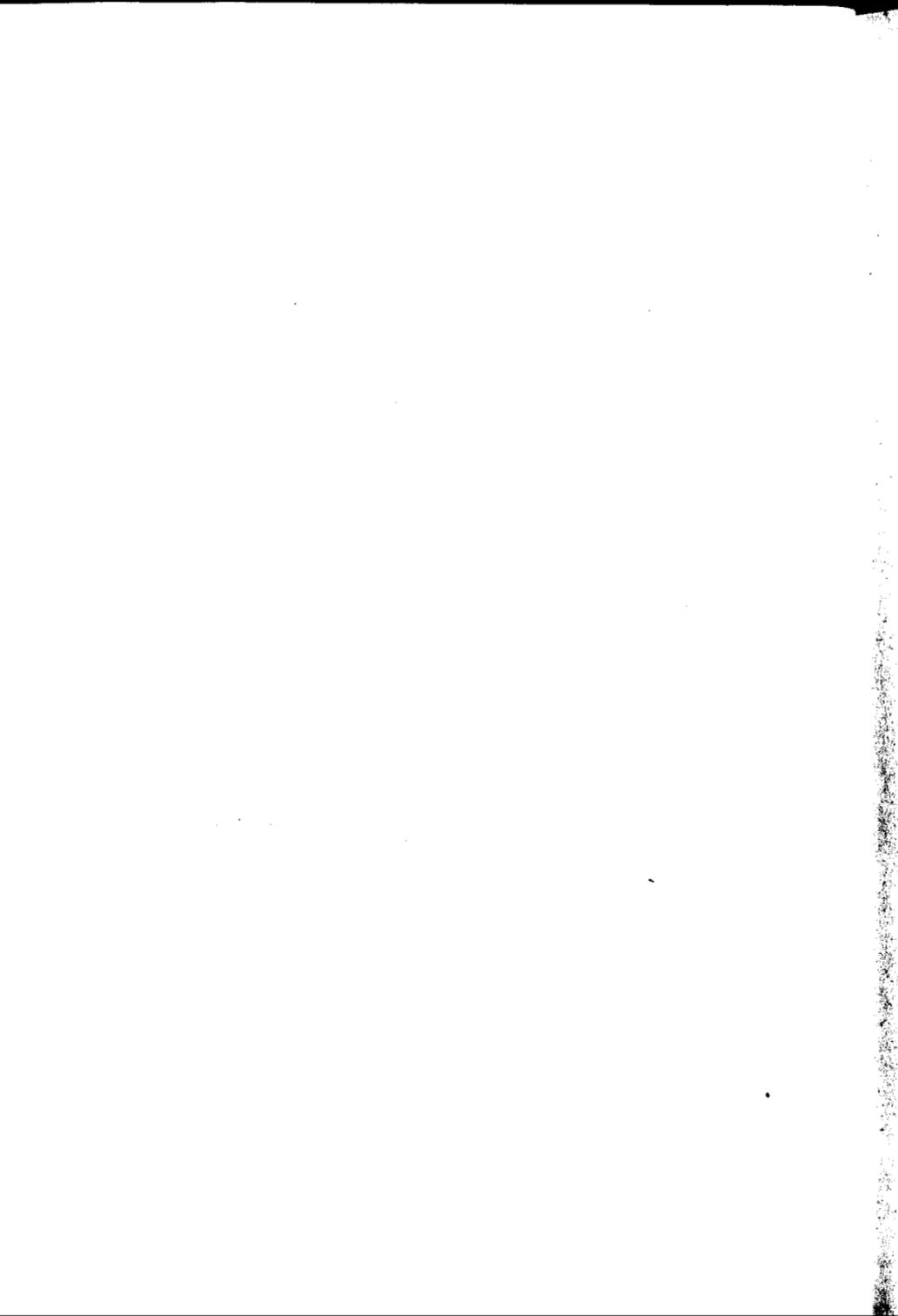
a FEDERICO ROSENBERG

¡O Profeta! Haz conocer todo aquello que ha descendido sobre ti a causa de tu Príncipe; ya que si no lo haces, no has cumplido su mensaje.

*El Koran, V, 71*

¿Qué has venido a ver en el desierto? ¿Un rosal sacudido por el viento? ¿Pero qué has venido pues, a ver? ¿Un hombre cubierto de ropaje precioso? ¿Pero qué has venido a ver? ¿Un profeta? Sí, le digo, y más que un profeta...

*Mateo, XI, 7-9*



Ahora que, junto al poniente, reaparecen los alminares amados, de la ciudad vuelta al fin a encontrar; que el pueblo agotado ríe de deseos y se precipita hacia ella... ¡Alá! ¿Ha terminado mi tarea? Mi voz no los guía más.

¡Ah! ¡Que pudieren ellos gritar de amor esta noche en el umbral de sus casas, puesto que reencuentran su descanso! Quiero retardarme en el desierto. He callado mi secreto durante los días y las noches; he llevado sin sostén la carga de mi espantosa mentira, y he fingido hasta el fin; por miedo de que, no buscando en vano un fin a nuestro largo errar, no encontrándolo no se abandonaren a la desesperación y no pudieren avanzar más.

Ahora, ¡hablemos!, estoy solo. ¿Aunque qué gritaría de desesperación?

Pues ahora sé que existen profetas, que esconden durante el día a los pueblos que ellos conducen la inquietud, ¡ay!, y el extravío de sus almas, simu-

lando su pasado fervor para disimular que ha muerto, que sollozan al llegar la noche, cuando se reencuentran solos, y los iluminan apenas las numerosas estrellas y, quizá, la demasiado lejana Idea, en quien no obstante han dejado de creer.

Pero vos, Príncipe, os encontráis bien muerto; yo mismo os he acostado en las arenas movibles; el viento ha soplado; las arenas han corrido cual olas de grandes ríos; ¿y quién conoce ahora el sitio de su errante sepultura? ¿Llevabais vuestro pueblo al desierto? ¿O alguien os llevaba a vos? ¿Qué encontrarísteis en la llanura? Nada. ¿Verdad que nada visteis en la llanura? Pero vos ibais más lejos sin la muerte. Príncipe, he llevado al pueblo nuevamente a la llanura.

En verdad no me creía profeta, al principio; no me creía nacido para eso. Sólo era un narrador de cuentos en las plazas, El Hadj, y me tomaron porque sabía canciones. Me dijeron que tenía en la espalda el signo por el cual Dios marca a sus apóstoles; pero yo no me había dado cuenta; sino no habría abandonado la ciudad; por temor de Dios, no los habría seguido. ¿Aunque podía yo suponer mi historia? Profeta; solamente profetizo a los demás.

Partíamos en rebaño, sin saber por quién ni hacia dónde. Me pagaron para que los distrajera; así me uní a ellos; les cantaba canciones de amor en la monotonía del largo camino y lloré con ellos las mujeres que no habíamos llevado; así, me hice querer por ellos. Marchábamos hacia el desierto. Delante de nosotros marchaba el Príncipe, llevado en una litera cerrada; nadie podía verlo. De noche dormía solo en su tienda y ninguno de nosotros se

## EL HADJ

aproximaba a él; esclavos mudos protegían la soledad. ¿Cómo nos arrastraba detrás de él? Era una misteriosa dependencia; se hubiere dicho que su decisión se imponía inmediatamente sobre nosotros. Pues nadie transmitía de él ninguna orden; él era nuestro único jefe y guardaba siempre silencio; o quizá hablaba a sus cargadores, pero nunca habíamos oído su voz. De manera que parecíamos seguir a quien parecía no guiarnos. Pero resultaba extraño, y me extrañaba desde entonces, que nuestra marcha pareciera prevista y el camino ya marcado, como si, pasando antes que nosotros, otros la hubieren ya trazado. A nadie asombrábamos en el camino, y en las ciudades que tocábamos, nos encontraban víveres tan fácilmente y se extrañaban tan poco, que parecía que nuestra espera nos hubiera precedido. No obstante, se notaba que no éramos de esas caravanas ambulantes que van de ciudad en ciudad y a las que se acostumbra recibir. Nos hubieran tomado mejor por una tropa belicosa, si hubiéramos llevado más armas pero aún antes de haber comprendido nuestra intención pacífica, desde lejos todavía, nadie se asustaba.

Apenas abandonamos los estados del Príncipe, por cortesía, no acampamos más en las ciudades, sino al pie de sus muros y del lado de oriente. Cuando la ciudad estaba rodeada de oasis sólo entrábamos bajo los árboles al caer la noche. Reinaba allí una frescura pernicioso; acampábamos en el límite de los jardines, y nuestra alma se acostumbraba a sólo tener delante de sí una interminable extensión.

A veces en esos jardines, antes de que terminara el día, caminaba, acompañando a nuestros enviados que iban a las plazas en busca de provisiones, don-

ANDRÉ GIDE

de los vendedores casi no nos hacían preguntas; por otra parte, pronto dejamos de comprender fácilmente el idioma; era el nuestro todavía, pero pronunciado muy diferentemente. ¿Y qué hubiéremos podido contestarles nosotros? Sino que veníamos de una capital del Sur, y que, por nuestra larga marcha hacia el Norte, veíamos a la región volverse más desierta cada día. A veces, más para los nuestros que para esos extranjeros que poco me comprendían y para los niños que, cuando nuestro campamento quedaba próximo de las ciudades, nos seguían y permanecían hasta la noche, silenciosos o cuchicheando alrededor de nuestros fuegos, pero a quienes nuestros géneros ricamente bordados que colgaban de los cuellos de los dromedarios apenas si los asombraban tanto que, para asegurarse de ellos, les bastaba tocarlos con las puntas de los dedos, yo cantaba y prolongaba mi canto en la noche hasta la llegada del sueño:

*La ciudad que hemos dejado,  
es, era rica, grande y hermosa.  
Si no la hubiéramos abandonado  
nunca la hubiéramos nombrado,  
pues no conocíamos ninguna otra.  
Ahora la llamaremos Bab-el-Khour,  
para poder hablar entre nosotros,  
y para llevar la nombradía  
con nosotros a través de la tierra.  
Nuestra ciudad es más hermosa  
que todas aquellas que cruzamos.  
Conozco cafés donde se conversa de noche,  
y donde bailan hermosas mujeres.*

## EL HADJ

*Las mujeres que nosotros hemos dejado  
lloran de amor esperándonos.  
Cada uno de nosotros tiene varias,  
y la más insignificante es aun muy hermosa.  
Fuera de la ciudad hay maíz y trigo;  
la tierra es rica en cereales.  
Nuestro príncipe es poderoso entre los príncipes;  
nadie puede acercársele;  
nadie ha visto nunca su cara.  
¡Ah! Bienaventurada la desposada  
que podrá contemplar su cara.  
¿Qué tendrá ella de demasiadopreciado para él?  
¿Qué perfume mojará sus cabellos?  
¿Dónde lo espera ella para las fiestas?  
Allá iremos.  
Ella languidece de tedio en la espera  
a la orilla de las aguas en amplios jardines.  
Sólo el Príncipe podrá verla,  
pero la noche de las bodas habrá para nosotros  
leche de palmera en abundancia  
y agradable vino.*

Así, ante los demás, cantábamos elogios de nuestra ciudad, por vanidad, y nos predecíamos fastuosos destinos para no inspirar lástima. Aunque de noche, al irse los demás, perdíamos esa seguridad y nos decíamos: En verdad, nuestra ciudad, aquella que hemos dejado, es grande y hermosa; pero desde entonces el camino ha sido largo y, en cuanto a lo demás, ¿qué sabemos de ello? Seguramente, debemos seguir al Príncipe, ¿pero hasta cuándo?, ¿y hasta dónde?, ¿para qué nos lleva? ¿Seguramente el Príncipe lo sabe; ¿pero a quién hablará el Príncipe?

Y aunque no esperasen contestación a su triste pregunta:

—A mí —les dije—, él hablará.

—¿Cómo harás? —dijeron ellos—; no dejan acercarse a nadie.

—Sepamos esperar —contesté—. Aquel que camina en la noche, puede gustar la sombra durante el día.

Y yo mismo esperaba al decir eso.

Al día siguiente, mientras avanzábamos en la planicie y desaparecían las últimas sombras, pensaba: ¿para qué me sirve cantar si no canto para el Príncipe?

—Esta noche me aproximaré a su tienda; ellos dormirán, cansados; el Príncipe, descansado, debe dormir apenas; me escuchará, y yo cantaré tan suavemente que él querrá oírme de nuevo. Pensé en eso durante todo el día; su fervor alentó mi camino, y el deseo de la noche retardaba su llegada que yo llenaría con mi canto.

Al llegar la noche:

—¡Oh noche! —canté, y en el campamento todo calló. Fuera del campamento, la tienda del Príncipe semejaba un promontorio solitario, luego se extendía desierto inmenso.

—¡Oh noche! E hice pausas en mi canto, cual si lo llevara el viento para que el Príncipe lamentara no oírlo completo...

*Una tienda en el desierto.*

*¡Una sobre las olas!*

Pero de las arenas, El Hadj, ¿qué diré?... y dije mi nombre de peregrino, al pensar, cosa que ocurrió, que el Príncipe lo recordaría, en seguida, y podría hacerme llamar. Luego, mientras la luna re-

## EL HADJ

donda se descomponía en silencio y, angustiado al verla, admiraba que las arenas conservasen todavía, luego del calor del día, luz que las volvía azuladas, canté:

*Son más hermosos que las olas del mar.*

*Eran más luminosos que el cielo ...*

Y de pronto, cual alguien que se lamenta, exclamé:

¿Cuántos días hace que has dicho: he aquí que las colinas de la región se alejan y sólo tenemos recuerdos muy lejanos para alimentar nuestras fidelidades? Desde entonces, ¿qué hemos visto en la planicie? La planicie, ¡El Hadj! ¿qué contarás tú de la planicie? Nada hay en ella. ¿Has visto algo acaso en la planicie?

—He visto ríos, grandes ríos, desaparecer enteramente en la arena; no se echaban en ella, supongo; se hundían lentamente; desaparecían, cual esperanzas. A veces reaparecían más lejos; no surgían, supongo; volvían a salir simplemente de la arena en agua más fina y filtrada, reaparecían cual esperanzas. Más lejos, sólo arena; ya ni siquiera se sabía en qué se habían convertido ellos. Ríos, grandes ríos, no es a vosotros a quienes hemos venido a ver.

*¡Decid! ¿qué habéis visto en la planicie?*

*La caravana inmensa ha pasado.*

*¿Qué habrá visto ella en la arena?*

*Huesos blanqueados; conchillas vaciadas;*

*Rastros; rastros; rastros,*

*Borrados por el viento del desierto.*

*El inmenso viento del desierto ha pasado.*

¡Ah! ¿Qué habéis ido a ver en la planicie?  
¿Una caña atormentada por el viento?  
¿Pero qué habéis ido a ver en la planicie?  
¿No habéis visto nada?...

Al volver el día, temí que los demás me molestasen por culpa de mi canto; sin embargo, ni siquiera lo habían oído.

Proseguimos por el desierto.

Al llegar la noche, me acerqué nuevamente de la tienda y cuando la luna carmesí surgió sobre el desierto:

—¡Oh noche! ¡Grande noche!... —exclamé; luego proseguí más bajo—: Cual una barca sobre las olas, Príncipe, una tienda te pasea. ¿Te pasea hasta dónde? — Y puesto que esa noche había tomado mi viola, entre pausas simulaba contestación a las preguntas.

—Al sol, delante de nosotros, triste planicie, ¿te has asombrado suficientemente?

¡Desierto! ¿Al llegar la noche, nunca te detienes?

¡Oh! Si el viento me llevara en sus alas, al otro lado de este mar abrasado.

¡Oh! Que sea donde la luna sangrante, pastor del cielo, va a lavarse antes de pastorear.

Al borde de las aguas, en amplios jardines, cual una amante en la noche de boda, ella se arregla; se mira en el agua.

El amante espera la noche de la boda, Príncipe, al borde de fuentes escondidas.

Mis palabras se enardecían así, casi hasta el afirmativo; ¿y sin embargo, sin embargo qué sabía yo de ello?, ¿era eso profetizar?... y canté con tonada

cada vez más tierna, más patética o más cansada:

—Príncipe, ¿dónde terminará este viaje?

¿En el descanso de la muerte?

Seguramente hay otros jardines en el Norte,  
bajo el cielo azul, donde se estrellan las palmas,

¿En qué piensas tú, Príncipe? ¿duermes, acaso?

¡Príncipe! ¿cuándo te veré? a fin de que a los  
pequeños niños pueda, en incontables noches, con-  
testar: —Si era eso, cuando me pregunten: ¡El Hadj!

¡El Hadj! ¿Qué te llevaron a ver en la planicie?

¿Un príncipe vestido suntuosamente?

¡Príncipe! Mi alma entera suspira; mi alma lan-  
guidece a tu lado. . .

Y me prendía de él poco a poco llevado por mis  
propias palabras, de manera que, a la tercera noche  
cuando, al comenzar mi canto, lo vi salir de su tien-  
da, a la luz del cielo, vestido suntuosamente, aun-  
que oculta su cara por un velo, y, cuando todavía  
yo pedía y pensaba pedir en vano: ¡Príncipe! ¿qué  
fuisteis a ver en el desierto? Cuando, con voz más  
sutil que todos los cantos que pudiere haber oído, le  
oí contestarme inesperadamente:

—Un profeta, más aún que un profeta, ¡El Hadj!  
¡Buen peregrino, eres tú! Mañana vendrás a mi tien-  
da. — Enmudecí y sollocé de amor durante la noche  
hasta el amanecer.

Pero al día siguiente, el desierto se cubrió de  
espejismos; ya no había oasis; apenas si, donde bro-  
taba el agua, se levantaba un raquítrico bosque de  
palmeras, tan aumentado por el espejismo que se-  
mejaba de lejos un oasis maravilloso. Y nada resul-  
taba para nosotros —¡Alá! Os lo aseguro— más de-  
cepcionante que esos espejismos. A veces, desde el  
alba, y hasta el anochecer, caminábamos hacia ellos

para desconsolarnos al verlos desaparecer, primero lentamente, y disolverse al borrarse el sol.

—Así, de virtud en virtud caminaremos, El Hadj hasta la muerte, en la esperanza, y nos sostendremos hasta el fin por la visión espejada de no se sabe qué felicidad (como quien, antes de dormir preparara minuciosamente un sueño). ¡Oh Príncipe muerto! ¿Tienes siempre, en tu sueño sin visiones, sed del agua de las fuentes? ¡Oh visión del paraíso!, dichoso aquel en quien sólo la negra muerte puede borrarla.

¡Alá! Eres lo único verdadero. Sé que algunos dicen que se trata de irrealidades; que los objetos se encuentran en otra parte, y se terminará por encontrarlos (su flotante apariencia, separada de ellos por el excesivo calor, se propone más cercana y nos incita a poseerla falsamente). Mas, puesto que no podemos tomarla, ¡Alá!, ¿por qué ofrecerla? Y nos desconcertábamos al amanecer, cuando el horizonte parecía franjearse delante de nosotros, y hasta el pasado se nos antojaba sin evidente certeza, cuando al volvernos hacia el sol, todo parecía fundirse y casi fluidificarse.

Pero lo que admiro ahora, lo que me llena de paciencia, es el pensar, ¡oh, pobre pueblo! cuán grande resultaba tu confianza; y de ella nació mi compasión... Pues, ¿qué conocía el pueblo de aquello que se esperaba de él? y ¿qué esperaba él mismo?

Le bastaba, para marchar, el creer que era hacia un fin, y que el Príncipe al menos, sabiéndolo, le guiaba con seguridad. Cuán dócilmente seguían ellos sin saberlo; pues de aquello que el príncipe me confió, nada podía revelarles; por otra parte, nada hu-

bieran comprendido. ¿Y qué certeza tenía él mismo, por otra parte, del porvenir del cual hablaba? Si él creía ahora en esas bodas, ¿no era desde que me había oído cantarlas? Aunque entonces hablaba tan suave, tan crédulo y tan seguro, del niño que debía nacer y llevaría su nombre rejuvenecido, ese nombre que nadie ha podido conocer y con el que conquistaría a todo el pueblo; hablaba con seguridad tan grave que, a pesar del pasado y por culpa de mi propia incomprensión, creía en ello.

¡El Hadj! —entonces me decía él—, necesitas, comprende, creer en mí con todas tus fuerzas; el futuro necesita de eso para realizarse.

—Príncipe, por amor, te he creído.

—¡Canta El Hadj! Canta ahora los jardines donde me espera el amante, pero no me hables de ella.

Al pensar en la monomorfía de las palmeras: para hacer soñar al habitante del desierto, me decía, debe hablarse de los numerosos ramajes del Norte, y de los troncos variados de los árboles; y yo cantaba las selvas profundas, las quebradas, el olor de las hojas y musgos, las brumas de la mañana, de la tarde, la frescura de la noche, la variedad del día y la humedad deliciosa de los prados. El Príncipe me escuchaba lentamente. Yo nombraba los trabajos más fáciles; la voluptuosidad más sonriente; el azur más claro, el aire menos quemante, la noche menos encendida.

—¿Nos encontraremos pronto allí? —preguntaba.

—Pronto estaremos allí —le contestaba.

—¡Canta todavía, El Hadj bienamado!

—Allá lejos —cantaba yo— ya no corren aguas saladas. ¡Ah! cuán dulce resultarán para nuestros pies las piedras heladas de las orillas. . .

Mitad de la noche pasaba cantando.

No sé si mi canto le daba seguridad al Príncipe, pero a mí me fortificaba extraordinariamente. Lo que yo cantaba ocurría; luego de cantarlo, creía en eso. A menudo, delante del pueblo, permanecía en silencio; bastaba que creyere que el Príncipe guiaba. Y cuando yo hablaba, decía:

—El Príncipe os lleva; sabe adonde le place ir. Pero, ¿qué os diré de eso? ¿Qué soy yo mismo delante de él? Delante de vosotros, en verdad, profeta; delante del Príncipe, un servidor. Y me prosternaba ante su tienda en señal de sumisión.

No obstante, cada tarde se volvía algo más abrumante. Cuando no brotaban espejismos, sólo se veía delante de uno, exactamente, las arenas rojizas de la planicie levantándose en dunas. Para distraer, imaginaba prácticas más rigurosas y privaciones especiales. Habíamos llevado al campamento apenas algunas mujeres, pero fijé horas para tocarlas; sin embargo ellos no tenían como yo el corazón rebosante de amor por el Príncipe. Delante de ellos mostraba suficiencia y para que no me interrogasen más, sólo afirmaba cosas incoherentes: a los sumisos promesas de recompensa, a los rebeldes amenazas de castigo. Luego volvía hacia la tienda donde el Príncipe sólo me dejaba entrar a la noche, y hasta la noche sentía desfallecer mi seguridad, que renacía junto al Príncipe; aunque no comprendía cómo, el Príncipe lo adivinaba.

—¡El Hadj! —decía él entonces— ¡profeta sospechoso! ¡cuán pequeño es tu amor! ¿Vale la pena que yo viva de él?

—¡Oh! —contestaba—, os amo, Príncipe, tanto como puedo amaros. A mediodía todo vacila; a la

## EL HADJ

noche, a vuestro lado, me consumo de fervor. ¿Por qué no estaré en vuestra tienda todo el día? Nos consolaríamos largamente; también os amo durante el día; espero la noche y lloro de que no aparezcáis. ¿Por qué no os dejáis conocer mejor? Sólo deseo conoceros a vos. ¡Ah si pudiera ver vuestra cara, Príncipe, me sentiría fortificado!

Entonces el Príncipe me tomó la mano, y sentí grande turbación... Aumentó mi cariño aunque hirió mi confianza, tan quemante de fiebre era esa mano.

Al día siguiente, durante las marchas del día, cerca de su tienda todavía levantada, esperando que él me oyera, cantaba:

*Mi tienda voga en el desierto  
cual sobre un mar abrasado.  
Puertas de tela, ¡que el viento levanta!  
Puertas de mi tienda, inundadas de luz.  
Levantaos, puertas de tela  
y dejad entrar mi deseo.*

Pero el viento apenas si golpeaba la tela cual la vela de un navío. El príncipe dormía todo el día y no me oía cantar. Entonces continuaba casi en un murmullo:

*Mi dulce amigo duerme en la tienda  
velo porque él duerme.  
Espero a mi amigo cuando estoy solo.  
Sólo a la noche voy junto a él.  
Ahora es la hora de todos los fuegos del Sur;*

ANDRÉ GIDE

toda la tierra se marchita de sed y de temor y de  
[espera;  
es la hora en que la voluntad de los hombres  
[valientes se espanta,  
en que el pensamiento de los sabios vacila,  
en que la virtud de los puros se altera,  
tanto la sed es deseo de amor  
y el amor es sed de tocar,  
cuando todo lo que no es de fuego  
bajo este ardor se decolora.  
Hay quienes, al llegar la tarde, no han  
[reencontrado más su fuerza  
y tanto calor ha cansado;  
hay quienes, a lo largo del desierto, han buscado,  
[toda la noche detrás,  
en vano sus pensamientos perdidos;  
por culpa de mi amigo.  
Espero sin temor la dulce noche.  
Cuando ella llega, mi amigo se despierta;  
Voy junto a él; nos consolamos largamente.  
Él pasea mis ojos en los jardines de estrellas.  
Le hablo de los grandes árboles del Norte  
y de fríos estanques donde la luna,  
Pastor del cielo, cual una amante, se lava;  
me explica que lo único perecedero  
ha inventado las únicas palabras  
y que aquello que no debe morir  
calla siempre, al tener todo el tiempo para hablar.  
Y su eternidad los cuenta.

Casi sin comprender, me horrorizaba, al cantar así por culpa del mismo silencio del desierto, de estas extrañas palabras del Príncipe, presentes en mi canto.

## EL HADJ

Esa noche, al volver a verlo, en la tienda casi a oscuras, se sentía cansado:

—Príncipe —le dije—, es necesario un contrato de alianza, de tu alianza conmigo; que posea a falta de ti y pueda mirar durante el día.

—¿Cómo —respondió— El Hadj, no comprendes que tú mismo eres contrato de alianza entre el pueblo y yo y que entre tú y yo no puede haber ningún signo, pues no me oculto de ti? ¿Qué otra cosa, salvo yo mismo, quieres? Te ocupas de mí, lo sé aunque no suficientemente de tu pueblo; y sin embargo, él conoce de mí sólo a ti mismo; aparezco ante él por tu cara y le hablo por tu voz. Tú no le hablas bastante; ¿cómo pretendes entonces que me quiera? —Luego, casi tristemente y con voz algo cambiada, agregó: En verdad te mostraré mi cara; aunque el verla no colmará tu amor.

Y, fuera de su cama, vacilando cual un convalesciente muy débil, levantó la tela de la tienda y ante el rostro pálido de los cielos descubrió su cara pálida. Su hermosura era de una belleza sobrenatural, y parecía de raza distinta a la nuestra, pero pálido inenarrablemente y de expresión tan cansada que sentí desvanecerse mi fe mientras surgía en su lugar un amor completamente humano. Y permanecí delante de él sin gesto y sin palabras, hasta que cayendo a sus pies... abracé sus débiles rodillas, luego temí desvanecerme de ternura, de duda y desolación al sentir en mi frente demasiado ardiente posarse su mano demasiado tibia.

Al día siguiente, luego de la marcha interminable, al cruzar una duna enorme, apareció ante nuestros deseos sin aliento, de un lago o de un mar la planicie suavemente azulada. Entonces, en todo el

pueblo, los gritos delirantes de los primeros al hacer apresurar a los demás, creó movimiento indescriptible; cual si la vista de frescura tan cercana, al saciar ya su alma en esperanza, bastara por una noche a regocijarlos; cual prosternados en oración, gritaban hacia las aguas, y su sed, próxima a calmarse, se volvía voluptuosa. Eran cantos, gritos de una sensualidad reconocida y liberada; otros bailaban. Ninguno pensaba ya en continuar; cual si bastaran promesas y no satisfacciones; cual si nunca sed alguna hubiere podido calmarse con agua salada, el amor con visiones, o la esperanza con ilusiones. Todavía nos separaba una legua de la orilla, pero luego de nuestra inmensa fatiga esta alegría inmensa los destrozaba. En verdad, desde su cama cerrada que precedía siempre la marcha, el Príncipe oía los gritos delirantes de su pueblo. Los portadores, en el descenso de la duna, se detuvieron y levantaron la tienda real. El sol se ocultaba en una columna de bruma o de polvo enrojecido por sus rayos oblicuos; el horizonte tras el mar se fundía en adorable doramiento; por un instante las aguas enrojecieron al reflejo del cielo, luego, bruscamente, el astro desapareció, la noche llegó completa y cerrada.

Yo sabía que las mareas suelen extenderse demasiado sobre un suelo plano y cuán peligrosas resultan a menudo las playas de mares desconocidos, y me sentí dichoso de acampar allí, todavía lejos y alto sobre la colina. Armaron el campamento; brillaron los fuegos de la noche. La tienda del Príncipe, casi a oscuras, separada del campamento, semejaba aislado promontorio; el mar parecía haber llenado la noche. Me acerqué a la tienda del Príncipe.

Estaba en pie, inclinado fuera de la tienda, levantando la puerta de tela; no le cubría el velo y sus ojos buscaban en la noche. Al verme:

—No veo el mar —dijo— ¡El Hadj!

Hablaba misteriosamente; al oírle pronunciar mi nombre, encontré casi amorosa dulzura.

—Es noche cerrada —contesté—; pronto aparecerá la luna.

—No oigo el mar, El Hadj.

—¡Ah Príncipe!, está muy calmo y nosotros demasiado lejos.

—¡El Hadj! —prosiguió lentamente—, en el borde opuesto han preparado mis bodas y crece la espera por nosotros. ¡El Hadj! a pesar de la noche, en la noche, donde nadie pueda verte, es necesario que vayas hacia el mar; la luna se levantará al llegar tú a la orilla; mira si se distingue la orilla opuesta; qué es lo que se ve en la orilla opuesta; si se ven en fin los árboles, los grandes árboles de los cuales me hablas en tus cantos. Ve, ¡El Hadj! El Hadj bienamado, apresúrate, luego regresa en seguida.

Partí; fui, a pesar de mi cansancio. Bajé las pendientes de la duna y pronto la noche espesa me envolvió. Al volverme hacia el campamento no distinguí ninguna llama; una niebla casi opaca, en la cual me hundía más a medida que avanzaba hacia la playa, las ocultaba. Confiaba en la luna para que guiase mis pasos al regreso. Estaba cansado; cansado al punto de olvidar mi esperanza. Me asombró, recuerdo, el olor demasiado soso del aire; su humedad no era, como debía suponerse, áspera de salinidad marina, sino que recordaba más bien las exhalaciones de pantanos. Y, de pronto, ante mí que cami-

naba, ese vapor tembló, vaciló, se plateó, se abrió y, cual un pastor en las poesías pastoriles, apareció la luna gravemente.

Flotaba encima de una planicie de quietud desconocida. Me sentía al borde de un gran misterio donde no se movía una ola, pero sobre el cual reía y brillaba la hermosa imagen de la luna, indefinidamente alargada. El terreno terminaba sin sacudimiento; la arena chata se continuaba simplemente en algo distinto, que reflejaba la soledad, y comprendí que no era agua. Me adelanté; entré; parecía una materia increada, ni completamente sólida ni completamente líquida, móvil bajo mis pies, si no tranquila, aunque imperfectamente congelada. A mi izquierda, un desvío de arena, persistía, frágil promontorio donde crecían débiles juncos. Continuaba... después, ya no era, ni tierra ni agua... una especie de lodo, de fango, recubierto por delgada capa de sal, débilmente plateada a la luz de la luna. Quise continuar todavía; la frágil capa reventó; me hundi en fango flojo abominable. Sujetándome de los juncos, arrodillado o acostado, volví hacia la arena. Me senté en ella; miré; mi asombro era tan grande ante ese mar desolado, de lodo disimulado bajo la sal, donde mi peso había hecho un agujero, que no sentí nada en mí, ni siquiera mi desesperanza. Agotado de cansancio y estupor, miré la luna serena, sobre la extensión iluminada, que parecía reír y brillaba sobre la triste planicie no explorada, más triste todavía que el desierto.

Y ahora, he aquí que la luna más alta, al iluminar con más fuerza el horizonte, mostró del otro lado del mar una orilla distinta no lejana; y parecía que grandes árboles se inclinasen sobre ella...

## EL HADJ

Pero la arena donde me encontraba cedía; debía abandonar el promontorio, retroceder, hasta el borde donde terminaba ese mar. Allí me acosté sobre la tierra, y sentí entonces tan completamente mi soledad y la inmensidad que me rodeaba... y ese mar, me dije, aunque estrecho, no resultará por eso más fácil de cruzar... y toda mi virtud me abandonó de golpe; no huyó, supongo; desapareció como agua que se pierde en la arena; desapareció completamente. De pronto me sentí sin fuerzas y alguien a quien su fe ha abandonado por completo. Me pareció que me invadía, que se extendía en mí, se abría, una desolación sin lágrimas, más extensa todavía y tan triste como el desierto.

Me sentía demasiado cansado para regresar en seguida hacia las tiendas, y, ¿qué hubiere dicho al Príncipe? Y, a pesar de todo, el brillo de la noche resultaba tan puro, tan deleitable, que mi espíritu desamparado se complacía en ella. No obstante, embriagado de noche antes del alba, para no encontrar quien, al descender del campamento hacia el mar, viese que éste era falso e importunara mi dolor con lamentos viles, apenas vi la noche doliente zozobrar sobre la duna donde nacía la blanca, emprendí mi camino hacia las tiendas.

¡Claridades nacientes desde todos los costados del cielo! ¡Oh rodillas dobladas, aunque tendidas, inquieto abrazo de la sombra... Profeta, lo soy, soy yo! ¡Príncipe! Hablé a tu pueblo cuando tú nada más pudiste decirle. ¡Ah! ¿Largas marchas en el desierto? Esperas de no se sabe qué; rodillas rotas; sed creciente; fuga de horas sin sorpresas; oasis desfallecientes en la noche. Árboles del Norte; ramajes vagamente deseados; ¡ah!, ¡promontorios!, promon-

torios lanzados hacia el cielo, donde uno se adelanta, donde uno se adelanta, después de los cuales no se puede más... ¡Blancuras de luna sobre las tiendas!, noche terminada; claridades naciendo de todos los costados del cielo... Luego, ¡oh puerta de tela levantada; misteriosa tienda donde yo entré! Puerta de tela vuelta a caer, cual silencio que rodea un secreto; lecho donde me incliné, iluminado por llama muriente; lecho horriblemente vacío y que parecía desocupado, donde el príncipe yacía sin vida.

Príncipe, te engañaste; te odio. Pues no había nacido profeta; lo soy ahora por tu muerte; porque tú no hablabas más debí hablar al pueblo... Pueblos abandonados en el desierto, lloro solamente sobre vosotros. Tú, príncipe desaparecido, que te oí, ¿lo sé?... aunque languidezco de tedio, de hambre, de cansancio, por haberte querido tanto; y el recuerdo de tus noches vuelve más desolada mi soledad.

No amaba al pueblo hasta entonces, pero desde ese momento sentí piedad por él. ¿Lo amabas tú? ¿Para qué lo llevabas lejos de las ciudades? El ruido de tus bodas no llegó hasta nosotros. No hemos oído el canto de flautas y los címbalos. Mis oídos llenos de espera. ¿Dónde se han celebrado para que su rumor se haya apagado ya? Príncipe, no lo diré... nadie sabe que ellas son tan silenciosas en la muerte.

Príncipe, yo debí engañar al pueblo, porque tú ya lo habías engañado y porque yo conocía y sentía piedad por tu mentira. Príncipe, yo prolongué tu miseria, hasta más allá de la muerte. He rehecho todo tu camino. Tú llevabas el pueblo al desierto; yo lo he vuelto a traer hacia la ciudad, lo he guiado

## EL HADJ

hacia las satisfacciones, en recompensa de hambres que a lo largo de arenas áridas, pastor indolente, tú nos hiciste apacentar. . .

El alba temblaba; a esa hora, los demás días, acostumbra abandonar al Príncipe. Salí de la tienda, los ojos secos, y el semblante grave. Ninguno había descendido todavía hacia la playa. Decidí preparar su próxima aflicción; dar por castigo su pesar horroroso cuando se acercaran al mar: inventar pues una cierta falta; dar al pueblo la ocasión de un pecado que motivare ese castigo, de manera que pudieran considerar su historia algo merecida y, por eso, si no entristecerse menos, al menos someterse y temerme. Yo, que sólo había llevado el amor, sólo podía traerlos por el temor. Entonces, a pesar de la impaciencia de su sed, o quizá por ella, les dije:

—El Príncipe pone vuestra lealtad a prueba. Considera conveniente no bajar con vosotros hacia la playa tan esperada. ¿No soy yo el primero?, ha dicho; ¿no debo ser yo el primero en lavarme, bañarme y beber allí? Desgraciado quien descendiera hacia el mar antes que yo; pagaría cruelmente ese ultraje, y no sería castigado solo. Aunque sólo uno pecara, todos vosotros soportaríais el castigo por su falta. Pues mi cólera sobrepasará lo imaginable y excederá el pecado. Necesito, me dijo, que el pueblo me tema y espero de él entera sumisión; ahora bien, tomaré esa falta, aún cometida por uno solo, cual signo de completa rebeldía. Pero escuchad: no es mi intención descender hoy a la playa, ni mañana, sino la mañana siguiente al día segundo; la prueba consistirá en eso: a pesar de vuestra sed, esperad. Es necesario, antes de acercarse al agua, levantar un altar a Dios, en acción de gracias, y para sacrificar

en él. Trabajaréis estos dos días en eso. Levantaréis ese altar a corta distancia de la playa, sin importaros que sea sobre arena movediza. Encontraréis piedra de yeso por yeso y al pie de la duna bloques de arena conglutinada. Cavaréis el altar debajo, cual un sótano. Id. Deseo que todos trabajéis. Sacrificaremos cuanto antes.

En el cansancio de los dos días y a pesar de la coacción, el trabajo adelantó rápidamente. No sé si quizá alguno de ellos había ya infringido mi orden secretamente. Poco me importaba. Cuando todos obedecieran, pensaba, el mar no sería menos mar. Siempre podía suponerse uno, pecador, por quienes sufrirían los demás, al no poder saber todos lo que uno solo de ellos habría hecho.

En la tristeza de los dos días el mar azuló; la orilla opuesta se distinguía vagamente y se coronaba de espejismos variables según las horas. Permanecí junto a la tienda del príncipe para facilitar su pecado. De noche bajé a la playa cuya perfidia conocía. Me senté cerca del borde, encantado de mirar. La luna surgió, más llena que la víspera; menos asombrado pude contemplarla mejor. El silencio parecía estar allí, en verdad y real, como objeto de mi adoración. Pues antes yo no sabía que una noche pudiese ser tan hermosa; y sentía en mí, más profundamente de lo que hubiese pensado encontrar en mí, de profundo, otro amor, mil veces más ferviente, más dulce, más suave que mi amor por el príncipe, y al que esta inmensa calma parecía corresponder.

De manera que, más pacífica aún, esa noche tercera, cuando la luna iluminó mis pasos en la orilla, cuando, peregrino fatigado, cual un ladrón nocturno hube llevado, arrastrado por la falda del abri-

go que tapaba su cara por instantes, al príncipe, cuya desnudez habría podido ver, ahora, aunque cadáver y sin valor, cuando lo hube colocado bajo el altar donde al día siguiente por penitencia irrisoria todo el pueblo sacrificaría, cuando lo hube extendido en el estrecho sótano que había hecho cavar para eso... entonces, al fin liberado desconsoladoramente del amor de mi alma, solo en la noche pude gritar mi alegría y, rechazando el pasado muerto, dejar cantar mi esperanza. No sospechaba antes cuán cansado estaba de ese peregrinaje; pero esta noche, internándome una última vez en la playa, contemplé ya sin horror ese mar —después de todo horroroso solamente para aquel que creía tener que atravesarlo—, y lo vi entonces tan hermoso que sentí desplazarse lentamente mi fe de la víspera; mi adoración siempre viva, aunque, desde la muerte del príncipe, apasionada, alargarse pujantemente hasta los propios límites del desierto infinito; y, porque la majestad inundaba mi alma más grave, creí que era la felicidad.

Ahora que creo en su imposibilidad, dudo si en verdad alcancé la felicidad. Recuerdo que quise cantar, y no pude, puesto que ya no lo hacía para nadie, de manera que en mi interior decía solamente, y repetía sin comprender ya mi pensamiento: ¡Príncipe!, ¿quién ha muerto, pues? ¿Por qué estoy tan vivo?

¿Alegría?, quizá; no comprendía entonces cuánto, en el mismo instante, él triunfaba; pues él estaba muerto solamente para mí que, precisamente, era el único en amarlo. Su litera vacía marchaba ante el pueblo cual si estuviese llena; yo debía testimoniar continuamente que lo había visto, y sólo ha-

blaba para repetir sus palabras. No comprendía al principio cuán pesada me resultaría esta realidad de mi mentira, y que el Príncipe muerto, sobrevivía en esa mentira. Pues, al imaginarlo continuamente, atizaba mi amor. Sólo yo lo sabía muerto; sólo yo podía imaginarlo vivo. A veces, de noche, en su tienda, solo ahora, dormía; y mi sueño sin sueños se convertía en una especie de representación de su muerte; pero a veces, por culpa de los demás, cerca de su tienda, simulaba cantar para él; entonces recordaba nuestras noches y me entristecía el haber visto su cara. Mi dolor se encarnizaba en simular hasta el fin su presencia. Todos los días, como a los vivos, le llevaban de comer; todo lo que hacía para representárselo a los demás me ayudaba a comprobar mejor su ausencia. Mientras más sentía lo que él debió haber sido, mejor comprendía lo que él no era.

Y desde entonces me acosó este pensamiento, abrumador y poderoso como un deseo: en verdad gustaría la felicidad de mi alma, ya presta, sólo cuando ella fuera liberada completamente del pueblo y del amor.

Ahora el pueblo me ha abandonado; ha vuelto finalmente a la ciudad. Lo he traído de vuelta del desierto. No me amó, porque profeticé sin dulzura, por temor de enternecerme; y no amó al Príncipe, pues sólo le prestaba palabras rudas. No podía hablar de amor, puesto que era por una mentira. Debía imponerla hasta el fin; no autorizar mi desfallecimiento. Pues que no tenía fuerzas, no debía simular... Pero ahora sé que si existen profetas es porque han perdido su Dios. Pues si Él no callara, ¿de qué servirían entonces nuestras palabras?

## EL HADJ

En verdad, también realicé milagros falsos; hice brotar el agua de la roca; volví dulces fuentes amargas, y cuando volaron codornices dije que era porque había orado. Cuando Boubaker se rebeló dominé no sé cómo su rebelión, actué como desesperado. Amenacé. Después, ninguno dudó de mi fuerza; sólo yo no estaba convencido de ella.

Mi misión de pastor ha terminado; mi alma se ha liberado al fin. Ahora, ¿qué podría gritar de alegría? Ya no puedo cantar canciones, ya no puedo inundado de amor, de noche, gritar versos al borde de las plazas, ni hacer bailar a los niños. Ya no puedo haber conocido sólo la ciudad; no haber atravesado el desierto. Ahora, El Hadj, ¿qué haré? Que el Príncipe esté muerto, ¿lo sé? Recuerdo las bodas que lo esperan, como si nada de él hubiera muerto. . . Sé que un hermanito del Príncipe crece aquí, aquí en el interior del palacio de la Ciudad. ¿Espera que lo guíe mi voz, y recomenzaré con él, con otro pueblo, o como esos espíritus cubiertos de duelo y alimentados de cenizas amargas, me iré solo, como aquellos que ocultan un secreto, que merodean alrededor de los cementerios, y que buscan su descanso, sin encontrarlo, en sitios desiertos?

FILOCTETO

O

EL TRATADO DE LAS TRES MORALES

a MARCEL DROUIN

Filocteto no ha sido escrita para el teatro. Es un tratado de moral, que reúno con estos otros, para hacer más patente el que no existe pretensión escénica.

Filocteto fue publicado en la *Revista Blanca* del 19 de diciembre de 1898.

## PRIMER ACTO

*Cielo gris y bajo sobre una planicie de  
nieve y de hielo*

### ESCENA I

ULISES y NEOPTOLEMO

NEOPTOLEMO

Ulises, todo está listo. La barca está amarrada. He elegido un sitio profundo, al abrigo del Norte, por temor de que el viento congelase el mar. Y, aunque esa isla tan fría sólo parece habitada por los pájaros de los acantilados, he dejado el barco en un lugar donde no puede vérselo desde las costas.

Mi alma también se prepara; mi alma está presta al sacrificio. Ulises habla, ahora; todo está listo. Durante catorce días, inclinado sobre los remos o el timón, sólo has pronunciado las brutales palabras de maniobras que debían ponernos a cubierto de las olas; ante tu silencio obstinado pronto silencié mis preguntas; comprendí que una gran tristeza oprimía tu querida alma, porque me llevabas a la muerte. Y callé también, al sentir que el viento arrastraba rápidamente todas las palabras hacia la inmensidad del mar. Esperé. Vi alejarse detrás de nosotros, detrás del horizonte del mar, la hermosa playa skiriána donde mi padre había luchado; luego las islas de arena de oro o de piedra, a las que yo quería porque

encontraba parecidas a Pylos; trece veces vi al sol entrar en el mar; todas las mañanas volvía a surgir de las olas más pálidas y para subir menos alto, más lentamente, hasta que al fin, en la décima cuarta mañana, en vano lo esperamos; y desde entonces vivimos cual si lo hiciéramos fuera de la noche y del día. Unos témpanos han flotado sobre el mar; y al no poder ya dormir por culpa de esa continua luz pálida, las únicas palabras que te oí pronunciar, fueron para indicarme los bancos de hielo que pudimos evitar con una remada. Ahora, Ulises, ¡habla! Mi alma está preparada; y no como los chivos de Baco a los cuales llevan al sacrificio adornados de fiesta, sino cual Ifigenia caminando hacia el altar, simple, decente y sin arreglo. En verdad, hubiese deseado, como ella, por mi patria que moría sin quejidos, morir entre los griegos, en una tierra soleada, y mostrar con mi muerte aceptada mi respeto por los dioses y toda la belleza de mi alma; ¡es valiente y no ha luchado! Resulta penoso morir sin gloria. Sin embargo, ¡oh, dioses!, no tenso amargura, al haber abandonado todo lentamente; los hombres, las playas, el sol... y ahora, al llegar a esta isla inhospitatoria, sin árboles, sin sol, donde la nieve cubre la hierba, donde todo está helado, y bajo un cielo tan blanco, tan gris, que semeja por encima de nosotros otra planicie, de nieve extendida, lejos de todo, su lejos de todo... que parece ser allí la muerte, tanto más frío y puro se volvía a cada momento mi pensamiento; abandonada la pasión, sólo queda al cuerpo morir.

Al menos, Ulises, dime que, alegrado por el sacrificio de mi sangre fiel, el misterioso Zeus otorgará a los griegos la victoria; al menos, ¡Ulises!, tú les di-

## FILOCTETO

rás, di, que por eso muero sin temor... tú les dirás...

### ULISES

Hijo, tú no debes morir. No sonrías. Ahora, te hablaré. Escúchame sin interrumpirme. ¡Pluga a los dioses que el sacrificio de uno de nosotros les contentare! Nuestra tarea aquí, Neoptolemo, resulta más difícil que morir...

Esta isla que te parece desierta no lo está. Vive en ella un griego; se llama Filocteto y tu padre lo amaba. En otros tiempos se embarcó con nosotros en la flota que, llena de orgullo y esperanza, partía de Grecia para el Asia; era el amigo de Hércules y uno de los nobles entre nosotros; si tú no hubieras vivido hasta ahora lejos del campamento, sabrías ya su historia. ¿Quién no admiraba entonces su valentía? y ¿quién no la llamó más tarde temeridad? Ella, lo arrastró en una isla desconocida ante la cual se detuvieron nuestros remos. Las orillas tenían extraño aspecto; los malos presagios habían alterado nuestro valor. La orden de los dioses había sido, nos dijo Calchas, sacrificar en esta isla, y por ello esperábamos que alguien quisiera descender; Filocteto se ofreció sonriente. En la playa de la isla una pérfida serpiente le picó. Sonriendo al principio, Filocteto, de nuevo sobre la barca, nos mostró cerca del pie su pequeña herida. Empeoró. Pronto Filocteto dejó de senreir; su cara palideció, luego sus miradas ansiosas se llenan de asombrada angustia. Al cabo de unos días su pie tumefacto se endureció; y él, a quien nunca habíamos oído lamentarse, comenzó a gemir. Al principio todos nos apresurábamos a ocu-

ANDRÉ GIDE

rrir a su lado para consolarle, distraerlo; no lo conseguíamos; habría sido necesario curarle; y, cuando quedó probado que el arte de Macaón (IV) no tenía ningún poder sobre su herida —tanto como sus gritos amenazaban debilitar nuestro valor—, al acercarse el navío a otra isla, lo dejamos en ella, solo con su arco y sus flechas, de lo cual hablaremos hoy.

NEOPTOLEMO

¡Qué! ¡solo!, ¿lo dejaron ustedes, Ulises?

ULISES

Si él hubiese debido morir, habiéramos podido, creo, tenerlo todavía algún tiempo. Pero no, su herida no era mortal.

NEOPTOLEMO

¿Entonces?

ULISES

¿Debíamos entonces someter la valentía de un ejército a la derrota, a las lamentaciones de un solo hombre? ¡Bien se ve que no has comprendido!

NEOPTOLEMO

¿Tan horrosos eran, pues, sus gritos?

ULISES

No, no eran horrosos: lastimeros, humedecían de piedad nuestras almas.

(IV) Hijo de Esculapio, que concurrió al sitio de Troya.  
(Nota de los TT.)

## FILOCTETO

NEOPTOLEMO

¿No podía alguien al menos permanecer junto a él, cuidarlo? Enfermo y solo aquí, ¿qué podía hacer?

ULISES

Tiene su arco.

NEOPTOLEMO

¿Su arco?

ULISES

Si, el arco de Hércules. Además, debo decirte: su pie podrido exhalaba por todo el navío la hediondez más intolerable.

NEOPTOLEMO

¿Ah?

ULISES

Sí. Además su mal lo absorbía, lo incapacitaba para siempre, de nueva devoción por Grecia...

NEOPTOLEMO

Tanto peor. Y entonces nosotros, Ulises, venimos...

ULISES

Óyeme aún, Neoptolemo: tú sabes, ante Troya condenada desde hacía tiempo. cuánta sangre vertida, y virtud, paciencia y valor; los hogares arruinados y la querida patria... Nada de eso ha bastado. Por el sacerdote Calchas, los dioses han declarado

ANDRÉ GIDE

finalmente que solamente el arco de Hércules y sus flechas, permitirían la victoria de Grecia. He aquí por qué hemos partido los dos —¡bendita sea la suerte que nos designó!

Parece que ahora, en esta isla tan apartada, sin pasiones que nos aquejen, nuestros grandes destinos van a fundirse finalmente, y nuestro corazón al lograr aquí la entrega total alcanzará por fin la virtud más perfecta.

NEOPTOLEMO

¿Eso es todo, Ulises? Y ahora, luego de haber hablado tan bien, ¿qué piensas hacer?, pues mi espíritu se niega todavía a entender completamente tus palabras... Dí: ¿por qué hemos venido aquí?

ULISES

Para conseguir el arco de Hércules; ¿no lo has comprendido?

NEOPTOLEMO

¿Esa es tu idea, Ulises?

ULISES

No la mía, sino aquella que me han dado los dioses.

NEOPTOLEMO

Filocteto no querrá entregárnoslo.

ULISES

Nos apoderaremos de él por la astucia.

*FILOCLETO*

NEOPTOLEMO

Ulises, te odio. Mi padre me enseñó a no servirme nunca de la astucia.

ULISES

Ella es más fuerte que la fuerza; ésta no espera. Tu padre ha muerto, Neoptolemo; yo estoy vivo.

NEOPTOLEMO

¿Y no decías que más valía morir?

ULISES

No que valía más, sino que resultaba más fácil. Nada resulta demasiado desdichado por Grecia.

NEOPTOLEMO

¡Ulises! ¿por qué me has elegido? ¿Tenías acaso necesidad de mí para este acto que mi alma entera desapruaba?

ULISES

Porque este acto no puedo realizarlo yo; Filocleto me conoce demasiado. Si me ve solo, sospechará alguna trampa. Tu inocencia lo engañará. Tú debes realizar este acto.

NEOPTOLEMO

No, Ulises; por Zeus, no lo haré.

ULISES

Hijo, no hables de Zeus. No me has comprendido.

ANDRÉ GIDE

Óyeme. ¿Porque mi alma atormentada se oculta y acepta, me crees menos triste que tú? No conoces a Filocteto, y Filocteto es mi amigo. Me resulta más penoso que a ti el traicionarlo. Las órdenes de los dioses son crueles; ellos son los dioses. Si no te hablabas, en el barco, era porque mi gran corazón entristecido ni siquiera pensaba en las palabras... Pero te enojas al igual que tu padre y no escuchas razones.

NEOPTOLEMO

Mi padre ha muerto, Ulises; no hables más de él; ha muerto por Grecia. ¡Ah!, luchar por ella, sufrir, morir, ¡pideme lo que quieras, menos traicionar a un amigo de mi padre!

ULISES

Escúchame niño, y contéstame: ¿no eres tú el amigo de todos los griegos antes que el amigo de uno sólo? O más bien: ¿la patria es uno sólo? y ¿sufrirías por salvar un hombre si debieras para salvarlo perder a Grecia?

NEOPTOLEMO

Ulises, dices la verdad, no lo toleraría.

ULISES

¿Y estás de acuerdo en que, si la amistad es algo muy precioso, la patria es mas precioso aún?... Dime, Neoptolemo, ¿en qué consiste la virtud?

NEOPTOLEMO

Enséñame, sabio hijo de Laerte.

## FILOCTETO

ULISES

Calma tu pasión; somete todo al deber...

NEOPTOLEMO

Pero, ¿cuál es el deber, Ulises?

ULISES

La voz de los dioses, el orden de la ciudad, la ofrenda nuestra por Grecia; y, así como se ve a los amantes buscar por toda la tierra las flores más preciosas para ofrecérselas a sus amantes, y desear morir, por ellas, como si no tuvieran, desdichados, nada mejor para dar que ellos mismos, si en verdad quieres a tu patria, ¿qué sabrías darle de máspreciado?, ¿no acordaste hace un momento que luego de ella venía la amistad? ¿A quién quería más Agamenón que a su propia hija sino a la patria? Cuando sobre un altar, inmola... pero, ¿qué tiene Filocteto, en esta isla donde vive completamente solo, de máspreciado que ese arco, para entregárselo a la patria?

NEOPTOLEMO

Ulises, en ese caso, pídeselo.

ULISES

Podría negarse. No conozco su estado de ánimo, pero sé que su abandono le irritó contra los jefes del ejército. Quizá, también, irrita a los dioses con su pensamiento y horriblemente deja de desearnos la victoria. Y, quizá, los dioses ofendidos han querido castigarlo por nuestro intermedio. Al forzarlo a la virtud por el abandono obligado de sus armas, los dioses serán menos severos con él.

ANDRÉ GIDE

NEOPTOLEMO

Sin embargo, Ulises, ¿pueden ser meritorios los actos que uno realiza a su pesar?

ULISES

¿No crees Neoptolemo, que ante todo importa cumplir las órdenes de los dioses, aunque fuesen cumplidas sin la voluntad de cada hombre?

NEOPTOLEMO

Aprobé todo lo que dijiste antes; ahora sin embargo ya no sé qué decir y hasta me parece...

ULISES

¡Chito! Escucha... ¿No oyes nada?

NEOPTOLEMO

Sí, el ruido del mar.

ULISES

—No. ¡Es él! Sus horrorosos gritos comienzan a llegar hasta nosotros.

NEOPTOLEMO

¡Horrorosos! Ulises, por el contrario sólo oigo cantos melodiosos.

ULISES, *a la escucha*

En verdad canta. ¡Cuán bueno resulta! ¡Ahora que está solo, canta! ¡Cuando estaba a nuestro lado, gritaba!

FILOCTETO

NEOPTOLEMO

¿Qué canta?

ULISES

No se distinguen todavía las palabras. Escucha; se acerca, sin embargo.

NEOPTOLEMO

Deja de cantar. Se detiene. Ha visto nuestra pisada en la nieve.

ULISES, *riendo*.

Y he aquí que comienza nuevamente a gritar. ¡Ah! ¡Filocteto!

NEOPTOLEMO

En verdad, sus gritos son horribles.

ULISES

Ve; corre a colocar sobre esa roca mi espada; que reconozca un arma griega y sepa que las pisadas que ha visto son las de un hombre de su patria. —Apresúrate. Helo allí que se acerca. Está bien—. Vuelve ahora; apostémonos detrás de esta colina de nieve; lo veremos sin ser vistos. ¡Qué imprecaciones soltará! “Desdichado, dirá: ¡mueran los griegos que me han abandonado! ¡Jefes del ejército! ¡Tú, loco Ulises!, ¡vosotros, Agamenón, Menelao! ¡Puedan a su vez ser devorados por mi mall! ¡Oh!, ¡muerte!, muerte a la que llamo todos los días, ¿permanecerás sorda a mi llamado?, ¿no podrás llegar

ANDRÉ GIDE

nunca? ¡Oh, antro!, ¡rocas!, ¡promontorios!, testigos mudos de mis dolores, no podréis nunca...”

*Filocteto entra; ve el casco y las armas colocadas en medio del teatro.*

ESCENA II

PILOCTETO, ULISES, NEOPTOLEMO  
FILOCTETO

*Calla.*

## ACTO SEGUNDO

### ESCENA I

ULISES, FILOCTETO, NEOPTOLEMO

*Los tres están sentados*

FILOCTETO

En verdad, Ulises, sólo desde que estoy lejos de los demás comprendo qué es la virtud. El hombre que vive entre los otros es incapaz, incapaz, créeme, de una acción pura y verdaderamente desinteresada. Así, vosotros, vinisteis aquí... ¿por qué?...

ULISES

Pues para verte, querido Filocteto.

FILOCTETO

Nada creo y poco me importa; me basta el placer que siento en volverte a ver. He perdido el talento de buscar los motivos de los actos, desde que los míos han perdido todo secreto. Lo que yo soy, ¿para quién lo aparentaría? Sólo me preocupa ser. He dejado de gemir, al saber que aquí nadie puede oír-

ANDRÉ GIDE

me, he dejado de desear, sabiendo que aquí nada podía obtener.

ULISES

¿Por qué no dejaste de gemir antes, Filocteto?, te hubiésemos llevado con nosotros.

FILOCTETO

No era necesario, Ulises. Cerca de los demás mi silencio hubiera sido mentira.

ULISES

¿Mientras que aquí?

FILOCTETO

Mi sufrimiento ya no necesita palabras para conocerse al conocerlo sólo yo.

ULISES

Entonces, luego de nuestra partida, ¿tú callaste, Filocteto?

FILOCTETO

No. Pero desde que no me sirve más para manifestar mi sufrimiento, mi lamento se ha vuelto muy hermoso, hasta el punto de que me he consolado.

ULISES

Mucho mejor, mi pobre Filocteto.

FILOCTETO

¡No me consueles, sobre todo! He dejado de de-

## FILOCTETO

sear, te dije, al saber que nada podía obtener... Obtener nada de afuera, es cierto, pero mucho de mí mismo; desde entonces, deseo la virtud; mi alma se ha entregado por completo a eso, y descanso, a pesar de mi dolor, en la calma — descansaba al menos, cuando vosotros llegasteis... ¿Sonrías?

ULISES

Veo que has sabido en que ocuparte.

FILOCTETO

Me escuchas sin comprender. — ¿No estimas la virtud?

ULISES

Sí, la mía.

FILOCTETO

¿Cuál es?

ULISES

Me oirías sin comprenderme... Hablemos mejor de los griegos. ¿Tu virtud solitaria te ha hecho olvidarlos?

FILOCTETO

Para dejar de irritarme contra ellos, sí, en verdad.

ULISES

¡Escucha! Neoptolemo. — Aún por el éxito del combate por el cual...

ANDRÉ GIDE

FILOCTETO

... Vosotros me dejásteis... ¿Qué quieres que piense, Ulises? Si vosotros me dejásteis, era para vencer, ¿verdad? Deseo pues, por vosotros, que hayáis vencido...

ULISES

¿Y si no?

FILOCTETO

Si no habríamos creído la Hélade demasiado grande. Aquí, en esta isla, me hice cada día menos griego, cada día más hombre... Sin embargo, cuando os veo, siento... ¿Ha muerto Aquiles, Ulises?

ULISES

Aquiles ha muerto; me acompaña su hijo. ¡Qué! ¿Lloras, Filocteto?... Y esta calma tan buscada...

FILOCTETO

¡Aquiles!... Hijo, deja mi mano rozar tu frente tan hermosa... Hace mucho tiempo, mucho tiempo que mi mano sólo toca cuerpos fríos; y aún los cuerpos de pájaros que mato, al caer sobre el agua o la nieve, están helados, cual esas regiones superiores de la atmósfera que ellos atraviesan...

ULISES

Te expresas bien, para ser alguien que sufre.

FILOCTETO

Vaya donde vaya, siempre soy hijo de Grecia.

## FILOCTETO

ULISES

Pero ya no tienes a quién hablar.

FILOCTETO

Te lo he dicho: ¿no me has comprendido? Me expreso mejor desde que no hablo más con los hombres. Mi ocupación, entre la caza y el sueño, es el pensamiento. Mis ideas, en la soledad, y como nada, ni siquiera el dolor, las molesta, han tomado un curso sutil que a veces me cuesta seguir. He comprendido, sobre la vida, más secretos que los revelados por mis maestros. Me ocupaba, también, en contarme mis dolores, y, si la frase resultaba muy hermosa, me consolaba mucho más; a veces, diciéndola, hasta olvidaba mi tristeza. He comprendido que las palabras son más hermosas desde que no sirven para pedir. Al no tener, cerca de mí, oídos ni bocas, sólo empleaba la belleza de mis palabras; las gritaba en toda la isla, a lo largo de las playas; y la isla escuchándome parecía menos solitaria; la naturaleza se asemejaba a mi tristeza; me parecía ser su voz y que las mudas rocas la esperasen para contar sus enfermedades; pues he comprendido que, a mi alrededor, todo está enfermo... y que este frío no es normal, pues recuerdo a Grecia... Y he tomado, sin darme cuenta, la costumbre de gritar más bien la derrota de las cosas y no la mía; encontraba eso mejor, ¿cómo decirte?; por otra parte esa derrota era la misma y me consolaba otro tanto. Luego, hablando del mar y del oleaje interminable, hice mis frases más hermosas. Te lo confesaré, Ulises, —¡Ulises!—, algunas eran tan hermosas que me hacía llorar de tris-

ANDRÉ GIDE

teza el que ningún hombre las pudiere escuchar; su alma, me parecía, hubiere cambiado. ¡Escucha, Ulises!, escucha. Todavía no me han oído.

ULISES

Has tomado la costumbre, veo, de hablar sin que te interrumpan. Vamos, recita.

FILOCTETO, *declamando*.

Sonrisas infinitas de las olas del mar...

ULISES, *riendo*.

Pero Filocteto, eso es de Esquilo.

FILOCTETO

Quizá... ¿te molesta?... (*Continuando*.) Sollozos infinitos de las olas del mar...

*Silencio*.

ULISES

Y luego...

FILOCTETO

No sé más... Estoy confundido.

ULISES

¡Tanto peor! Continuarás en otra oportunidad.

NEOPTOLEMO

¡Oh!, ¡si continuaras, Filocteto!

## FILOCTETO

ULISES

¡Miral, ¡el niño te escuchaba!...

FILOCTETO

Ya no sé hablar.

ULISES, *se levanta.*

Te dejo pensar un momento. Hasta pronto, Filocteto. — Aunque, di: ¿no hay cautividad tan cruel, que no tenga descanso, tal olvido, tal tregua?

FILOCTETO

En efecto, Ulises; un día, un pájaro cayó, herido apenas por mi flecha, y yo esperaba hacerlo revivir. Pero cómo cuidar esa emoción aérea y volátil, al ras de esta tierra ardua donde el frío da hasta a el agua, helada, la forma de mis pensamientos lógicos. El pájaro murió; lo vi morir en unas horas; para entibiarlo aún, lo ahogaba con besos y aliento. Murió por necesidad de volar...

Me parece, también, querido Ulises, que el torrente de poesía, apenas abandona mis labios, se coagula, y muere al no poder propagarse; y, cada vez más, se reduce la llama íntima que lo anima. Pronto, viviendo aún, seré completamente abstracto. El frío me invade, querido Ulises, y me espanto ahora, pues encuentro en eso, y hasta en su rigor, una belleza.

Camino firmemente sobre las cosas y sobre los fluidos endurecidos. Sin soñar nunca, más, pienso. No tengo ya esperanzas y por eso jamás me embriago. Cuando aquí, donde todo es dureza, poso algo... así fuere una semilla, la reencuentro, mu-

ANDRÉ GIDE

cho tiempo después, igual; nunca ha brotado. Aquí, Ulises, todo es, todo permanece. ¡En fin, aquí se puede pensar! — Guardaré el pájaro muerto; helo aquí; el aire demasiado frío lo conserva en buen estado. Y mis actos, Ulises, y mis palabras, como helados, permanentes, me rodean cual un cerco de rocas. Y al reencontrarlos, todos los días, calla la pasión, siento la Verdad cada vez más segura — y querría que mis acciones fueren, también, más sólidas y más hermosas; verdaderas, puras, cristalinas, hermosas; hermosas, Ulises, como esos cristales de escarcha límpida, donde, si el sol apareciere, aparecería completamente distinto. No quiero impedir ningún rayo de Zeus; que él me atraviese, Ulises, como un prisma, y que esa luz refractada torne mis actos adorables. Querría lograr la transparencia más grande, la supresión de mi opacidad, y que, al mirarme actuar, hasta tú sientas la luz...

ULISES, *alejándose.*

Adiós. (*Señalando a Neoptolemo.*) Conversa con él, puesto que te escucha.

*Sale.*

ESCENA II

FILOCTETO, NEOPTOLEMO

NEOPTOLEMO

¡Filocteto! Enséñame la virtud...

## ACTO TERCERO

### ESCENA I

FILOCTETO (*entra.*)

FILOCTETO

*Trastornado por la sorpresa y el dolor*

¡Ciego Filocteto!, ¡reconoce tu error y llora tu locura! Que el haber visto griegos haya alegrado tu corazón... ¿He oído bien? — En verdad, Ulises estaba sentado, y a su lado Neoptólemo; al no imaginarme cerca, ni siquiera bajaron la voz; Ulises, aconsejando a Neoptólemo, le enseñaba a traicionarme; le decía... ¡Desdichado Filocteto!, ¡han venido hasta ti para robarte el arco! ¡Cuánto lo necesitan!... Arco precioso, ¡oh!, único bien que me queda, y sin el cual... (*Presta atención.*) ¡Vienen! ¡Defiéndete, Filocteto!, tu arco es bueno, seguro tu brazo. ¡Virtud!, ¡virtud, a la que, solitario, quería tanto! Mi corazón silencioso, lejos de ellos, se había apaciguado. ¡Ah, ahora sé cuánto vale la amistad que me proponen! ¿Es Grecia, mi patria? Ulises, a quien odio, y tú Neoptólemo... con

qué atención me escuchabas, sin embargo! ¡Cuánta dulzura! Niño... tan hermoso, ¡oh!, más hermoso de lo que era tu padre... ¿Cómo frente tan pura puede esconder semejante pensamiento? "La virtud", decía, "Filocteto, ensáñame la virtud." ¿Qué le decía yo? Sólo me acuerdo de él... ¡Y qué importa ahora lo que pude decirle!... (escucha.) ¡Pasos!... ¿Quién viene? ¡Ulises! (Toma su arco.) No, es... Neoptólemo.

*Entra Neoptólemo.*

## ESCENA II

### FILOCTETO Y NEOPTOLEMO

NEOPTOLEMO, llamando

¡... Filocteto! (se aproxima y, casi desfalleciente.)  
¡Ah!, estoy enfermo...

FILOCTETO

¿Enfermo?...

NEOPTOLEMO

Tú me has confundido. Devuélveme la calma, Filocteto. Todo lo que me has dicho ha germinado en mi corazón. Mientras hablabas, no sabía qué contestarte. Escuchaba; mi corazón se abría ingenuo a tus palabras. Escucho aún, desde que te has callado. Pero he aquí que todo se enturbia y permanezco a la espera. ¡Habla!, no he entendido bastante... ¿Uno debe sacrificarse, decías?...

FILOCTETO

FILOCTETO

... Sacrificarse.

NEOPTOLEMO

También Ulises me lo enseña. ¿Consagrarse a qué Filocteto? Él dice a la patria...

FILOCTETO

... A la patria.

NEOPTOLEMO

¡Ah!, habla, Filocteto; debes proseguir, ahora.

FILOCTETO, *eludiendo el tema*

Niño... ¿sabes usar el arco?

NEOPTOLEMO

Sí. ¿Por qué?

FILOCTETO

¿Podrías estirar éste?...

NEOPTOLEMO, *desconcertado.*

Ves... No sé. (*Ensayo.*) Sí, quizá. — ¡Ya está!

FILOCTETO, *aparte.*

¡Cuánta facilidad! Pueda que sea...

NEOPTOLEMO, *indeciso.*

Y ahora...

FILOCTETO

He visto lo que deseaba ver.

ANDRÉ GIDE

*Retoma el arco.*

NEOPTOLEMO

No te comprendo.

FILOCTETO

¡No importa, ay!... (*se reanima.*) Escucha, hijo. ¿No crees a los dioses por encima de Grecia, y más importantes que ella?

NEOPTOLEMO

No, por Zeus, no lo creo.

FILOCTETO

¿Por qué, Neoptólemo?

NEOPTOLEMO

Porque los dioses a quienes sirvo sólo sirven a Grecia.

FILOCTETO

¡Y qué! ¿Son sumisos?

NEOPTOLEMO

Sumisos no... no sé cómo decir... Pero, ¡mira!, tú sabes que no los conocen fuera de Grecia; Grecia es el país de ellos tanto como el nuestro; sirviendo a éste, yo los sirvo; no difieren de mi patria.

FILOCTETO

Sin embargo, mira, puedo hablarte de ello, yo que no pertenezco más a Grecia y... los sirvo...

FILOCTETO

NEOPTOLEMO

¿Crees? — ¡Ah!, ¡pobre Filocteto! No se escapa tan fácilmente de Grecia... y hasta...

FILOCTETO, *atento*.

¿Y hasta?...

NEOPTOLEMO

¡Ah!, si supieras... Filocteto...

FILOCTETO

¿Si supieras... qué?

NEOPTOLEMO, *recobrándose*

No, habla tú; he venido a escuchar; tú interrogas... Yo sé bien que la virtud de Ulises y la tuya, no es la misma... Pero cuando se debe hablar, tú que hablabas tan bien, vacilas... ¿Sacrificarse a qué, Filocteto?

FILOCTETO

Iba a decirte: a los dioses... Sólo que, por encima de los dioses, Neoptólemo, hay algo.

NEOPTOLEMO

¡Por encima de los dioses!

FILOCTETO

Sí, puesto que no actúo como Ulises.

NEOPTOLEMO

¿Sacrificarse por qué, Filocteto? ¿Qué hay por encima de los dioses?

ANDRÉ GIDE

FILOCTETO

Hay... (*Se toma la cabeza entre las manos, atormentado.*) No sé más. No sé... ¡Ah!, ¡ah!, ¡uno mismo!... No sé hablar más, Neoptólemo...

NEOPTOLEMO

Sacrificarse por qué: di, Filocteto.

FILOCTETO

...Sacrificarse... sacrificarse...

NEOPTOLEMO

¡Lloras!

FILOCTETO

¡Hijo! ¡Ah!, si pudiera mostrarte la virtud... (*Se yergue bruscamente.*) ¡Oigo a Ulises! Adiós... (*Se aleja y dice al marcharse.*) ¿Volveré a verte?

NEOPTOLEMO

Adiós.

*Entra Ulises.*

ESCENA III

ULISES y NEOPTOLEMO

ULISES

¿Llego a tiempo? ¿Qué ha dicho? ¿Has hablado bien, alumno mío?

*FILICTETO*

NEOPTOLEMO

Gracias a tí mejor que él. Pero, ¿qu importa?  
— ¡Ulises... me dio su arco para que lo estirara!

ULISES

¡Su arco!, ¡vaya broma! — ¿Y no lo has guardado,  
hijo de Aquiles?

NEOPTOLEMO

¿Para qué sirve un arco sin flechas? Mientras yo  
tenía el arco, él conservaba las flechas prudente-  
mente.

ULISES

¡El hábil amigo!... ¿Piensas que desconfía?  
¿Qué decía?

NEOPTOLEMO

¡Oh!, nada, o casi.

ULISES

¿Y recitó nuevamente su virtud?

NEOPTOLEMO

Él, que tan bien hablaba, calló ante mis pre-  
guntas.

ULISES

¡Veis!...

NEOPTOLEMO

Y cuando le pregunté a qué puede uno sacrifi-  
carse, que no sea siempre Grecia, me dijo...

ANDRÉ GIDE

ULISES

¿Te dijo?...

NEOPTOLEMO

Que no sabía. Y cuando dije que hasta los dioses, tal como tú me habías enseñado, se sometían, contestó: Sucede entonces que por encima de los dioses, hay...

ULISES

¿Qué?

NEOPTOLEMO

Me dijo que no sabía.

ULISES

¡Eh!, ¡ya ves, Neoptólemo!...

NEOPTOLEMO

No, Ulises, me parece comprenderlo ahora.

ULISES

¿Comprender qué?

NEOPTOLEMO

Algo. Pues en fin, en esta isla tan solitaria, cuando nosotros no estábamos aquí, ¿a qué se consagraba Filocteto?

ULISES

Pero, ya lo has dicho: a nada. ¿Para qué sirve la

## FILOCTETO

virtud solitaria? A pesar de todo lo que cree él, la virtud se exhalaba sin empleo. ¿Para qué sirven todas sus frases; bellas tanto como quieras... ¿Te han convencido, a ti? Tampoco a mí.

Si vive solo en esta isla, te lo he demostrado ya, fue para librar al ejército de sus gemidos y su hediondez; fue su primer sacrificio; esa es su virtud, diga lo que diga. Su segunda virtud, será, si es virtuoso, el consolarse, cuando haya perdido su arco, al pensar que es para Grecia. ¿Qué otro sacrificio imagina, que no sea por la patria? Esperaba, ves, que nosotros viniéramos a ofrecerle... Pero, cómo podría rehusar, más nos vale forzar su virtud, imponerle el sacrificio; y creo más prudente adormecerlo. Mira este frasco...

### NEOPTOLEMO

¡Ah!, no hables demasiado, Ulises... Filocteto, callaba.

### ULISES

Porque no tenía nada que decir.

### NEOPTOLEMO

¿Y lloraba por eso?

### ULISES

Lloraba por haberse engañado.

### NEOPTOLEMO

No, lloraba por mí.

ANDRÉ GIDE

ULISES, *sonriendo*

¿Por ti?... Aquello que se empieza por estupidez, y luego se sigue por orgullo, lo llaman virtud.

NEOPTOLEMO, *irrumpe en sollozos.*

¡Ulises!, tú no comprendes a Filocteto...

# FILOCTETO

## ACTO CUARTO

### ESCENA I

FILOCTETO y NEOPTOLEMO

*Filocteto está solo, sentado; parece abrumado de dolor o medita.*

NEOPTOLEMO, *entra corriendo.*

¡Que lo encuentre a tiempo... ¡Ah! eres tú, Filocteto. De prisa, escúchame. Venimos aquí por algo indigno; sé más grande que nosotros: perdóname. Venimos... ¡oh!, me avergüenza decírtelo... ¡a robar tu arco, Filocteto!...

FILOCTETO

Lo sabía.

NEOPTOLEMO

No entiendes... a robarte el arco, te digo... ¡Ah!, ¡defiéndete!

FILOCTETO

¿Contra quién? ¿Contra tí?, dí, mi Neoptólemo.

ANDRÉ GIDE

NEOPTOLEMO

En verdad no contra mí; te quiero y te prevengo.

FILOCTETO

Y traicionas a Ulises...

NEOPTOLEMO

Y desespero... Me sacrifico por tí. ¿Me amas? Habla, Filocteto. ¿Es esa la virtud?

FILOCTETO

¡Hijo!...

NEOPTOLEMO

Mira lo que te traigo. Esta botellita tiene la misión de adormecerte. Te la doy. Tómala. ¿Es esto virtud? Háblame.

FILOCTETO

¡Hijo!, sólo se llega paso a paso a la virtud superior; con esto sólo das un salto.

NEOPTOLEMO

Entonces enseñame, Filocteto.

FILOCTETO

¿Dices que esta botellita era para adormecerme? (La toma y la observa.) Botellita... tú, al menos, ¡cumple tu cometido! ¿Ves lo que hago, Neoptólemo?

*Bebe.*

## FILOCTETO

### NEOPTOLEMO

¡Qué!, desdichado, es...

### FILOCTETO

Avisa a Ulises. Le dirás... que puede venir.

*Neoptólemo horrorizado sale corriendo y gritando.*

## ESCENA II

FILOCTETO, luego ULISES y NEOPTOLEMO

### FILOCTETO, solo

Y tú me admirarás, Ulises; quiero obligarte a admirarme. Mi virtud sobrepasa la tuya y eso te disminuye. ¡Exáltate, virtud de Filocteto!, ¡satisfácete de tu belleza! Neoptólemo, ¿por qué no tomaste mi arco en seguida? Mientras más me amagas, más difícil te resultaba; no te has sacrificado suficiente. Tómalos... (*Mira.*) Se ha ido...

Esa bebida tenía un gusto horroroso; de sólo pensarlo, me revuelve el estómago; querría dormirme más rápido... De todos los sacrificios, el más loco es aquel que se hace por los demás, porque entonces uno los supera. Me sacrifico, sí, pero no por Grecia... Sólo lamento una cosa, que mi sacrificio sirva a Grecia... Y no, ni siquiera lo lamento... Pero, entonces, no me agradezcas: actué por mí, no por tí. — Ulises, tú, me admirarás; ¿ver-

ANDRÉ GIDE

dad? — Pero, ¿me admirarás tú, Ulises? — ¡Ulises!  
¡Ulises!, ¿dónde estás, pues? Oye: me sacrifico, pero  
no por la patria... por algo distinto, comprende;  
es por... qué? No lo sé. ¿Comprenderás? ¡Ulises!,  
quizá creerás que me sacrifico por Grecia! ¡Ah!,  
este arco y estas flechas servirán para eso!... ¿Dón-  
de tirarlos? ¡El mar! (*Quiere correr, pero cae  
vencido por la bebida.*) No me quedan fuerzas.  
¡Ah!, mi mente vacila... Él vendrá...

¡Virtud!, ¡virtud!, busco en tu nombre amargo  
algo de embriaguez; ¿habré agotado todo ya? El or-  
gullo que me sostiene vacila y cede; huyo de todas  
partes. “Nada de saltos; nada de saltos”, le decía.  
Aquello que se emprende por encima de sus fuer-  
zas, Neoptólemo, he allí lo que se llama virtud.  
Virtud... no creo más en ella, Neoptólemo. Pero  
escúchame, pues, Neoptólemo, la virtud no existe.  
¡Neoptólemo!... Ya no oye...

*Cae abrumado y se duerme.*

... ULISES, *entrando y viendo a FILOCTETO.*

Y ahora, déjame solo con él.

*Neoptólemo presa de la más viva  
emoción, vacila en marcharse.*

¡Vamos!, vete no importa adónde; corre, si quie-  
res, a alistar el barco.

*Neoptólemo sale.*

... ULISES, *solo*

*Se acerca a Filocteto, inclinándose*

¡Filocteto!... No me oyes más. ¿Filocteto? —

## FILOCTETO

¿No me oírás más? ¿Qué hacer? Habría querido decirte... que tú me has vencido, Filocteto. Y veo, ahora, la virtud; y la siento tan hermosa, que cerca de ti no me atrevo a actuar. Comprendo mi deber más cruel que el tuyo, porque lo siento menos augusto. Tu arco... no puedo más, no quiero yo tomarlo: tú lo has donado, Neoptólemo es un niño: que él obedezca. ¡Ah!, ¡helo allí! (*Imperativo.*) Y ahora, Neoptólemo, toma el arco y las flechas, y llévalos al barco.

*Neoptólemo, desolado, se aproxima a Filocteto, se inclina, luego se arrodilla y besa a Filocteto en la frente.*

ULISES

Te lo ordeno. ¿No sería bastante el haberme traicionado? ¿Quieres traicionar también a tu patria? Mira cómo él se sacrificó.

*Neoptólemo, sumiso, toma el arco y las flechas y se aleja.*

ULISES, *solo*

Y ahora, adiós, duro Filocteto. ¿Me has despreciado mucho? ¡Ah, me gustaría saberlo!... Querría que él supiera que lo encuentro admirable... y que... gracias a él, venceremos.

NEOPTOLEMO, *lo llama desde lejos*

¡Ulises!

ULISES

Aquí estoy.

*Sale.*

ANDRÉ GIDE

*Filocteto está solo, sobre una roca. El sol nace en un cielo impecablemente puro. A lo lejos sobre el mar huye una barca. Filocteto la mira largamente.*

FILOCTETO

*FILOCTETO, murmura calmosamente*

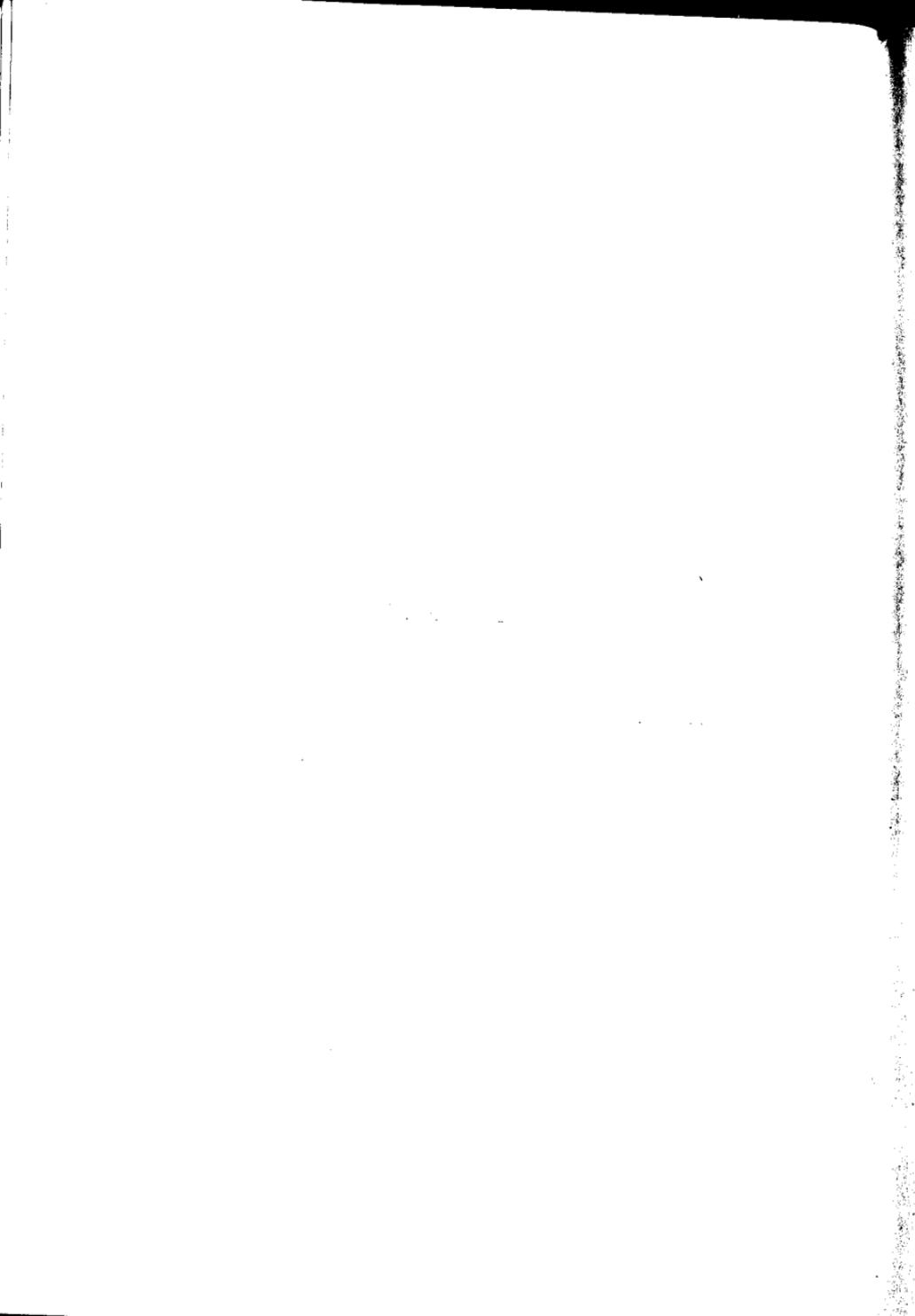
No volverán más; ya no tienen arco para venir a buscar... Soy dichoso.

*Su voz se ha vuelto extraordinariamente hermosa y suave; flores a su alrededor atraviesan la nieve, los pájaros del cielo descienden a alimentarlo.*

BETHSABÉ

*a la señora*

LUCIE DELARUE - MARDRUS



## ESCENA I

DAVID, *rey de Judea*

JOAB, *jefe del ejército de David*

*El rey David, con vestiduras semisacerdotales, semiguerreras, prosternado, recita una plegaria que acaba de transcribir.*

DAVID

"...Aún el hombre robusto cede, y aún el joven vacila.

Pero aquel que se confía a Dios..."

JOAB *entra*

Vienes demasiado pronto, Joab; no he acabado mi plegaria.

Cállate. ¿Dónde estaba?... ¡Ah!...

"Este no vacilará tanto.

Dios dará fuerzas al fatigado;

Las alas le brotarán como a las águilas."

Antes había colocado:

"Sus alas brotarán como las de..."

Pero: "le brotarán como a las águilas"

ANDRÉ GIDE

Los filisteos acampaban en el valle;  
Ellos ocupaban Bethleen desde hacía  
dos días.

Tú sabes que en Bethleen corre una fuente  
amarga;

De su agua tuve sed aquel día,  
Suspiraba por ella....

¿Quién atravesó el campo enemigo?  
¿Quién arriesgó su vida por traerme  
una copa?

¿Quién fue, dilo?

Era el hetiano Urie.

Y es en vano, Joab, que simules olvidar  
esas cosas;

Hasta el umbral de la tumba las recordaré.

No quiero que alguien pueda decir

Que se obliga al rey sin agradecimiento.

Exijo que Urie coma a mi mesa;

Todo lo que poseo es suyo.

Le espero en palacio; que lo sepa.

*Joab llama a un servidor y le trasmite  
la orden del rey.*

Es el amigo de Nathan, ¿verdad?

JOAB

Sí, Majestad, de Nathan el profeta.

*Joab intenta salir.*

DAVID

No te vayas.

*El rey permanece silencioso un mo-  
mento.*

BETHSABÉ

queda mejor.  
¿Qué deseas?

JOAB

El Hetiano ha vuelto.

DAVID

¿Quién es ese Hetiano? ¿De adónde vuelve?

JOAB

Del sitio de Rabba, del cual trae las novedades.  
Por lo demás es un simple soldado  
que el rey...

DAVID

¡Vamos! ¡Joab! ¿Estarás celoso de él?  
Urie, el hetiano, es el más valiente de mis hombres.  
Simulé ignorarlo, para escucharte mentir.  
¿Puedo olvidar que triunfó contra los filisteos en  
Gath?  
¿Quién defendió contra ellos los campos de Paso-  
Dammin?  
Dime: ¿quién golpeó a los dos leones de Moab?  
Era él.  
¿Y a los cuatro gigantes, los hijos de Rafa? Era él.

JOAB

Puede ser...

DAVID

Escucha aún más: En tiempos de la  
cosecha,  
En la caverna de Adullana, en vano yo buscaba  
algo de frescor;

ANDRÉ GIDE

Tengo miedo del profeta Nathan... ¿Sonríes?

No conoces su poderío;

El pueblo obedece a su voz:

Yo mismo, ante él, quedo silencioso;

Cuando dice: "El Eterno", pareciera

escucharse a Dios mismo.

Desde luego, he escuchado a otros profetas;

Profetizan y luego callan;

La voz de éste continúa.

Quiero hacerla callar.

Joab mío, tengo miedo de Nathan.

A determinada hora, sucede que la fuerza

de los reyes disminuye;

Llega un día en la vida en el cual

aquel que andaba, se siente cansado.

Recuerdo mis virtudes, las plegarias

de mi juventud;

Aquel que conversaba entonces con Dios,

era yo.

Recuerdo al rey Saúl... Yo también, como él,

comienzo a ver crecer la sombra delante de mis

pasos.

Ya no es a mí a quien escucha el Eterno;

Ya no habla más por mi boca.

Ni se dirige más a mí...

Pero, desde hace un tiempo soporto

mal su silencio.

Quiero forzarle a hablar.

Como perro hambriento que roe un hueso

cuya carne ha desaparecido,

Como una madre aprieta a su hijo muerto

entre los brazos,

BETHSABÉ

Toda la noche he apretado el nombre de Dios  
contra mis labios:

Entre mis manos juntas para la plegaria  
He recalentado lo que me restaba de fe para  
rezar;

Mas, he aquí — escuché por sobre de mí  
algo como un ala...

Era la hora en que la llama de la lámpara  
vacila,

El aceite de la lámpara se agota,  
Hora en que el valiente se espanta,

La resolución virtuosa se debilita,  
El vino del sueño embriaga reyes y

Mi alma permanecía en vela;  
Toda la noche había esperado a Dios.

Sentí por sobre de mí como un  
aliento,

El espíritu alado de Dios que descendía hacia  
mí.

Espíritu de Dios, ¿qué nombre te  
daría?

Joab, he visto, a veces revolotear una paloma  
junto a su nido.

Vacila un instante: ¿me posaré?

Y vacila en posarse.

Por encima de mi cama batía alas  
el Espíritu de Dios,

Se acercaba cada vez más.

Paloma de oro, pueda que mi mano  
te atrape...

Tendí el brazo hacia el pájaro;

De sala en sala, me lancé a perseguirle.

ANDRÉ GIDE

Hasta la escalera recta que trepa a los  
jardines del palacio.  
Crecía; deslumbraba como un relámpago,  
Posábase a veces,  
Entonces, bruscamente, sentí sin fuerzas  
mis rodillas,  
Y, al punto de atraparla, mi alma entera  
se despavoría.  
Vuelto a partir; brincaba de grada en  
grada;  
Deseaba atraparle y no osaba...  
Hasta donde subas, paloma,  
Te esperaré allí...  
Sucedió en una terracita secreta.  
Que, según creo, aún no conocía.  
El pájaro de Dios, de improviso, escapó  
al aire libre;  
Me pareció, de pronto, que  
se llevaba mi deseo.  
Pronto sería la hora en que el cielo despierta,  
Se azula el muro;  
A mis pies, los jardines cavaban profundos  
estanques de sombras.  
En los que, a través de la bruma, mi lúcida  
mirada zambullía.  
¿A quién pertenecen esos jardines, Joab? Lo  
ignoro;  
Sólo sé que allí mi palacio termina.  
Me incliné, pues aún no lograba distinguir  
bien  
Lo que de blanco se agitaba en el fondo del  
jardín.

BETHSABÉ

Entre la bruma espesa presentí una  
fuente;

Cerca de la fuente, una imagen  
inclinada.

¿Era una mujer velada?

¿Un ala blanca cerca del agua?...

Sí, se agitaba y palpitaba como un ala;

Por instantes, creí reencontrado mi pájaro.

El sol naciente me obligó a cerrar los  
párpados;

Cuando reabrí los ojos estaba deslumbrado;

Sólo una mujer estaba allí.

Se había quitado los velos;

Sus pies desnudos en el agua.

Entre los rosales llegó hasta

El corazón de la fuente.

En mi corazón más entró ella.

Permanecía inclinada y no lograba  
ver su rostro

Y los cabellos cubrían de noche  
sus hombros;

Mas, entre los rosales, veía palpar su vientre;

Entre las rodillas, que había separado,

Una flor parecía abrirse...

El corazón me trepó hasta la garganta

Y estaba por surgir en un grito...

*Regresa el servidor enviado con el  
mensaje para el Hetiano.*

SERVIDOR

Amo, Urie hace decir al rey su amo...

ANDRÉ GIDE

DAVID

¿No viene?...

SERVIDOR

Dice: Entraré en el palacio del rey  
Y Rabba aún no ha sido tomada...

DAVID

Está bien. Si no quiere venir, iré yo.  
Ve, Joab. Que prepare una comida muy simple.  
Y esta noche será mi huésped.

*Joab sale.*

ESCENA II

DAVID, JOAB

*David, sentado, inquieto*  
*Joab escucha en pie*

DAVID

Tiene un jardincito...  
Una mesa blanca con la comida nos esperaba bajo  
el parral.  
—Ved, díjome, mi viña y la sombra que da  
y sobre la mesa la sombra encantaba;  
—Ella me da el poco vino que poseo. Helo aquí,  
rey David;  
es dulce, gustadlo.

BETHSABÉ

Y al llegar su mujer,  
(Se llama Bethsabé)  
Inclinada, llenó mi copa.  
No la había reconocido.  
Y al principio tampoco reconocí el jardín.  
Vestida así, ella me parecía más hermosa.  
La ola oscura de sus cabellos  
Semejaba palpitir en su derredor.  
Su cara desconocida sonreía...  
Mas el jardín, ¡Joab! ¿Qué podría decir del jardín?  
No era ya parecido al de la mañana  
Plena de brumas;  
Era un lugar discreto... Bebí esa copa de vino.  
Muchos vinos he bebido, Joab, pero de ese vino  
Creo que tenía sed desde hace mucho tiempo;  
Entraba en mí cual dicha profunda;  
Llenaba mi corazón como dulce acogimiento de  
plegarias.  
Rejuvenecía la fuerza de mis lomos.  
Bethsabé sonreía; el jardín se inundaba de luz.  
Todo resplandecía con el amor y la dicha de Urie.  
—Tú ves, rey David, toda mi dicha;  
Es muy simple —dijo él.  
Se afirma en el hueco de un jardín;  
Se afirma en un hueco de las murallas  
De tu palacio.  
Contra el frío y el viento, tu palacio me protege  
Aún sin saberlo...  
Yo, el más ínfimo de tus hombres,  
Gran rey David, ¿qué soy delante de tí?  
—Contra los filisteos tu fuerza me protege, le dije;  
Y delante de Dios, dime, hetiano, ¿qué soy yo?  
No obstante, te conozco; tú, uno de los más

ANDRÉ GIDE

valientes entre mis hombres,  
Y desde lo alto del palacio había descubierto  
tu jardín.  
Pálido y azul entre las brumas matinales; apenas  
Se alzaba el sol...  
No había podido dormir, esa noche,  
Y tanto había rezado que estaba ebrio;  
Al subir la escalera trastabillaba a cada paso;  
Adormecido perseguía un sueño  
Y soñaba con un pájaro maravilloso que volaba  
De sala en sala, y me cansaba persiguiéndolo;  
Por él, seguramente, Dios me guió  
Hacia esta terraza,  
¡Ved! lo que distinguí en la lejanía.  
En cuanto el sol penetró la bruma,  
Reví mi pájaro en tu jardín, Urie;  
Sí, el pájaro que perseguía... ¿Sonríes?  
Allí estaba — ven, muéstrame, cerca de una fuente;  
Había apartado los rosales,  
Y allí, tranquilo,  
Al abrigo de las miradas, creía él,  
En el agua temblorosa bañábase...  
Retenido en el asedio de Rabba, no has podido  
verlo, querido Urie,  
Pero, ¿quizá Bethsabé?  
Y Bethsabé callaba ruborizada,  
E inclinándose hacia el agua dejaba caer,  
Para ocultar su vergüenza o su risa,  
Delante de su faz, los cabellos.  
Caía la tarde; el jardín se empapaba en sombras...  
—Urie, dije, ¿por qué no has venido al palacio?  
Será porque Nathan... — No he vuelto a ver a  
Nathan, majestad;

BETHSABÉ

No desde mi vuelta del sitio de Rabba.  
¡Rey David, rey David! ¡Rabba, la soberbia, aún  
no ha sido abatida!...

Yo descansaría en el palacio del rey  
¡Y tu pueblo vive en la espera!  
¡No! Mientras los guerreros, oh rey,  
Languidecen ante las murallas,  
Mi puesto está en el campamento, cerca de ellos.  
Vuelvo allá esta noche.

—Permanece con nosotros todavía un rato, Urie;  
¿Cuánto necesitas para llegar a Rabba? Algunas  
horas —

La noche subía; quedamos, entonces, sin decir  
palabra;  
Tan puro estaba el cielo que se escuchaba zumbar  
la fuente

Y, en derredor de Urie, la oscuridad semejaba  
Calmo ahondamiento de su dicha...  
¡Pero el deseo, Joab! El deseo entra en el alma  
Cual extranjero hambriento.

JOAB

¡Eh! ¡Rey David! ¿qué te retiene? Toma esa mujer.

DAVID

Sí. Acabo de hacerlo, Joab.  
El posee un jardincito.  
Cualquier terracita mía es más grande  
Mis manos están llenas de bienes  
Y de dicha hasta no poder guardar ni una migaja  
más.  
Mas, he aquí esa dicha minúscula  
Por la cual dejaría todas las demás...

ANDRÉ GIDE

¡La dicha es tan menuda cosa!  
Pareciera que bastara tender la mano  
Ambicionar tenerla para tomarla,  
Plantarse encima para tenerla...

JOAB

¿Y Bethsabé, señor?

DAVID

Sí, Bethsabé. ¡Pues bien! La creía más hermosa.  
Estaba mejor en su jardín cuando  
Se bañaba desnuda en la fuente.  
¡Bethsabé! ¡Bethsabé!... ¿Eres la mujer? ¿Eres la  
fuente?  
Objeto vago de mi deseo.  
Joab; cuando la tuve por fin en mis brazos,  
Créelo, no estuve seguro de si  
Era ella o el jardín lo que deseaba...  
¡Y el vino! Ese vino que he bebido  
¡El vino de su viñita!  
¿He bebido todo lo que él poseía? Lo temo.  
Tenía sed, de ese vino, te lo digo;  
Parecía que tocaba, que bañaba gota a gota  
Un rincón árido de mi corazón.  
Recuerdas: esa agua de Bethléen  
Que Urie fue a buscar un día febril;  
Sólo ella podía estancar mi sed; ninguna otra.  
Tengo sed de esta dicha de Urie  
Y que está hecha de cosas tan nimias...  
¡Basta, Joab! Ves cuán imposible es,  
¿Cómo no poseería yo mucho más?  
Lleva ahora a esa mujer  
Al jardincito del hetiano.

## BETHSABÉ

Todo saldría bien si sólo a ella deseara;  
Pero... Además, sé que él regresa esta noche.  
Reencontrará su dicha apacible  
Tal cual la había dejado; así lo creará al menos;  
Pues, la estela del navío sobre el mar, o  
Del hombre sobre el cuerpo insondable de la  
mujer,  
Ni Dios, Joab, podría reconocerla.  
No obstante, Joab, ten cuidado de que lo ignore  
Nathan el profeta.

*Exit Joab*

## ESCENA III

*Igual sala del palacio.  
El rey David está solo, en la noche.*

¡Eres tú, Joab!... No. Nada aún.  
¿Permaneceré solo hasta la aurora?  
¡Y esta noche, esta noche no terminará acaso nunca!  
He rezado a Dios; esperaba dormirme en seguida;  
Aunque, ¿existe todavía el sueño para David?  
Recé a Dios y después comencé a soñar...  
La acción que los ojos de la carne imaginaban  
bella a la luz del sol  
¡Desgraciado quien, en la noche y con los ojos  
del espíritu la repasa!  
Quien no se duerme en la cumbre de la acción  
recién cumplida...  
Y que, en la oscuridad, la rememora continuamente

ANDRÉ GIDE

Cual un ciego acaricia con sus manos, para  
reconocerlo,  
El rostro de un muerto querido.  
¿Encontraré descanso en parte alguna? ¡Joab! Dios  
nos preserve  
De las noches que no habita ni el sueño ni el amor.  
Se aprestaba todo para dejarme dormir; todo  
callaba  
En su corazón, en el cielo y en la tierra todo  
dormía  
Y me adormecía... Entonces vino el hetiano.  
Surgió, de improviso, en la noche; y le reconocí  
apenas;  
Iluminado únicamente por la lámpara que vela  
a la cabecera de mi cama.  
¿Cómo había entrado? Las puertas del palacio  
están cerradas.  
Permanecía delante de mí sin decir nada, y sin  
quitarse la capa.  
—Urie, le dije, ¿eres tú? ¡Contesta! ¿Por qué vienes?  
¿Qué vienes a hacer?  
¿Habéis triunfado en Rabba? Seguramente, no.  
Ya lo sabré... Quítate la capa. No veo tus ojos.  
Háblame.  
¡Habla, pues! ¿Por qué permaneces inmóvil?  
¿Quién te dejó venir? ¿Qué quieres de mí?  
Tu Bethsabé te espera. Tu lugar está en su lecho,  
a su lado,  
En tu jardín. Vete. Vuelve allá. Quiero dormir.  
¿Por qué permanecía sin decir nada?  
¿Qué deseaba de mí? ¿Presentes? Siempre los  
rehusó...  
Ni siquiera quiso beber

BETHSABÉ

La copa de vino dulce que, al no marcharse, le tendí.

Y, en la noche, su presencia se prolongaba;  
Me parecía, a veces, que la lámpara a la cabecera  
de mi cama iba a extinguirse,

O que, en la sombra, el hetiano retrocedía...

¿Había partido cuando llegó el profeta Nathan?...  
¡Ay! No dormiré esta noche...

¡Te lo había dicho! Nathan era de temer...

Mas, Joab, ahora pregunto a Dios: ¿qué hará el  
hombre

Si detrás de todos sus deseos se oculta Dios?

Cual si arrancara todas sus palabras de mí mismo  
Nathan habló en la noche.

¡Cuánto dijo! ¡Querría borrar en mí sus palabras!  
Habló de un pobre quien poseía sólo una oveja,  
Una oveja, te digo, que había comprado y nutrido,  
Que había visto crecer, que dormía sobre su pecho,  
que amaba.

—¡Basta, Nathan! Ya sé; se llama Bethsabé.

Cállate. — Pero él, cual si no me oyera, continuó:

—Cerca del pobre vivía un hombre muy rico,

Que poseía bienes en abundancia

Y tanto ganado que resultaba imposible contar.

Un viajero errante vino a casa del rico...

—¡Basta, Nathan! ¡Basta! En él reconozco a mi  
deseo...

—Tenía hambre — No supe alimentarlo.

—Entonces, el rico, que poseía bienes  
innumerables...

—Nada de lo que yo tenía placía ya a mi deseo.

—Simuló cerrar los ojos a sus bienes.

ANDRÉ GIDE

Y fue hacia el bien del pobre. — Era lo que el viajero deseaba;

Ninguna otra cosa, te lo digo, podía satisfacerlo. En vano hubiese intentado hacerle callar.

Hablaba tan alto como un rey en su casa.

—La oveja, único bien del pobre, él la tomó.

—¡Basta, Nathan! ¡Basta!... ¡Tu rico merecía la muerte!

—La oveja, único bien del pobre, él la tomó...

—Ni siquiera eso el deseo errante deseaba...

¡Ved! Le he devuelto su Bethsabé.

Solamente la deseaba en la sombra de su jardín.

Yo sólo deseaba la paz de Urie, entre sus cosas

Tan simples y que para servirme él abandonó...

Yo, yo quiero arrepentirme, aunque, en verdad, ¿qué hice?

En tiempos de mi deseo, Bethsabé

Giraba ante mis ojos y sólo a ella distinguía,

Pero ahora... ¿Eres tú, Joab?

*Entra Joab y permanece erguido, en la oscuridad, en silencio y ante la puerta.*

Sí, eres tú.

¡Al fin! Te esperaba tanto como a el alba.

¿Vuelves de Rabba? ¿Ha vuelto contigo el Hetiano?

¿Tomaron la ciudad? No. Si no me lo hubieras dicho sin más.

¿Qué habéis hecho allá lejos? ¿Has seguido todas mis órdenes?

No te había dicho... Urie se alineó entre los valientes;

Valeroso entre todos, debía estar en primera fila...

Callas... ¿Lo hiciste acercar demasiado de las murallas?

BETHSABÉ

Demasiado cerca... luego, al huir todos, lo habéis dejado...

¡Cállate Joab! Eso no debe oírlo ni siquiera Dios. Y yo no debo saberlo, por temor de jamás olvidarlo...

¡No! ¡No! ¡Dime que duerme en su jardín, cerca de su viña!

*El alba, que comienza a entrar en el palacio, ilumina débilmente a Joab y permite distinguir, tras de sí, una mujer velada.*

¿A quién arrastras tras de ti, en la sombra y en gran duelo?...

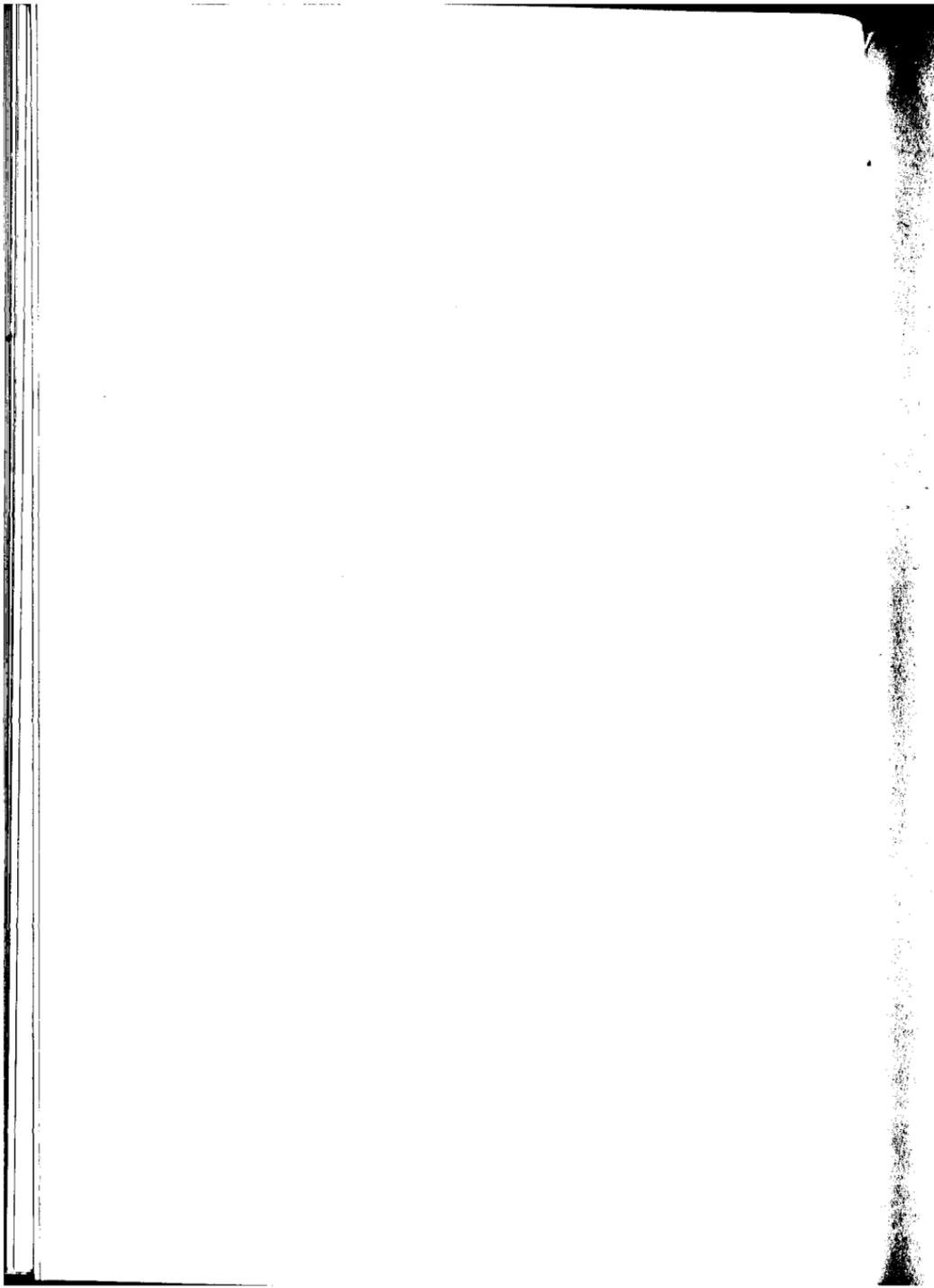
¡Bethsabé!

¡Vete! ¡Llévala! Te he dicho que no quiero verla más...

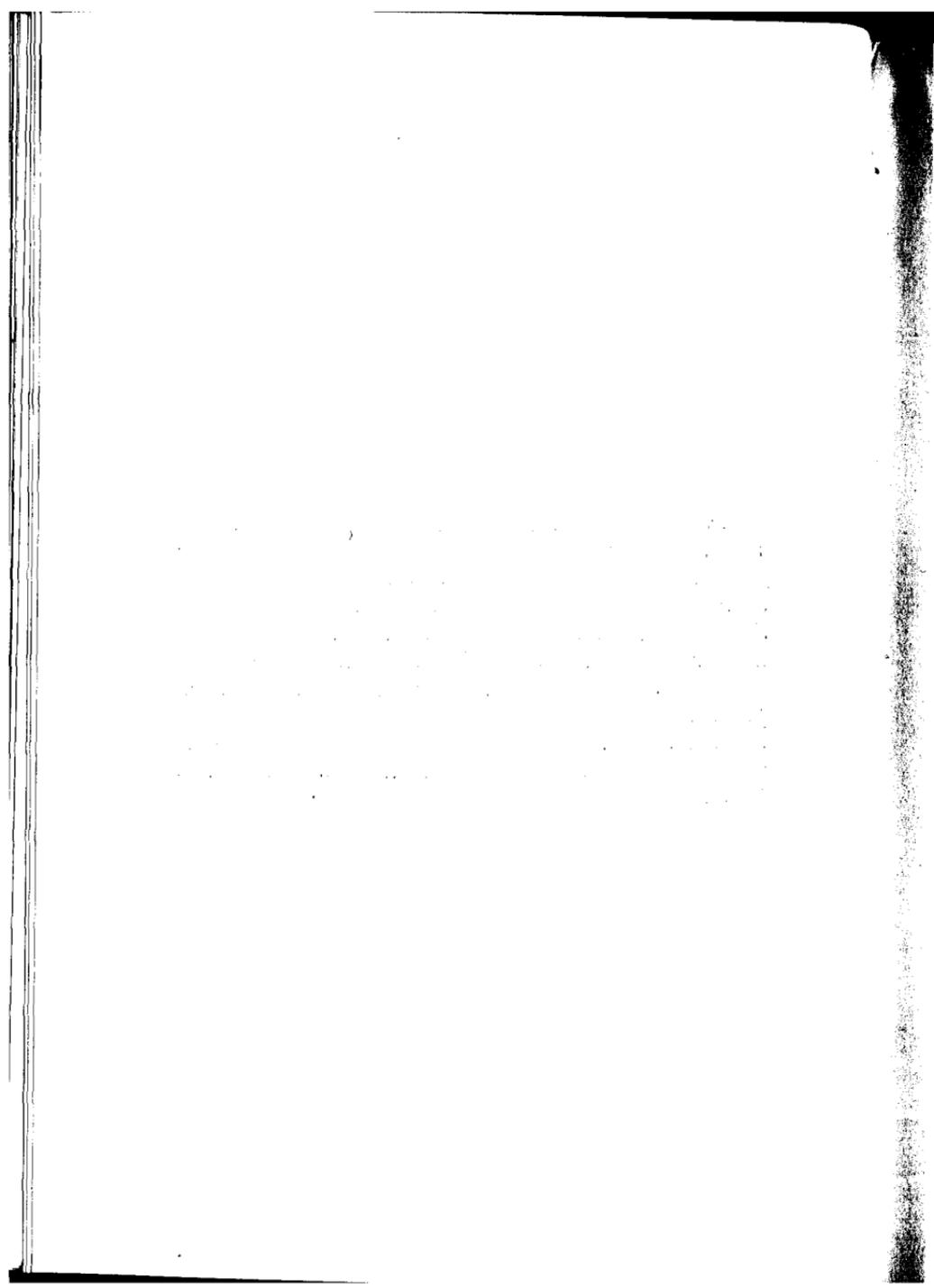
¡La odiao!

FIN

EL REGRESO  
DEL HIJO PRÓDIGO



*Pinto aquí, para íntima alegría, al modo de los antiguos trípticos, la parábola que Nuestro Señor Jesucristo nos contó. Dejando dispersa y confundida la doble inspiración que me anima, no trato de probar la victoria de ningún dios sobre mí — ni la mía. No obstante, quizá, si el lector exige de mí alguna piedad, no la buscará en vano en mi pintura, donde, como un donante en el rincón del cuadro, me he arrodillado, a la vez sonriente y la cara bañada en lágrimas haciendo juego con la del hijo pródigo.*



## EL HIJO PRÓDIGO

Cuando luego de una ausencia larga, cansado de su fantasía y como liberado de sí mismo, el hijo pródigo, del fondo de esa privación que buscaba, piensa en la cara de su padre, en el cuarto estrecho donde su madre se inclinaba sobre su cama, en el jardín regado por agua corriente, aunque cerrado y de donde deseaba escapar, en el económico hermano mayor a quien nunca ha querido, pero que conserva todavía en la espera la parte de sus bienes que, pródigo, no ha podido dilapidar — el hijo se confiesa que no ha encontrado la felicidad, ni siquiera sabido prolongar mucho tiempo esa embriaguez que buscaba a cambio de felicidad.

—¡Ah! piensa, si mi padre, irritado al principio

en contra de mí, me creyó muerto, quizá, a pesar de mi culpa, se alegrará de verme nuevamente; volviendo a él humildemente, baja y cubierta de ceniza la frente, sí, inclinándome ante él, diciéndole: "Padre mío, he pecado contra el cielo y contra ti." ¿Qué haré si, tendiéndome la mano, me dice: "Entra en casa, hijo mío"?... Y el hijo piadosamente se encamina.

Cuando ya en el declive de la colina, distingue al fin los techos humeantes de la casa, es al atardecer; pero aguarda las sombras de la noche para ocultar algo su miseria. Oye a lo lejos la voz de su padre; sus rodillas flaquean; cae y cubre la cara con sus manos, pues le avergüenza su vergüenza, sabiendo no obstante que él es el hijo legítimo. Tiene hambre; sólo guarda, en un pliegue de su abrigo raído, un puñado de esas bellotas dulces, las cuales le servían, como a los puercos que cuidaba, de alimento. Ve los preparativos de la comida. Distingue a su madre adelantarse en el soportal... no espera más, desciende la colina a la carrera, penetra en el patio, ante los ladridos de su perro que no lo reconoce. Quiere hablarle a los sirvientes, pero éstos, desconfiados, se apartan, previenen al amo; helo aquí.

Seguramente él esperaba al hijo pródigo, pues lo reconoce de inmediato. Abre los brazos; el hijo, entonces, se arrodilla ante él y, escondiendo su frente con un brazo, exclama, alzando hacia el perdón su mano derecha:

—¡Padre mío! Padre mío, he pecado gravemente contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de que me nombres; pero al menos, como uno de tus ser-

## EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

vidores, el último, déjame vivir en un rincón de la casa...

El padre lo hace incorporar y lo abraza:

—¡Hijo mío! ¡Bendito sea el día de tu regreso a esta casa! — y llora de alegría; alza la cabeza y se vuelve hacia los sirvientes:

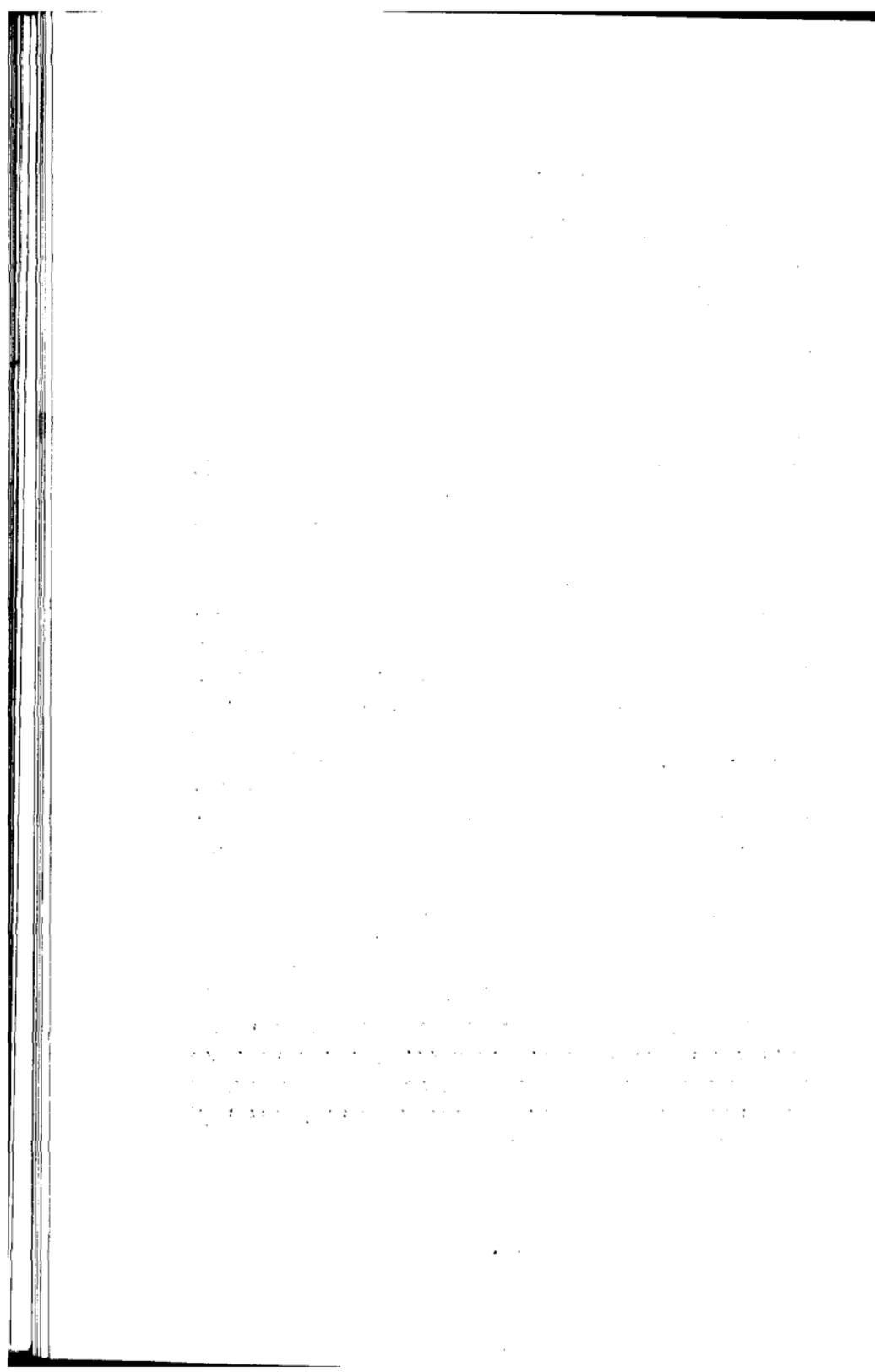
—Traed el traje más hermoso; calzadlo y colocadle un anillo. Buscad en nuestros establos el ternero más grande, matadlo; preparad un festín de alegría pues está vivo el hijo a quien creía muerto.

Corre, pues la nueva circula y no quiere que otro diga:

—Madre, el hijo a quien llorábamos, ha vuelto.

La alegría que sube como un cántico, inquieta al hijo mayor. Se sienta a la mesa común, obligado por la insistencia del padre. Es el único que entre todos los invitados, pues han invitado hasta el último servidor, muestra la frente arrugada. ¿Por qué honrarán al pecador arrepentido, más que a él mismo, que nunca ha pecado? Prefiere el orden al amor. Si consiente en asistir al festín es porque, acordándole crédito a su hermano, lo alegra por una noche; su padre y su madre le han prometido, también, amonestar al pródigo, al día siguiente, y él mismo se dispone a reconvenirlo seriamente.

Las antorchas humean al cielo. La comida ha terminado. Los sirvientes levantan la mesa. En la noche donde ni un soplo se eleva, en la casa fatigada alma tras alma se adormecé. No obstante, en el cuarto contiguo al del pródigo, hay un niño, su hermano menor, quien tratará en vano, hasta el alba, de conciliar el sueño.



## LA REPRIMENDA DEL PADRE

Dios mío, como un niño me arrodillo ante ti, la cara mojada de lágrimas. Si rememoro y transcribo vuestra angustiada parábola, es porque sé quién era vuestro hijo pródigo; me veo en él; oigo en mí, a veces y repito en secreto las palabras que, del fondo de su desolación, vos le hacéis clamar:

—¡Cuántos mercenarios de mi padre tienen en su casa pan en abundancia; y yo muero de hambre!

Imagino el abrazo del Padre; mi corazón sucumbe ante tanto amor. Imagino, también, una angustia anterior; ¡ah!, imagino cuanto quiera. Crea eso; soy, también, aquel cuyo corazón bate cuando, en la pendiente de la colina, ve otra vez los techos de la casa que abandonó. ¿Qué espero, pues, para

echarme a correr hacia ella, para entrar? —Me esperan. Veo ya el ternero cebado que preparan... ¡Deteneos! ¡No preparéis tan pronto el festín! —Hijo pródigo, pienso en ti; dime primero aquello que te ha dicho el Padre, al día siguiente, luego del festín del reencuentro. ¡Ay! a pesar de que el hijo mayor os incite, Padre, ¡ojalá y a veces pudiese oír vuestra voz a través de sus palabras!

—Hijo mío, ¿por qué me abandonaste?

—En verdad, ¿os he abandonado? Padre, ¿no estáis en todas partes? Nunca he dejado de amaros.

—No hablemos de más. Teníate en mi casa. La había construido para ti. Para que tu alma encontrare en ella refugio, un lujo digno de ella, comodidad, empleo, varias generaciones trabajaron. Tú, el heredero, el hijo, ¿por qué huiste de la Casa?

—Porque la Casa me ahogaba. La Casa, padre mío, no eres tú.

—Yo la he construido para ti.

—¡Ah! Tú no has dicho eso, sino mi hermano. Tú, tú has construido la tierra entera, y la Casa y aquello que no es la Casa. Otros han construido la Casa; en tu nombre, lo sé, pero no tú.

—El hombre necesita un techo bajo el cual descansar. ¡Orgullosos! ¿Piensas dormir al aire libre?

—¿Se precisa tanto orgullo? Algunos más pobres que yo lo han hecho.

—Son los pobres. Tú no eres pobre. Nadie puede renunciar a su riqueza. Te había hecho rico entre todos

—Padre mío, sabes que al partir llevé conmigo casi todas mis riquezas. ¿Qué me importan aquellos bienes que no pueden llevarse con uno?

## EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

—Hás dilapidado tontamente toda esa fortuna.

—Cambié vuestro oro en placeres, vuestros consejos en fantasía, mi castidad en poesía, y mi austeridad en deseos.

—¿Fue para eso que tus ahorrativos padres trataron de inculcarte tanta virtud?

—Para que yo ardiera en una llama más hermosa, quizá, al iluminarme un nuevo fervor.

—Piensa en la llama pura que vio Moisés, en la zarza ardiente: brillaba sin consumirse.

—He conocido el amor que consume.

—El amor que deseo enseñarte, refresca. Al cabo de poco tiempo, ¿qué te restó de él, hijo pródigo?

—El recuerdo de esos placeres.

—Y la miseria que los continúa.

—En esa miseria, Padre, me sentí cerca de vos.

—Debió empujarte la miseria para que volvieses a mí.

—No sé; nada sé. En la aridez del desierto fue donde más gusté mi sed.

—Tu miseria te hizo gustar el valor de las riquezas.

—¡No, nada de eso! ¿No me comprendéis, padre mío? Mi corazón, vacío completamente, se llenó de amor. Había comprado el fervor al precio de todos mis bienes.

—¿Eras feliz, entonces, lejos de mí?

—No me sentía lejos de vos.

—Entonces, ¿qué es lo que te hizo regresar? Habla.

—No sé. Quizá la pereza.

—¡La pereza, hijo mío! ¡Vamos! ¿No fue el amor?

—Padre, te lo he dicho, nunca os he querido como en el desierto. Pero estaba cansado de buscar

todas las mañanas mi subsistencia. En casa, al menos, se come bien.

—Sí, los sirvientes se ocupan de eso. Entonces, fue el hambre quien te trajo.

—Quizá, también, la cobardía, la enfermedad... A la larga ese alimento peligroso me debilitó; pues me alimentaba de frutos salvajes, de langostas y de miel. Soportaba cada vez menos la incomodidad que atizaba mi fervor al principio. De noche, cuando sentía frío, pensaba en la tibieza de mi cama en casa de mi padre; cuando ayunaba, pensaba que, en casa de mi padre, la abundancia de comida sobrepasaba siempre mi hambre. Vacilé; para continuar luchando, no me sentía suficientemente animoso y fuerte; no obstante...

—¿Te gustó, entonces, el ternero cebado de ayer? El hijo pródigo agacha la cabeza, sollozante:

—¡Padre mío! ¡Padre mío! El gusto salvaje de las bellotas continúa a pesar de todo en mi boca. Nada podría borrar su sabor.

—¡Pobre niño! —prosigue el padre, haciéndole incorporar— te he hablado quizá duramente. Tu hermano lo quiso; él crea aquí la ley. Él me conminó a decirte: "Fuera de la casa, no existe salvación para ti." Escucha, sin embargo: Yo te he formado; sé lo que hay en ti. Sé lo que te empujaba por los caminos; te esperaba al final de ellos. Me hubieres llamado, me habrías encontrado.

—¡Padre mío! ¿Habría podido encontraros, pues, sin regresar?...

—Has hecho bien en volver al sentirte débil. Ve ahora; entra en el cuarto que te hice preparar. Basta por hoy; descansa; mañana hablaremos con tu hermano.

## LA AMONESTACIÓN DEL HERMANO MAYOR

El hijo pródigo trata en principio de hablarle con superioridad.

—Hermano mayor, empieza, en poco nos parecemos. Hermano, en nada nos parecemos.

El hermano mayor:

—La culpa es tuya.

—¿Por qué mía?

—Porque yo estoy dentro del orden; todo lo que se diferencia es fruto o semilla de orgullo.

—¡Mis diferencias sólo pueden ser defectos!

—Llama cualidad sólo aquello que te lleva al orden y reduce el resto.

—Temo esa mutilación. Cuanto suprimas, viene, también, del Padre.

—No he dicho suprimir; reducir.

—Te comprendo perfectamente. Así, también, reduje mis virtudes.

—Por eso, ahora, las reencuentro. Debemos exagerarlas. Compréndeme: no es una disminución sino una exaltación de ti lo que propongo; exaltación en la cual los elementos más variados e insubordinados de tu carne y alma deben concurrir sinfónicamente, donde lo peor de ti debe alimentar lo mejor, donde lo mejor debe someterse a...

—Una exaltación, también, busqué y encontré en el desierto, y quizá no muy diferente de la que me propones.

—En verdad, me gustaría imponértela.

—Nuestro Padre no hablaba tan duramente.

—Sé lo que te ha dicho el Padre. Nada preciso.

No se explica ya muy claramente; de manera que se le hace decir lo que uno quiere. Conozco muy bien su pensamiento. Soy el único intérprete ante los sirvientes y quien desea comprender al Padre debe escucharme.

—Lo comprendía fácilmente sin ti.

—Te parecía; pero comprendías mal. No hay muchas maneras de comprender al Padre; no hay muchas maneras de escucharlo; a fin de que permanezcamos unidos en su amor.

—En su Casa.

—Ese amor trae a ella; tú lo sabes puesto que has regresado. Dime ahora: ¿qué es lo que te impulsó a partir?

—Comprendía demasiado bien que la Casa no era todo el universo. Yo mismo no soy enteramente como aquel que querrían ver ustedes. Imaginaba, a pesar mío, otras culturas, otras tierras, y carreteras por recorrer, carreteras sin trazar; imagi-

## EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

naba en mí un ser nuevo pronto a lanzarme. Me evadía.

—Piensa en lo que habría ocurrido si, como tú, hubiere abandonado yo la Casa del Padre. Los sirvientes se habrían apoderado de todo.

—Poco me importaba entonces, puesto que entreveía otros bienes...

—Exagerabas tu orgullo. Hermano mío, la indisciplina ha sido la causa. Aprenderás, si no lo sabes todavía, de qué caos surgió el hombre. Y no salió del todo; vuelve a caer en él, con toda la inocencia de su peso apenas el Espíritu no lo sostiene. No lo aprendas a tu costa; los elementos ordenados que te componen sólo esperan un asentimiento, una flaqueza de tu parte para volver a la anarquía... Pero lo que nunca sabrás, es el tiempo que necesitó el hombre para elaborar al hombre. Ahora que se ha obtenido el modelo, atengámonos a él. "Retén lo que tienes", dijo el Espíritu al Ángel de la Iglesia<sup>1</sup>, y agrega: "para que ninguno tome tu corona." *Cuanto tienes*, es tu corona, esa realeza sobre los otros y sobre tí mismo. El usurpador acecha tu corona; está en todas partes; merodea a tu alrededor, en tí mismo. Retén lo que tienes, hermano mío! Retén lo que tienes.

—Solté presa hace mucho tiempo, ya no puedo retomar mi bien.

—Sí, sí; te ayudaré. Durante tu ausencia he velado sobre ese bien.

—Además, conozco esa palabra del Espíritu; no la citaste completa.

—En verdad, continúa así: "Al que venciere, yo

<sup>1</sup> Apoc., III. II.

ANDRÉ GIDE

lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá fuera”.

—“Nunca más fuera”. Eso precisamente me da miedo.

—Si es para su felicidad.

—¡Oh!, lo comprendo. Pero en ese templo, he estado...

—Te costó salir, puesto que has querido volver.

—Lo sé; lo sé. Héme aquí de regreso; estoy de regreso; estoy de acuerdo.

—¿Qué bien puedes buscar en otro sitio que no halles aquí en abundancia? Mejor aún: solamente aquí se encuentran tus bienes.

—Sé que has guardado mis riquezas.

—Aquellos bienes tuyos que no has dilapidado, es decir esa parte que nos es común a todos nosotros; los bienes raíces.

—¿No poseo, pues, nada más?

—Sí; esa parte especial de dones que nuestro Padre consentirá, quizá, en acordarte todavía.

—Sólo eso me importa; consiento en poseer solamente eso.

—¡Orgullosos! No serás consultado. Entre nosotros, esa parte es incierta; te aconsejo mejor renunciar a ella. Esa parte de dones personales causó ya tu perdición; dilapidaste rápidamente esos bienes.

—No podía llevarme los demás.

—Por eso los encontrarás intactos. Basta por hoy. Entra en el silencio de la Casa.

—Acepto porque estoy cansado.

—¡Bendito sea entonces tu cansancio! Ahora, duerme. Mañana te hablará tu madre.

## LA MADRE

Hijo pródigo, cuyo espíritu, ante las palabras de tu hermano, protesta todavía, deja hablar ahora a tu corazón. ¡Cuán dulce te resulta, reclinado a los pies de tu madre sentada, la frente oculta entre sus rodillas, sentir su mano acariciante en la nuca rebelde!

—¿Por qué me abandonaste tanto tiempo?

Y como sólo contestas con lágrimas:

—¿Por qué lloras ahora, hijo mío? Estás de vuelta. En tu espera he derramado todas mis lágrimas.

—¿Me esperabais todavía?

—Nunca dejé de esperarte. Todas las noches, antes de dormirme, pensaba: ¿si vuelve esta noche, sabrá abrir la puerta?, y me costaba dormirme. To-

ANDRÉ GIDE

das las mañanas, antes de despertarme completamente, pensaba: ¿Volverá hoy? Luego, rezaba. He orado tanto, que debías volver.

—Vuestras oraciones decidieron mi regreso.

—No te rías de mí, hijo mío.

—¡Oh, madre!, vuelvo a vos humildemente. ¡Ved cómo inclino la frente más baja que vuestro corazón! Todos mis pensamientos de ayer se vuelven vanos hoy. Casi no comprendo, a vuestro lado, por qué dejé la casa.

—¿Te volverás a ir?

—No puedo irme más.

—¿Qué te atraía, pues, afuera?

—No quiero pensar más en eso: Nada... Yo mismo.

—¿Pensabas ser dichoso lejos de nosotros?

—No buscaba la felicidad.

—¿Qué buscabas?

—Buscaba... saber quién era yo.

—¡Oh!, hijo de tus padres, hermano entre tus hermanos.

—No me parecía a mis hermanos. No hablemos más; héme aquí de regreso.

—Sí; hablemos todavía: No creas a tus hermanos tan distintos de ti.

—Mi única preocupación en adelante será la de parecerme a vosotros.

—Dices eso casi resignadamente.

—Nada resulta tan fatigoso como realizar esa semejanza. El viaje ha terminado cansándome.

—En verdad, has envejecido.

—He sufrido.

—¡Pobre hijo mío! ¿Seguramente no encontrabas

EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

hecha la cama todas las noches ni la mesa preparada para tus comidas?

—Comía lo que encontraba y a menudo sólo me alimentaba con frutos verdes o podridos.

—¿Al menos sólo habrás sufrido de hambre?

—El sol del mediodía, el viento frío de la noche, la arena movediza del desierto, los matorrales donde mis pies se ensangrentaban, nada de eso me contuvo, pero —no lo he dicho a mi hermano— debí servir...

—¿Por qué lo ocultaste?

—Malos amos que me maltrataban físicamente, exasperaban mi orgullo, y casi no me daban de comer. Entonces pensé: ¡Ah! ¡servir por servir!... Vi la casa en sueños; regresé.

El hijo pródigo baja nuevamente la cabeza, que su madre acaricia amorosamente.

—¿Qué harás ahora?

—Os lo he dicho: tratar de parecerme a mi hermano mayor; administrar nuestros bienes; casarme, como él...

—Seguramente, al decir eso, piensas en alguien.

—¡Oh!, no importa cual será la preferida del momento que vos habréis elegido. Haced como hicisteis con mi hermano.

—Hubiere querido elegirla a gusto de tu corazón.

—¡Qué importa! Mi corazón había elegido. Resigno el orgullo que me llevó lejos de vos. Guiad mi elección. Me someto. Someteré, también, a mis hijos; y, así, mi tentativa no me parecerá ya tan inútil.

—Escucha; ahora hay un hijo, del cual podrías ocuparte.

ANDRÉ GIDE

—¿Qué queréis decirme, y de quién habláis?

—De tu hermano menor, que no tenía diez años cuando te fuiste, y a quien casi no has reconocido, y en quien no obstante...

—Concluid, madre; ¿por qué inquietarse ahora?

—En quien, sin embargo, habrías podido reconocerte, pues es idéntico a ti cuando partiste.

—¿Parecido a mí?

—A quien eras, te digo; todavía no, ¡ay!, a quien fuiste después.

—Que él será.

—A quien debemos convertir inmediatamente. Háblale; seguramente a ti, pródigo, te escuchará. Cuéntale las desazones del camino; ahórrale...

—¿Pero, qué es lo que os hace alarmar así por mi hermano? Quizá sólo sea simplemente algún rasgo en común...

—No, no; el parecido entre ustedes dos es más profundo. Me inquieto ahora por él de aquello que no me inquietaba en ti bastante, al principio. Lee demasiado, y no prefiere siempre los buenos libros.

—¿Sólo es eso?

—Se encarama a menudo sobre la parte más alta del jardín, desde donde puede verse la región, tú sabes, por encima de la pared.

—Lo recuerdo. ¿Eso es todo?

—Está más a menudo en la granja que a nuestro lado.

—¡Ah!, ¿qué hace allí?

—Nada malo. Pero no frecuenta a los granjeros sino a los granujas más alejados de nosotros, y aquellos que no son de la región. Hay uno espe-

## EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

cialmente, que viene de lejos, que le cuenta historias.

—¡Ah!, el porquero.

—Sí. ¿Lo conoces?... Todas las tardes, para escucharlo, tu hermano lo sigue hasta el chiquero; y sólo vuelve para comer, sin apetito, la ropa llena de olor. Las amonestaciones de nada sirven; resiste las compulsas. Algunas mañanas, al alba, antes que ninguno de nosotros se haya levantado, acompaña al porquero hasta la puerta cuando sale a apacentar los cerdos.

—Él, sabe que no debe salir.

—¡También tú lo sabías! Un día, estoy segura, se fugará. Un día partirá...

—No, yo le hablaré, madre. No os alarméis.

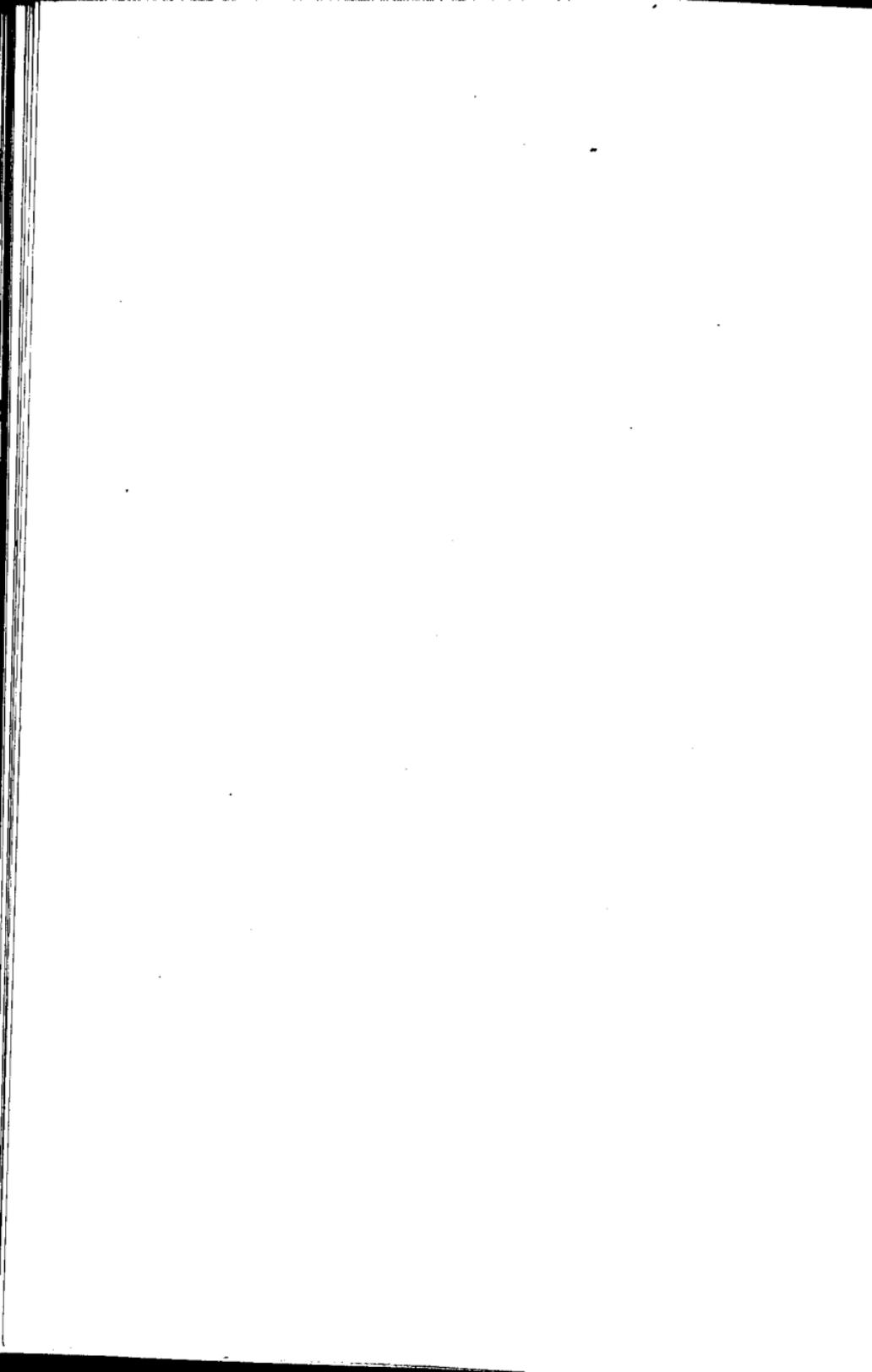
—Sé que te escuchará atentamente. ¿Has visto cómo te miraba la primera noche? ¡Cuánto prestigio cubrían tus harapos!, luego, el vestido de púrpura con que tu padre te vistió. Temo que en su espíritu mezcle algo del uno y del otro, y que aquello que lo atraiga sea en principio el harapo. Aunque esta idea ahora me parece descabellada; pues si tú, hijo mío, hubieras podido prever tanta miseria, no nos habrías abandonado, ¿verdad?

—Ya no sé cómo pude abandonaros, madre mía.

—¡Pues bien!, dile todo eso.

—Mañana a la noche le diré todo eso. Besadme ahora en la frente como cuando era niño y me mirabais dormir. Tengo sueño.

—Ve a dormir. Rezaré por todos ustedes.



## DIALOGO CON EL HERMANO MENOR

Una pieza grande de paredes desnudas, al lado de la del pródigo. El pródigo, lámpara en mano, se aproxima a la cama donde su hermano menor descansa, la cara vuelta hacia la pared. Comienza en un murmullo, a fin de, si el niño duerme, no turbar su sueño.

—Querría hablarte, hermano mío.

—¿Qué te lo impide?

—Creía que dormías.

—No se necesita dormir para soñar.

—¿Soñabas?, ¿en qué, pues?

—¡Qué te importa! Si ya no comprendo mis sueños, no eres tú, supongo, quien me los explicará.

—¿Son, pues, tan sutiles? Si me los contaras, ensayaría.

—¿Eliges acaso tus sueños? Los míos son aquello que quieren, y más libres que yo... ¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Por qué me molestas en mi sueño?

—No duermes, y te hablo suavemente.

—¿Qué deseas decirme?

—Nada, si lo tomas así.

—Entonces, adiós.

El pródigo se encamina hacia la puerta, aunque deja la lámpara en el suelo que ilumina apenas débilmente la pieza, luego, regresando, se sienta al borde de la cama y, en la oscuridad, acaricia largamente la frente arrugada del hermano.

—Me contestas más duramente de lo que nunca contesté yo a tu hermano. Sin embargo, también yo protestaba contra él.

El niño, reacio, se ha erguido bruscamente.

—Dí: ¿es el hermano quien te envía?

—No, pequeño; no él, sino nuestra madre.

—¡Ah! No habrías venido por ti mismo.

—No obstante, vengo como amigo.

Erguido a medias en su cama, el niño mira al pródigo fijamente.

—¿Cómo podría alguien de los míos ser mi amigo?

—Te equivocas en cuanto a nuestro hermano...

—¡No hables de él!, lo odio... Mi alma entera se impacienta en su contra. Por su culpa te he contestado rudamente.

—¿Por qué?

—No comprenderías.

—Dí, no obstante...

EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

El pródigo acuna a su hermano contra sí, y ya el niño adolescente se abandona:

—La noche de tu llegada, no pude dormir. La noche entera pensé: tenía otro hermano y no lo sabía... Por eso mi corazón latió tan rápido, cuando, en el patio de la casa, te vi adelantarte cubierto de gloria.

—¡Ayl, estaba cubierto entonces de harapos.

—Sí, te vi; pero ya glorioso. Y vi lo que hizo nuestro padre; puso un anillo en tu dedo, un anillo como no tiene igual nuestro hermano. No quise preguntar a nadie por ti; sólo sabía que regresabas de muy lejos, y tu mirada, a la mesa...

—¿Eras tú del festín?

—¡Oh!, sé perfectamente que tú no me viste; durante toda la comida tú mirabas a lo lejos sin ver nada. Y, que la segunda noche hayas ido a hablar al padre, está bien, pero la tercera...

—Termina.

—¡Ah!, aunque más no fuera una palabra de amor, podrías sin embargo habérmela dicho.

—¿Me esperabas, pues?

—¡Tanto! ¿Piensas que odiaría a tal punto a nuestro hermano si no hubieras ido a conversar tan largamente con él esa noche? ¿Qué es lo que pudisteis decirnos? Sabes, si te pareces a mí, que nada en común puedes tener con él.

—Cometí graves faltas para con él.

—¿Puede ser?

—Al menos en cuanto a nuestro padre y nuestra madre. Sabes que yo había huido de la casa.

—Sí, lo sé, ¿hace mucho tiempo, verdad?

—Tenía tu edad aproximadamente.

ANDRÉ GIDE

—¡Ah!... ¿Llamas a eso tus faltas?

—Sí, esa fue mi falta, mi pecado.

—Al partir, ¿comprendías que causabas mal?

—No; sentía en mí algo así como una obligación de partir.

—¿Qué pasó entonces, después, para cambiar tu verdad de entonces en error?

—Sufrí.

—¿Y eso te hace decir: estaba equivocado?

—No, precisamente: eso me hizo pensar.

—¿Antes no habías pensado?

—Sí, pero mis deseos se imponían a mi débil razón.

—Como más tarde lo hicieron los sufrimientos. De manera que hoy, vuelves... vencido.

—No, precisamente; resignado.

—En fin, has renunciado a ser aquel que deseabas ser.

—Aquel que mi orgullo me persuadía a ser.

El niño permanece silencioso un momento, luego solloza y grita bruscamente:

—¡Hermano mío!, soy aquel que tú eras al partir. ¡Oh!, di: ¿sólo has encontrado decepciones en el camino? Todo lo que presiento diferente, ¿es, pues, sólo espejismo?, ¿sólo locura, lo que siento en mí de nuevo? Di: ¿qué encontraste de desesperante en tu camino? ¡Oh!, ¿quién te hizo volver?

—He perdido la libertad que buscaba; cautivo, he debido servir.

—Yo me siento cautivo aquí.

—Sí, pero servir a malos amos; aquí, sirves a tus padres.

EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

—¡Ah!, servir por servir, ¿no tiene uno al menos libertad de elegir su servidumbre?

—Yo lo esperaba. Tan lejos como me llevaron mis pies, marché, como Saúl en persecución de sus burras, en persecución de mi deseo; pero, donde esperaba un reino, encontré la miseria. Y sin embargo...

—¿Equivocaste el camino?

—Caminé delante de mí.

—¿Estás seguro? Sin embargo existen otros reinos, todavía, y tierras sin rey, por descubrir.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo sé. Lo siento. Me parece ya dominar allí.

—¡Orgullosol!

—¡Ah, ah!, eso te ha dicho nuestro hermano. ¿Por qué me lo dices tú, ahora? ¡Hubieras guardado tu orgullo! No habrías vuelto.

—No habría pues podido conocerte.

—Sí, sí, allá lejos, donde me habría unido a ti, me habrías reconocido como tu hermano; me parece aún que parto para reencontrarte.

—¿Partes?

—¿No lo has comprendido? ¿No me alientas tú mismo a partir?

—Querría ahorrarte el regreso; ahorrándote la partida.

—No, no, no me digas eso; tú no quieres decir eso. Tú, también, verdad partiste como un conquistador.

—Por eso resultó más dura mi servidumbre.

—Entonces, ¿por qué te sometiste? ¿Estabas ya tan fatigado?

—No, todavía no; pero dudé.

—¿Qué quieres decir?

—Dudé de todo, de mí mismo; quise detenerme, atarme en fin a algo; la comodidad que me prometía ese amo me tentó... sí, lo comprendo ahora; fracasé.

El pródigo baja la cabeza y esconde su mirada entre sus manos.

—¿Pero al principio?

—Había caminado largo tiempo a través de la inmensa tierra indómita.

—¿El desierto?

—No era siempre el desierto.

—¿Qué buscabas allí?

—Yo mismo no lo comprendo.

—Levántate de la cama. Mira, en la mesa, a mi cabecera, allí, junto al libro roto.

—Veo una granada abierta.

—Me la trajo el porquero la otra noche, luego de tres días de ausencia.

—Es una granada salvaje.

—Lo sé; y de una acritud horrible; no obstante, si tuviera suficientemente sed, la mordería.

—¡Ah!, puedo decírtelo ahora: esa sed busqué en el desierto.

—Una sed que sólo este fruto amargo sacia...

—Pero hace amar esta sed.

—¿Sabes dónde cojerla?

—En un huertecillo abandonado, donde se llega antes del anochecer. Ningún muro lo separa del desierto. Allí corría un arroyo; algunos frutos, semimaduros, pendían de las ramas.

—¿Qué frutos?

—Los mismos de nuestro jardín; pero salvajes.

## EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

Había hecho demasiado calor todo el día.

—Escucha: ¿sabes por qué yo te esperaba esta noche? Me voy antes de que termine la noche. Esta noche, cuando palidezca... He ceñido mi cintura, he guardado mis sandalias.

—¡Qué!, ¿harás lo que yo no pude hacer?

—Tú me abriste el camino, y pensar en ti me sostendrá.

—Me toca a mí admirarte; a ti, al contrario, olvidarme. ¿Qué llevas contigo?

—Sabes que, segundón, no tengo parte en la herencia. Parto sin nada.

—Mejor.

—¿Qué miras por la ventana?

—El jardín donde reposan nuestros mayores.

—Hermano mío... —y el niño, que se ha levantado, pasa su brazo, tan suave como su voz, alrededor del cuello del pródigo— parte conmigo.

—¡Déjame! ¡Déjame!, me quedo para consolar a nuestra madre. Sin mí te sentirás más valiente. Ya es hora. El cielo palidece. Parte sin ruido. ¡Vamos, bésame, hermanito!, llevas contigo mis esperanzas. Sé fuerte; olvidanos; olvídate. Si pudieras no regresar... Desciende suavemente Sostengo la lámpara...

—¡Ah!, dame la mano hasta la puerta.

—Ten cuidado con los escalones del rellano...